



El carbonero

Carlos Soto Femenía



En un pequeño y tranquilo pueblo de la Mallorca rural, a los pies de la Sierra de Tramontana, Marc y su padre pasan meses entre pinos y encinas, en absoluta soledad, con la única compañía del otro. Rodeados por el silencio y la belleza de la montaña, viven atentos al constante proceso de la quema de las encinas, sacrificando el sueño y otras necesidades en una especie de vigilia sin fin. Así es la vida del carbonero: una existencia a medio camino entre la realidad y la ensoñación.

Pero ese remanso de paz queda truncado el día que la muerte irrumpe, inesperada y brutal, en las vidas de Marc y su padre, arrebatándoles de manera violenta a uno la madre y al otro la mujer.

Con una voz serena, por contraste con las angustias que explica, Soto Femenía se erige como un sólido narrador. Su tranquilidad sostiene un relato crudo y violento en el que nos encontramos con un protagonista que tendrá que afrontar el dolor por la muerte demasiado temprana, y, después, la sed de venganza al alcanzar la madurez y tomar consciencia de que la tragedia y la injusticia vital se sirven de todos nosotros sin preguntar.

Estamos sin duda ante una nueva vuelta de tuerca dentro de la narrativa del más alto nivel: un drama rural con fondo criminal que calará en lo más hondo del ánimo del lector gracias a la minuciosidad y delicadeza de una historia enmarcada en un entorno y un paisaje únicos.

Carlos Soto Femenía

El carbonero

Para mis padres, por no aflojar nunca el abrazo

*Y para Joan Miquel Vallespir,
por su luz y su talento; por la promesa*

La marca

Siete años atrás, había recorrido aquel mismo camino en sentido contrario, al principio andando, un tanto desorientado, después acelerando el paso y por fin corriendo, gimiendo, casi gritando.

Habían asesinado a mi madre. Le habían partido la cabeza con un hacha. El buhonero, que era quien había venido a darme aviso, no había sido tan explícito, naturalmente. Los detalles los sabría más adelante.

Aquella noche quedaron clavados en mi cerebro cada una de las piedras del camino, cada uno de los árboles que lo flanqueaban. Recuerdo cada brillo, cada sombra del paisaje a la luz de una luna espectacular. Un mar blanco arrancado de aquella luz inundaba la vaguada en la que se encontraba mi casa. La puerta estaba abierta y había hombres a un lado y a otro. Podría decir que fue mi primera visión real del desastre, nada salvo aquello justificaba la presencia de tanta gente en un lugar al que no solía ir nadie.

Al verme llegar, uno de aquellos hombres se interpuso entre la puerta y yo. Acudió alguien más para impedirme entrar, no sé quién. Me faltaba la respiración y las piernas me temblaban. Sentí un miedo que jamás había sentido. Me llegaba de las tripas. Aparecieron en mi cabeza imágenes fulgurantes de mi padre y de mi madre, que se mezclaron desordenadamente con los rostros de cuantos había allí congregados y con aquel miedo nuevo y violento. También hubo silencio, murmullos, manos que me tocaban y ojos que no había visto antes; que no volvería a ver.

Me zafé de ellos y corrí a la parte de atrás de la casa. A través de la ventana, antes de que me alcanzaran y me apartaran de allí, pude ver a mi padre de pie, ido, con aquella mirada hueca que conservaría ya hasta el fin de sus días. En el suelo, al final de aquella mirada, las piernas abiertas de mi madre brotaban de un charco negro de sangre.

La siguiente imagen que hay en mi memoria es la cara de Aina, la hija del buhonero. Sus ojos azules y su pelo rubio recogido. Tenía doce años, uno menos que yo. Detrás de ella, por encima de su hombro, vi a su hermano apoyado en el quicio de la puerta, estudiándome con lástima y con distancia. Era de día. Yo estaba tumbado en la cama de ella. La luz me hizo creer por un momento que despertaba de un mal sueño.

De repente, volví a sentir que me ahogaba. Una oscuridad abominable se cernió sobre la casa. Me incorporé de un salto y ella trató de detenerme. Llegué hasta la puerta sin dificultad. Su hermano se apartó de mi camino y entré en la sala. Allí se encontraba el buhonero, sentado a una mesa con el cuerpo encogido. Al verme se levantó, se acercó y me abrazó. Quise contenerme, pero rompí a llorar sin consuelo. Entre mis sollozos y mis balbuceos surgió una rabia irrefrenable hacia el mundo. Caí de rodillas, aquel hombre se agachó frente a mí y puso una mano sobre mi hombro. Aina se retorció las manos en el umbral de su habitación, lloraba y me miraba. Su hermano se había sentado y ocultaba la cara entre las manos

—Quiero ver a mi padre —acerté a exigir.

Joana Francisca Grimalt i Seny era la señora de la posesión Son Alzina. Compartía la propiedad con su hermano Andreu, pero a diferencia de éste, cuya residencia habitual radicaba en Ciutat, rara vez abandonaba sus tierras. Mientras su hermano, costumbre

extendida entre los señores, empleaba su tiempo en dilapidar en Palma las rentas obtenidas de la posesión, ella había entregado su vida a la explotación del predio. Por tanto, a efectos prácticos, nadie dudaba de que Joana Grimalt era quien tomaba las decisiones.

Cuando mi padre, un peninsular pobre, o un *foraster mort de fam*, por usar la terminología autóctona, desembarcó en Mallorca alrededor de 1927, entró a su servicio en calidad de *missatge*, lo que venía a ser un asalariado. Hasta el final de la guerra civil —momento en que las primeras oleadas de murcianos llegaron a la isla—, entre los payeses no había peninsulares de lengua castellana, *forasters*. Mi padre logró el trabajo por mediación de un mallorquín a quien acompañó en el barco.

Aunque, en mi presencia, él nunca hiciera la menor referencia a aquellos días, un rumor extendido por Caimari, donde yo asistía a la escuela, sostenía que la señora se enamoró de él, que le dispensó un trato en exceso favorable y que llegó a someterlo a un acoso intolerable, hasta el punto de hacer tomar a mi padre tres años más tarde la determinación de marcharse de allí. Joana, presa entonces de un arrebató pasional, le cedió dos *quarterades* de terreno —alrededor de catorce mil metros cuadrados— en un punto determinado entre Caimari y Escorca. Él, aún un *foraster mort de fam*, aún un hombre predestinado a seguir siéndolo, realmente encontró pocos argumentos, salvado el orgullo, para rechazar aquella oferta. Y la aceptó.

Para un hombre habituado a la servidumbre, aquella porción de tierra significaba por fin y sin matices una completa autonomía. Sus recursos forestales, un auténtico paraíso de pinos y encinas, le permitirían vivir, cuando menos, de la venta de leña. Sin embargo esa actividad sólo supuso en los años venideros un complemento a su actividad principal, pues, aunque en términos bien distintos a los de *missatge*, mantuvo siempre una relación laboral con la posesión. Al igual que otros hombres de la zona, durante la primavera y el verano desempeñaba las labores de carbonero en el predio de Son Alzina, oficio que me enseñó y que ejercí en su compañía desde que

abandoné la escuela. Por un lado, Joana Grimalt mantenía contacto con él, por esporádico que fuera, y por otro, mi padre, dada la soledad inherente al oficio —perdido el carbonero por el bosque durante meses—, podía considerarse en alguna medida un hombre libre.

Definitivamente su suerte o su destino parecían haber cambiado. Pero las matemáticas no fallan, y quien nace para el despiece, antes o después será pasado a cuchillo.

El hombre al que me condujeron el día siguiente a la muerte de mi madre, un pálido reflejo del que fuera mi padre, estaba aniquilado. En su caso, a mi corta edad lo comprendí nada más verle, no había recuperación posible. El abismo que se abría en sus ojos tenía algo en común con la oscuridad abominable que se había cernido sobre la casa del buhonero hacía tan sólo unas horas. Eran irrefutables. No se podía luchar contra aquello. Tal vez eso me sirvió de ayuda; también el reencuentro con él, aunque fuera de aquel modo. Mi padre ya nunca pronunciaría una palabra. El grito de la noche anterior al descubrir a mi madre muerta fue el último que emití de forma consciente.

Joana Grimalt estaba sentada frente a él y cogía sus manos, pero él no estaba con ella. Había dejado de reaccionar a cualquier estímulo. Un desconocido se situó a mi lado y empezó a contarme todo lo que yo ya había entendido al mirar a mi padre a los ojos. No se hizo referencia a mi madre. A mi madre le habían partido la cabeza con un hacha, el hermano de Aina me lo contó unas semanas más tarde, pero nadie habló de ella. El grito de mi padre había alertado al buhonero y a su familia; los tres habían salido corriendo hacia mi casa en plena noche. Una vez allí, y todavía sin digerir el espanto, dos de ellos reanudaron la carrera: el buhonero hacia el bosque, para darme aviso personalmente, y Aina hacia Caimari, para dar aviso a las autoridades. Arnau se quedó con mi padre. Llegado el auxilio —aquella noche había acudido a mi casa más gente de la que la había frecuentado en el último año—, a

nadie, de entre todos aquellos que me rodearon, le había parecido necesario o conveniente darme una explicación acerca de mi madre.

Cuando abracé a mi padre se produjo un estupor general. Por primera vez él respondía a un estímulo. Me rodeó con los brazos y sentí su presión. Continuó sin hablar, pero me abrazaba con fuerza. Sin yo saberlo, aquella reacción, sumada a la mediación posterior de la señora, propició que días más tarde nos permitieran a mi padre y a mí regresar juntos a casa. De no haberse producido su abrazo, nos habrían separado sin remisión. La tutela de Joana, por añadidura, iba a ser aval suficiente para que no me arruinaran la vida más de lo que ya se había arruinado. Nunca ha dejado de asombrarme la facilidad con que uno puede despeñarse sin apenas sospecharlo. Mi padre, palmariamente desahuciado, me salvó al abrazarme.

Siete años después —siete años hacen falta para volver a talar encinas en la misma zona forestal sin que el encinar se resienta o quede despoblado—, el cuerpo sin vida de mi padre caminaba junto a mí, dando cada paso con el mismo brío que yo, no dejando ninguno de los dos que el miedo, el dolor o alguna rara nostalgia nos hicieran desistir de nuestro propósito. Regresábamos a la *sitja* que abandonamos la noche de la muerte de mi madre. En mi interior permanecía la asfixia de aquellos días, la tristeza, que nunca supe ni me ayudaron a asimilar, y, sobre todo, la incomprensión. Una incomprensión no ya hacia el hecho de que durante todos aquellos años no se hubiera descubierto quién había sido el asesino, ni hacia quienes en función o ejercicio de una profesión debieran haber mostrado algún interés en dar con él; mi incomprensión no se dirigía siquiera a los hombres, que siempre son una diana sobre la que resulta difícil fallar. No comprendía, así de simple e ingenuo, que ante la atrocidad que habían perpetrado contra mi madre, el mundo no se hubiera inmutado. Que las piedras del camino siguieran allí, que los árboles lo siguieran flanqueando. No comprendía cómo podía

volver a amanecer y anochecer, a circular el aire. No entendía, en resumen, que mi madre hubiera tenido tan poca importancia.

A mis veinte años, mi personalidad se había forjado al calor de aquella incompreensión y del tiempo, inacabable, que había compartido con mi padre y con su ausencia. Ahora caminábamos hacia la *sitja*, él mirando al suelo, muerto y en cierto modo inexpugnable. Tenía la beatitud de quien ya ha caído, la gloria de quien ya no puede ni espera salvarse. Era un barco fantasma en medio del mar, un ánima de las que surcan los caminos al caer la noche. Sus pies no dejarían de moverse hasta que lo hicieran los míos. Fuéramos a donde fuéramos, él no cejaría, estaría siempre allí, a mi lado, e iría hasta el fin. Sin hacer preguntas ni detenerse ante ningún obstáculo o temor. Su fuerza no era física y, en consecuencia, no tenía límite.

Recorrimos el último tramo, en ascenso, y llegamos al claro del encinar. Era una pequeña planicie en plena ladera de la montaña. En el centro estaba el *rotllo*, un círculo de piedras de unos cinco metros de diámetro sobre el que se consumiría la *sitja*. A siete metros hacia la ladera de la montaña quedaban los restos de la cabaña que había que rehabilitar y en la que descansaríamos mi padre y yo. Tenía por base una pared de *pedra en sec* —en las islas y por la costa mediterránea estaba muy extendida esa técnica de construcción, que consistía en encajar unas piedras con otras sin necesidad de masa que las uniera—. La pared medía un metro de altura y su forma era rectangular, con una abertura en dirección a la *sitja* para facilitar el paso y la vigilancia del fuego. Sobre ella montaríamos un techo de carrizo y ramas, único elemento que cada siete años había que volver a levantar.

Era un lugar especialmente hermoso. Las encinas creaban espesas extensiones de sombra, paliando la luz de un sol que en los meses próximos iba a cocernos sin piedad. A pesar de que nuestra área de maniobras iba a ser el claro, era placentero de vez en cuando adentrarse unos metros en el encinar y sentir que se estaba pisando otro espacio, más húmedo, una suerte de cobijo. La luz no

penetraba en abundancia y, por tanto, el sotobosque era pobre, lo que favorecía un panorama despejado y con poca maleza; algo de brezo, *peu de porc* y poco más; hongos, también. El suelo se componía de viruta y hojarasca y era fácil de transitar; formaba un manto mullido de color marrón. Las encinas extendían ramas y troncos oscuros hacia arriba, salpicadas, acribilladas por los líquenes; abajo, la roca viva de la montaña, que asomaba por doquier, estaba cubierta por manchas de musgo vastas y dispersas. Verdes, amarillas, de color canela.

Miré al norte, hacia la montaña que quedaba al otro lado del camino. Era un día radiante y cálido. Me dejé lamer un rato por el sol y pensé que siete años antes también lo había hecho, pero entonces mi madre aún estaba viva y yo no podía imaginar que me aguardaban, como a mi padre, simas muy profundas. El calor y el placer, sin embargo, eran los mismos.

Primero oí los cascos de los caballos. Dos, tres a lo sumo. Después vi el polvo que ascendía, a continuación las cabezas de las bestias y por fin las siluetas de los jinetes. Eran tres, en efecto. Joana Grimalt iba en primer lugar, la seguía el amo y cerraba la comitiva un *missatge*.

Me sorprendió.

La señora jamás acudía a una marca con ningún carbonero ni lo había hecho con nosotros en años anteriores. Eso delataba la fina percepción que poseía aquella mujer, aun en su silencio y su frialdad. A mí siempre me había parecido un animal atractivo y peligroso. Me costaba imaginarla enamorándose de mi padre y cruzando más líneas de las que marcaba su educación. Me costaba imaginarla enamorada. Me dirigió una sonrisa, como solía hacer al verme.

El amo era el brazo ejecutor de los señores. Si además ostentaba el cargo de *majoral* o capataz, como era el caso, representaba la autoridad de referencia para los payeses que estaban al servicio de la posesión. Y tampoco solía asistir a la marca cuando la negociación con el carbonero de turno estuviera cerrada previamente. Aquel

amo, en particular, era un imbécil, pero este año inusitadamente se había presentado. Aquí no cabía buscar sensibilidad especial o finura en ninguna percepción, como con Joana. El amo simplemente la seguía a donde fuera.

Dejaron los caballos al otro lado del *rotllo* y el amo caminó en mi dirección, seguido por el *missatge*. La señora sólo dio unos pasos y se detuvo a contemplar la montaña del otro lado del camino, tal como había hecho yo. Pensé entonces que también se dejaría lamer por el sol y que también, quizá, recordaría lo ocurrido siete años atrás. Pero aquella forma de pensar no tenía sentido. En mi cabeza no había nada más que el horror de aquella noche. En la cabeza de Joana yo nunca sabría qué había. Aunque ella se sentara conmigo un mes entero para contármelo, yo seguiría sin saberlo, porque me habría mentido.

El amo era un hombre tosco, de corta estatura, de cara tan ancha como larga. De dedos tan anchos como cortos. En su rostro lucía una tonta arrogancia. Los amos eran una clase intermedia entre los payeses y los señores. Así como a los últimos se les rendía tratamiento de *vuestra merced*, a los amos se les debía tratamiento de *vos*. El hecho de que la señora me eximiera a mí, ya desde niño, de dirigirme a ella con el tratamiento que le era propio, obligaba al amo a ceder conmigo de igual manera. Yo era el único payés que le tuteaba. Y al igual que hiciera la señora, yo era el único payés con quien usaba el castellano. No sabía cuál de mis dos privilegios le incomodaba más.

—¿Bien? —fue todo lo que articuló.

—Bien.

Se volvió hacia mi padre desinteresadamente. E hizo un esfuerzo para articular algo más:

—¿Él?

—Mejor todavía.

Aquel hombre hablaba conmigo por dinero, el que recibía de la mujer que había más allá. No tenía simpatía por nadie y no se le conocía otra afición que la de acompañar a la señora. Era imbécil,

entre otras cosas, porque alguien con su poder y con un criterio mínimo para la supervivencia, se habría procurado algún apoyo entre la población. Él era desagradable para todos sin excepción. Nadie movería un dedo por él. Estaba curtido y era duro como el tronco de aquellas encinas, pero las encinas en el fuego se queman.

También pesaban sobre él dos oscuros incidentes; había agredido a dos mujeres que trabajaban a sus órdenes. Acosar y violentar a dos payesas en aquellos años no era pecado mortal. Sin embargo, el muy imbécil estuvo dos días difundiendo sus hazañas por el pueblo. La cosa no fue a más, quitando el hecho de que las mujeres se esfumaron. Que dos mujeres magulladas se largaran de la comunidad, sin mayores explicaciones, tampoco era un escándalo, pero el amo, fiel a esa genética tarda que lo definía en el mundo, se encargó de organizar partidas de búsqueda.

Encogiendo, comprimiendo la cara como si a él mismo le costara entenderla, se animó a hacerme otra pregunta:

—¿Va a curarse algún día?

La forma en que lo miré habría hecho desistir a más de uno de aguardar respuesta. Él, impertérrito, aguardaba.

—Él ya está curado, Massot.

—¿Ya habla?

—No, no habla.

—¿Entonces?

Esta vez ya me dio igual que esperara respuesta. Me quedé quieto. Triste; cansado, más que irritado. Cinco segundos más tarde captó que yo no iba a contestarle y reaccionó. Miró una vez más a mi padre, después a mí y por último al bosque.

—Vamos —exclamó, y dio un par de pasos hacia él.

Al comprobar que yo no me había movido, me observó con la misma expresión de antes, sin entender, como si el sol le estuviera cegando. Lo cierto era que me costaba dejar a mi padre en compañía de nadie. Podría haber venido con nosotros, pero habría sido una descortesía dejar a Joana sola. Le tenía deuda, puesto que

gracias a ella mi padre y yo nos mantuvimos juntos. El hecho de que hubiera asistido a la marca no merecía un desplante, precisamente.

—Haced las marcas —concluí.

—¿Tú no vienes? —se extrañó el amo.

—Luego me dices dónde las habéis puesto.

Se rindió, giró su cuerpo ciento ochenta grados y se adentró en el encinar. El *missatge* iba un par de metros tras él acarreando la argolla. Aquel utensilio daba la medida a partir de la cual un árbol podía talarse. Las dos primeras víctimas las eligieron a mi vista, afanándose el *missatge* con el cuchillo para marcar las bases de los árboles. Continuaron hacia la derecha, hacia la ladera, y dejé de verlos.

Mi padre se había metido en el rectángulo de lo que fuera una cabaña y retiraba ramaje y hierbajos. Había rutinas que despertaban en él un reloj interno. Había procesos, como preparar y alimentar un fuego, cortar leña, arar una tierra, recoger almendra, o salir a media noche para colocar cepos y redes —y recordar que al día siguiente debía recogerlos—, que le devolvían a la vida. Que mi padre al día siguiente fuera a recoger los cepos era revelador, porque demostraba que era capaz de hacer tareas que le obligaban a un seguimiento. Que era capaz de planificar y de emprender procesos que no acababan en el instante de acometerlos.

Joana estaba sentada en una piedra a tres metros de la cabaña con los codos apoyados en las rodillas; se fijaba en mi padre. No le hablaba. No le ayudaba, no se ofrecía. Lo observaba fascinada. Y yo compartía esa fascinación. No por el hecho de que fuera mi padre. Era la fascinación ante alguien que hace algo sin que a uno se le ocurra una forma mejor de hacerlo.

Fui hacia ella y me agaché a su lado, atentos al hombre que desbrozaba la cabaña. Oí su perfume. Ella pasó el dorso de sus dedos por mi mejilla. También solía hacerlo. Aquello ya no me violentaba, para mí aquella caricia suponía, he de reconocerlo, un absoluto deleite; era una sensación de calor, de tacto sanguíneo, de

estar vivo. Me acariciaba desde los trece años. Pero, por otro lado, yo no podía aceptar aquellas caricias si no provenían de mi madre.

Massot y su esbirro tardaron media hora en aparecer. El primero tenía ahora arrugas en su cara. Se presentó a la señora y me informó al punto de la ubicación de las marcas.

—Si hay más de una en el mismo sitio, está cerca.

No tardaron en marcharse. A lomos de los caballos, rociados por el sol, eran personas diferentes, menos el amo. Él seguía siendo y pareciendo un imbécil, esa esencia no transmuta. El *missatge*, en cambio, ya no era un esbirro; y Joana era sólo una mujer, sin insignias. Tenía entre cuarenta y cinco y cincuenta años, el pelo rubio y ondulado, los ojos grises y los labios finos. Sus manos eran blancas y sus dedos largos. Luego estaba el hielo. El hielo le corría sobre la piel como una mortaja. La preservaba, acaso algo momificada. Aquello se debía en buena medida a las costumbres de los señores y a la circunstancia del sexo de sus hijos. A cierta edad, los hijos varones, como Andreu, asistían a la escuela y seguían una educación académica al uso. Las niñas, en cambio, quedaban recluidas en casa, a merced de maestras contratadas para su educación general, y de institutrices, para las lenguas extranjeras. Su encierro, agravado por la cultura endogámica de los señores, crearía jóvenes abocadas en su mayoría a la soltería o al noviciado. Crearía jóvenes frágiles, de piel blanca, de aire ausente, irreales. De una extraña y sugerente belleza.

Dudaba de que la mujer que conociera mi padre fuera muy distinta de la que yo tenía delante ahora. Dudaba de que él la hubiera rechazado sin tener un motivo de peso.

Había recogido y podado ramas que dejé junto a la cabaña; con ellas mi padre iría armando el techo. Después bajé parte de la ladera hacia el norte y llegué a un margen del Torrent des Horts. Allí encontré el carrizo con el que él remataría la faena.

El torrente no siempre llevaba agua. Y cuando la llevaba, había tramos en los que era absorbida por el suelo y sólo un caudal fuerte podía impedir que el torrente desapareciera. Su recorrido era accidentado, trazado entre grandes masas de roca, y abundaban en él los saltos de agua con caídas de varios metros; había uno, hacia el final de su curso, de hasta cincuenta o sesenta metros. Bajo cada salto solían formarse hoyas que quedaban inundadas a pesar de que el agua dejara de circular por el torrente. Las pozas, en verano, acabarían por pudrirse.

De vuelta al claro, descargué el carrizo y me interné en el bosque para localizar las encinas marcadas. Íbamos a pasar allí el resto de la primavera y todo el verano, de modo que habían señalado un buen número de ellas. El recorrido era circular. Partía del claro hacia el este, hacia el bosque, donde habían marcado las dos primeras, giraba hacia la derecha, hacia el sur, y subía unos metros por la ladera; después volvía a girar hacia la derecha, todavía en ascenso, y la última encina marcada quedaba por encima de la *sitja*, de tal manera que una vez talada podríamos utilizar la pendiente para dejar caer por ella los troncos. Tenía que reconocer que así como la merma mental del amo le incapacitaba para ciertas cuestiones, también servía para que uno pudiera fiarse de él. No le habría costado nada —y de hecho tras mi acritud cualquier otro habría aprovechado la oportunidad— haber marcado encinas más lejanas, o de acceso más difícil, con lo que nos habría complicado su acarreo.

Desde allí, entre las hojas, pude distinguir abajo a mi padre. Vi el carrizo verde cubriendo poco a poco el armazón de ramas sobre la cabaña. Descendí por allí mismo, buscando también la mejor vía del terraplén para arrojar o deslizar días más tarde los leños.

Una vez abajo, oí a mi padre resoplar; se enderezó y se quitó la camisa. La cabaña estaba lista. Se quedó mirándola un rato, después fue hacia la parte de atrás, pero continuó más allá, hacia la pared de la montaña. Buscó en ella un lugar terroso y casi vertical, lo tocó con la mano, vino a por la azada y regresó allí.

Mientras él labraba un hueco en la pared yo me dediqué a revisar y recomponer el *rotllo*. Era una plataforma circular que se alzaba unos centímetros sobre el suelo; estaba formado por tierra compactada y piedras colocadas de canto, clavadas en aquella tierra de forma que no sobresalieran del piso. La tierra tenía por objeto cegar cualquier corriente indeseada de aire que pudiera llegar por debajo de la *sitja*, acelerando y por tanto arruinando la quema posterior de la madera. Las piedras, al contrario, creaban una red uniforme de conductos para que el aire, esta vez sí y bajo control, pasara a través de ellos. La circunferencia del *rotllo* sólo se componía de piedras y cantos. Cambié y moví algunas de ellas, arranqué las hierbas que habían brotado por el círculo y cubrí de tierra y pisoteé las zonas más deterioradas.

Oí otra vez ruido por el camino. Me asomé y vi llegar a Aina y a Arnau en un carro tirado por dos bueyes. Pocos payeses contaban con dos bueyes en propiedad. El buhonero había hecho dinero yendo de un lado a otro toda su vida, camuflando actividades relacionadas con el estraperlo y el contrabando bajo el oficio de la venta ambulante. Aunque algunos lo llamaban *marxando*, que era el término apropiado según el uso local, él también procedía de la península, y era conocido por todos, incluso en otros pueblos, con el apelativo de buhonero; en la isla era costumbre respetar los términos foráneos, lo que aunque pareciera una muestra de respeto, no dejaba de ser una forma encubierta de identificar a cada cual por su origen. Sus hijos, los dos hermanos, no participaban de sus viajes; trabajaban entre Escorca y Caimari. En tierras propias la mayor parte de las ocasiones; en otras, en laboreos de temporada.

Arнау dirigía las reses. Aina levantó la cabeza y la vi sonreír. Sobre el carro había diversos bultos, mayoritariamente nuestros aperos.

Llegados al claro, Arnau me saludó y se acercó a mi padre, que estaba terminando el horno de pan. Había revestido el hueco labrado en la pared con piedras planas por todos los lados. Había dos cubículos separados por otra piedra. En el superior se cocería el

pan y en el inferior quedaría el fuego. No teníamos por costumbre usar ni construir un horno. Tres o cuatro años antes usamos uno porque ya estaba allí, en la *sitja* correspondiente, cuando llegamos. Una muestra más de que mi padre, buceando sin remedio en su agujero, podía percibir que no se trataba de una *sitja* más. Había algo fuera de lo común en el aire. La asistencia de Joana a la marca y la construcción del horno por parte de mi padre eran dos señales excepcionales de que aquélla no era una quema más.

—¿Las marcas? —me preguntó Aina.

—Hechas. Ha venido la señora.

Puso cara de sorpresa.

—¿La señora? ¿Qué ha dicho?

—No ha dicho nada. Ha estado aquí.

Más allá de su sonrisa, a la que yo debía mucho, Aina poseía una sagacidad extraordinaria. Con lo que acababa de decirle, ya me miraba de un modo especial; era una mirada larga, durante la cual sus facciones irían cambiando.

Aquélla no era una quema más.

La tala

Almorzamos pronto para aprovechar las horas de luz.

Acto seguido, como cada año, nos dividimos en dos grupos. Por un lado, mi padre y Aina —ella y su hermano eran las únicas personas con quienes yo dejaba a mi padre— descargarían el carro, revisarían y pondrían en orden los aperos al lado de la cabaña y guardarían en ella los dos odres con agua, el botijo, los faroles, las dos banquetas, los pucheros, las sartenes y la comida, envuelta en una red que se colgaría de la techumbre para evitar el saqueo de las ratas u otras alimañas. *Raol*, se llamaba. Acabarían de acondicionar el claro eliminando cualquier rastro de hierba y hojas secas y aguardarían nuestro primer envío.

Arnau y yo cogimos el tronizador, dos hachas y el burro, un utensilio imprescindible. Consistía en una rama recta, algo menor de un metro de longitud y de unos diez centímetros de diámetro. A un palmo de cada extremo tenía dos agujeros en los que se ensartaban dos ramas más pequeñas, de medio metro de longitud y cinco centímetros de diámetro, formando entre ellas un ángulo de noventa grados. Así, cada dos ramas formaban una *v*, una delante y otra detrás, abiertas hacia arriba. Sobre ese esqueleto tan simple se cargarían los trozos cortados de madera de forma longitudinal, para apilar todos los que fuera posible, cargarlo al hombro y acarrearlo. En la parte inferior de la rama maestra, había otro agujero a un par de palmos de un extremo, en el que de nuevo se insertaría, esta vez en vertical y hacia abajo, una rama de un metro de longitud. Esa rama facilitaría dos cosas: una, apoyar el burro en el suelo de forma

inclinada, lo que hacía más sencilla su carga; y dos, poder acomodar el hombro por debajo a la hora de levantarlo del suelo, algo casi irrealizable sin ese apoyo.

Elegí la encina más grande de las dos que quedaban próximas, la talamos a matarrasa y troceamos el tronco. Arnau y yo llevamos los leños por turnos, uno a uno, hasta el claro. Allí, mi padre y Aina separarían la corteza de la madera y la picarían con una barra de hierro. A cambio de la ayuda de los dos hermanos, ellos se quedarían con la hoja, que emplearían como forraje, y con las ramas inservibles para la *sitja*, de las que obtendrían leña y brotes que Aina utilizaría para tejer cestillas u ornamentos, que a su vez su padre vendería de forma ambulante. Pero el elemento más valioso para ellos era, sin duda, la corteza. Era demandada para curtir pieles y de ella se extraían tintes y pociones de uso medicinal. Aunque el precio variaba según la temporada, las pociones reportaban al buhonero un dinero nada despreciable.

Por nuestra parte, quedábamos compensados por su ayuda con el carruaje, con sus visitas periódicas, con su colaboración en la tala, en el desmoche y, sobre todo, porque se llevaban del encinar todas aquellas partes de la encina inútiles para nuestra tarea. En el encinar no se podían dejar restos que favorecieran el fuego. De no llevarse ellos esos restos, yo tendría que secarlos y quemarlos. Y quemar en pleno bosque, o en el claro, expuesto al viento y con el sol arreando, era algo desaconsejable para cualquier carbonero.

Al atardecer, el tronco y los leños mayores se encontraban cerca del *rotllo*; y el ramaje inservible, todavía en el encinar, podado y apilado. Arnau ceñía haces de ese ramaje con cuerdas y mi padre, Aina y yo los transportábamos al carro. La corteza ya estaba allí. De noche, con el carro cargado hasta arriba, Arnau cruzó varias cuerdas por encima, colgó dos faroles en los varales y se marchó. Volvería al día siguiente para cargar el resto. Aina —más de una vez me confesó que aquellas ocasiones para ella eran mágicas— se quedó a pasar la primera noche con nosotros. Dormir en el bosque era siempre una experiencia inigualable, incluso para quienes

pasábamos meses a la intemperie. En la isla no había animales peligrosos. El mayor peligro podía provenir de una jineta, lo que movía a la risa o, más arriba, en las cimas peladas de la sierra de Tramontana, de un macho cabrío, capaz de despeñar a cualquiera con una facilidad pasmosa. En el encinar, no cabía temer nada.

Mientras Aina cocía patatas, mi padre preparó cinco cepos, tomó un farol y se internó en el bosque. Cuando desaparecía por la noche en la oscuridad, yo me sentía bien, porque siempre que lo hacía, lo hacía en el monte. No sabría explicar por qué, pero desde que perdió la cabeza siempre creí que el único lugar donde él podría vivir solo y sin peligro era allí. Quizá porque el bosque nunca iba a requerir de él nada que él no hubiera aprendido ya. Porque el bosque, sin desdeñar los riesgos que entrañaba, nunca le sorprendería ni le expondría a ninguna situación que él no supiera afrontar. A menudo pensaba que mi padre, en un mundo sin humanidad, tendría tanta o mayor probabilidad de sobrevivir que cualquier animal. Y podría hacerlo, insisto, solo. En lugar de lamentar yo su involución, lamentaba la existencia del resto de los hombres, no podía evitarlo, fuera eso demencial, antinatural o reproable.

Los ojos azules de Aina brillaban. Me desarmaban su sonrisa y su dulzura, pero jamás sentí por ella atracción física. No por falta de razones, puesto que era a todas luces una de las mujeres más atractivas de la comunidad, sino por el vínculo fraternal que nos había unido tras la muerte de mi madre.

Puse la otra banqueta junto a la suya y me senté a su lado.

—¿Crees que saldremos algún día de aquí? —me preguntó.

Aquella pregunta me dejó perplejo. Era la primera vez que oía de su boca algo por el estilo.

—¿Quieres irte?

Se encogió de hombros, pero dejó de sonreír.

—¿Adónde irías? —me interesé.

—A muchos sitios. Viajaría.

—Puedes ir a donde quieras, nadie te lo va a prohibir.

No dijo nada.

—¿Qué te lo impide? —la animé.

Me miró lánguidamente.

—Tu hermano y tu padre saldrán adelante sin ti. Si no estás, no será lo mismo, pero sobreviviremos... —Le sonreí.

—Hay dos hombres que buscan a mi padre —me confesó.

Adoptó un gesto serio, algo crispado.

—Lo conoce todo el mundo, no veo nada anormal en eso. ¿Has hablado con ellos? ¿Te han dicho lo que quieren?

—No.

—¿Los habías visto antes?

—No, y no quiero verlos más. No me gustan nada.

—¿Cuándo vinieron?

—Han venido tres veces, todas en el último mes.

—¿Qué dice Arnau?

—Dice que deben de ser comerciantes, él no se inquieta con nada.

—Es lo más probable.

—No lo son, Marc. Con estas cosas no me equivoco. Cada vez que los veo me siento peor. Uno de ellos tiene un ojo blanco, como si estuviera tuerto.

Me reí.

—No te rías —me reprendió.

—¿Qué dice tu padre?

—No ha vuelto desde que los vi por primera vez. También me preocupa eso.

—Tu padre se ausenta largas temporadas.

—Pocas veces más de un mes. Ha pasado algo. O va a pasar, no lo sé.

Le cogí la mano y la tranquilicé. Aina tendía a magnificarlo todo.

—La última vez tuve la impresión de que querían meterme miedo —añadió.

—¿Todas las veces estabas sola?

—Sí. —Se retorció las manos y abrió un poco más los ojos—. ¿Crees que nos vigilan?

—¿Qué sentido tendría eso? Si quisieran algo de ti o de Arnau ya os lo habrían dicho. ¿Qué te han dicho, concretamente? Cuéntamelo.

—Sólo eso, que si está mi padre; bueno, no se refieren a mi padre, sino al buhonero. Usan esas palabras: el buhonero.

—¿No te han dicho nada más?

—Nada. Cuando les digo que no está, me preguntan si sé cuándo estará de vuelta, y cuando les respondo que no lo sé, el tuerto sonríe.

—¿Habéis dado parte en Caimari?

—¿Para qué?

—Para que pase alguien a veros de vez en cuando.

—Y ¿qué les voy a decir? ¿Que han venido dos hombres a buscar a mi padre?

—¿Por qué no?

—Se reirían de mí.

Bajó la cabeza y dio por zanjada la conversación.

—¿Quieres quedarte unos días con nosotros? —le ofrecí.

Negó con la cabeza y se inclinó sobre el fuego. Retiró las patatas, colocó una sartén y cortó unos trozos de tocino. Añadió ajo e hinojo. Mientras agitaba la sartén y volteaba el contenido, sin mirarme, susurró:

—Tengo miedo.

No continuó, pero de haberlo hecho se habría remitido, lo supe como si estuviera dentro de su cabeza, a la muerte de mi madre. A fin de cuentas desde entonces sólo habían transcurrido siete años. Si bien ese tiempo, en dos adolescentes, se multiplicaba hasta convertirse en una eternidad, no dejaba de ser un espacio corto de tiempo. Ella había compartido mi dolor, podría aventurar que con el mismo sufrimiento que yo, desde mis trece años hasta ahora. El miedo nos había invadido, como un hongo, y se había propagado por nuestro interior hasta ocupar el último resquicio. Yo lo había podido enmascarar, o contrarrestar, con la rabia y con un odio nuevo

hacia todo lo que respirara, pero ella no. A mí me mantenía en pie una secreta sed de venganza, inconcreta, abierta; pero Aina no tenía otro sustento que yo. Los dos vivimos la muerte de mi madre solos y seguíamos estando solos.

No se inmutó, ni le incomodó que mi padre apareciera en el claro, cogiera un leño y se sentara junto a nosotros. Al contrario, ella se puso a su lado, le acarició el pelo y volvió a sonreír.

Se quedó a dormir con nosotros.

Bajo la tutela de la señora, el primer año tras la muerte de mi madre, mi padre y yo tuvimos que tolerar la presencia en nuestra casa de una de las mujeres de su servicio personal. Durante los primeros seis meses, la mujer pernoctaba también en casa. Antes hubo otras dos, la primera duró tres días; la tercera noche algo la despertó y se encontró con la cara de mi padre a un palmo de la suya, iluminada por un farol, observándola como él lo observa todo, desde el infinito. Salió despavorida y no dejó de correr, imaginé entonces, hasta llegar al mar, al que habría caído desde un acantilado haciéndose trizas. Esa idea, a mis trece años y con el cuerpo de mi madre aún caliente, me hizo gracia. Mucha. Y a mi padre, si no hubiera estado vacío, también se la habría hecho.

La segunda mujer duró todavía menos. Bastó con que mi padre la agarrara firmemente de la muñeca cuando ella se disponía a cepillarle el pelo. Ésta no salió corriendo. A la mañana siguiente, sin despedirse, salió andando de mi casa y no volvimos a verla.

La tercera mujer, contra mis augurios, fue la que se quedó. Había sido la *dida* de Andreu y de Joana, la que los amamantó y ejerció de niñera con ellos. Era mayor que las otras, tenía el pelo entrecano, formas orondas y unos dedos gordezuelos. Era cálida, a diferencia de sus predecesoras, y sonreía mucho. No tanto como Aina, con quien simpatizó nada más verla, pero sí, igual que ella, de un modo encantador. Se llamaba Apol·lònia. Yo siempre la llamé Apoloni.

Convivió con nosotros seis meses ininterrumpidamente. A lo largo de los seis meses siguientes, llegaba al amanecer y se marchaba antes de que oscureciera. Y a partir del año, se fueron espaciando sus visitas hasta quedar fijadas en dos días a la semana, los martes y los viernes.

No faltó un solo día, ni por enfermedad. No recuerdo haberla visto enferma, ni siquiera quejumbrosa. Lo hacía todo con un candor encomiable. Si alguna vez mi padre la agarraba de la muñeca, aguardaba con paciencia a que él aflojara la presa. Y si alguna noche se encontraba con su cara a un palmo de la suya, rompía a reír, y lo seguía haciendo mientras él no se apartara o ella no se levantara.

A Aina siempre le guiñaba un ojo, nunca supe por qué.

Apoloni murió de un ataque al corazón cuando yo tenía dieciséis años y ya no hubo más mujeres en mi casa.

Mi padre improvisaría un camastro rudimentario al día siguiente, pero la primera noche dormimos al raso.

Desperté el primero antes de que saliera el sol, con tiempo suficiente para verlo aparecer sobre los cuerpos de mis acompañantes. Mi padre dormía ovillado hacia un lado y Aina bocarriba, a pierna suelta, despatarrada.

Me estremecí viendo aquellos dos cuerpos, manchados ya por la luz, sobre el fondo negro de la sierra. El valle se perdía hacia el noroeste y aún tenía la noche clavada en el hígado. La oscuridad también cubría el encinar, a mi espalda, y una parte del camino hacia Caimari. Llegaban de allí un aire frío y voces de pájaros.

Mi padre despertó, se levantó y tiró hacia el bosque, a recoger los cepos. Ni reparó en mí.

Aina tardó bastantes minutos más. Al hacerlo, por fin, me buscó y me dedicó su primera sonrisa, mucho más hermosa que las que vendrían después, perfectas y húmedas. Aquella era su vuelta a la vida, su primer mensaje al sentirla de nuevo. Se desperezó sin

vergüenza y se incorporó lentamente, apoyando primero las manos en el suelo, sentándose, para dar de repente un salto y ponerse en pie.

—¿Cómo estás, Mo?

Cuando bromeaba y era otra vez niña, me llamaba Mo. Lo hizo por primera vez cuando apenas sabía hablar. Aquel nombre quedó entre ella y yo como un signo de intimidad.

Volvió a aparecer mi padre, esta vez con los cinco cepos en la mano, tres de ellos vacíos, uno con una liebre y el quinto con un resto de algo indeterminado, ensangrentado, con toda seguridad un trozo de una presa devorada por algún bicho más madrugador que él. Se acercó al fuego, se sentó al lado de Aina y dejó la caza entre los pies de ambos.

—¿Me está pidiendo que lo limpie? —me consultó ella.

—Yo creo que no.

—Que sí. —Rio.

A todo esto mi padre ni respiraba. Yo deseaba que él un día, aunque sólo fuera una vez, me tomara de la mano y me dijera: «Ven, te voy a llevar a donde voy yo». Al mismo tiempo, era algo que me aterrorizaba. Ya de niño, a partir de la muerte de mi madre y del inicio de la deriva muda y tenebrosa de mi padre, di en creer que el rumbo de cada vida estaba marcado de antemano; y que nuestro margen de libertad iba a descansar en los escasos golpes de timón que fuéramos capaces de ejecutar, siempre ceñidos a suaves maniobras. Movidos por el miedo o por la ambición, podíamos desviarnos o virar en redondo, pero ese viraje no llevaría sino a la nada y a la mentira, a tierra de nadie, a ser pasto de las alimañas. Soñaba a menudo que mi padre y mi madre navegaban conmigo por un río, a bordo de una embarcación de madera. Yo iba al timón y elegía, a favor de la corriente, el punto del horizonte al que nos dirigiríamos. Ése era mi único abanico de libertad. No me acercaría a la orilla. Ocurriera lo que ocurriera, no abandonaría el barco.

Aina, para mi pesar, no iba en aquel barco.

—Aina, ¿seguro que no quieres quedarte? Unos días.

—No.

Estaba cortando pan. Lo roció con aceite de oliva, todo un lujo para quienes sólo contábamos con la cartilla de racionamiento, y puso al fuego el puchero del café.

—Escucha, atiéndeme —le pedí—. Si vuelven esos dos hombres, avísame. Pega un tiro al aire y estaré allí en veinte minutos.

—¿En veinte minutos?

—No puedo correr más.

—Para llegar en veinte minutos tendrías que venir volando.

—Llegaré, créeme.

—Además, yo no pego tiros.

—Deberías hacerlo.

—Déjalo.

Lo dejé.

—¿Crees que saldremos algún día de aquí? —me volvió a preguntar.

Fui hacia ella y cogí su mano. Siempre nos cogíamos las manos. Cada vez que ella retorció las suyas, era como si retorciera las mías.

—¿Por qué no te vas si es lo que quieres hacer?

—Y ¿cómo me voy? ¿Sola?

Cuando alguien quiere conseguir algo, debe estar dispuesto a conseguirlo solo, no hay alternativa. Pero no le dije eso.

No le dije nada. Arnau llegó cuando el valle empezaba a clarear. Los bueyes y los remaches metálicos del carro refulgían.

Tomamos café con él. A continuación, activados por un resorte común, nos separamos. Aina se retiró a desollar la liebre y mi padre cogió la porra y las cuñas y se fue a abrir, desbastar y modelar los troncos tal y como iban a ir ya a la *sitja*. Arnau y yo bajamos al encinar. Era dos años mayor que yo. Y más grande, aunque más desgarbado. Comenzó a acarrear haces de ramaje y yo a cortar las ramas intermedias, las que también irían a la *sitja*. Invertimos alrededor de una hora. Luego nos tomamos un respiro, yo apoyado contra una rama y él sentado en una piedra.

—¿Qué es eso de dos hombres que rondan por tu casa?

Me miró sin contestarme.

—Parece ser que se presentan cuando tú no estás —agregué.

Torció la cabeza a un lado y cabeceó:

—Razón de más.

—¿Cómo que razón de más?

—Razón de más para ponerlo en duda. No dudaría de mi hermana, no puedo hacerlo. Pero la historia que me ha contado es mala de creer.

—¿Es malo de creer que dos hombres hayan ido a tu casa a preguntar por el buhonero, que es tu padre?

—No, es malo de creer que sólo hayan venido cuando yo no estoy.

—Porque tú te ausentas poco...

—Poco.

—¿Tres veces al mes? ¿Cinco?

—Por ahí.

—¿Puede ser que alguien os esté vigilando y aproveche la ocasión? ¿Puede ser que alguien te esté vigilando a ti?

Se echó a reír.

—¿Qué disparates estás diciendo? ¿Quién me iba a vigilar a mí?

—¿Quién iba a vigilar a mi madre?

Cerró la boca. Se mantuvo en silencio unos segundos, los justos.

—Podría ser que alguien estuviera vigilando la casa, puede ser —reconoció—, ¿tú crees que sí?

—Le he dicho a tu hermana que cuando vuelvan esos hombres, pegue un tiro al aire, así uno de los dos, tú o yo, podremos ir corriendo a tu casa. ¿Qué opinas?

—Alguno de los dos lo oiría, bien pensado.

—¿Tú te vas muy lejos?

Me miró con hosquedad.

—No es de tu incumbencia donde yo vaya, Marc.

—No, no lo es. ¿Piensas irte próximamente?

—No te confundas —matizó, tratando de conciliar—. No quieres a mi hermana más de lo que la quiero yo. No tienes más

responsabilidad sobre ella que la que tengo yo.

—Yo la he creído.

—Estaré más atento, no te preocupes.

—Tú no sobrevivirías a tu hermana, Arnau. Ten eso presente cuando te ausentes.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tu hermana te sostiene.

—Como a ti.

—Como a mí.

Nos habían dejado dos odres más de agua, por si un día se nos antojaba lavarnos, y el hurmientto, con el que elaboraríamos el pan. Aina, después de ver el horno que había preparado mi padre, le pidió a Arnau la noche anterior que lo trajera. Y ella me lo dio a mí, en una tinaja de barro pequeña.

Arnau ciñó las cinchas sobre el carro y se marcharon. Al pie del claro, viéndoles descender, se me ocurrió que nunca había estado tan solo.

Me di la vuelta. Mi padre había terminado el camastro y estaba de pie junto a él, orientado hacia mí, con los ojos estragados por el infierno.

La *sitja*

El espectro de mi padre y yo habíamos empezado a armar la *mola*. Los leños de mayor grosor, que iban a dar el mejor carbón, se colocaban en el centro del *rotllo*. Este núcleo de troncos se alzaba un metro del suelo. Desde allí, hacia arriba, no se apilaba más madera, puesto que una vez prendida la *sitja* aquel conducto actuaría a modo de chimenea; y serviría también para alimentar el fuego arrojando por él *bessons*, pequeñas cargas de ramas y brasas. A esa formación inicial se le daba el nombre de *ull de la sitja*.

El resto de troncos se apilaban, de mayor a menor grosor, en círculos concéntricos hacia el exterior. El aspecto final del engendro sería el de un cono gigante de madera, de unos tres metros y medio de diámetro en la base por dos metros y pico de altura.

El proyecto indiscutiblemente corrió a manos de mi padre. Él se encargó de hacerlo todo. Mi única función fue la de suministrarle leños por orden y en abundancia, porque la mayor complejidad de la construcción consistía en elegir el tronco adecuado para acoplarlo a cada hueco. Era una labor de construcción, además, delicada, ya que la *sitja* debía ser lo suficientemente compacta para que uno de nosotros, yo por lo general, pudiera encaramarse por sus laderas hasta el *ull* sin que la estructura se viniera abajo.

La faena nos llevó el resto del día. Estuve a punto de perder el conocimiento. Fue demoledor. Extenuante.

A media jornada había cometido el error de quitarme la camisa y al final del día mi piel había desaparecido bajo los arañosos, la viruta, el polvo y el sudor. Entonces sentí, de golpe, todo el escozor

que durante las horas precedentes no había sentido. El pecho y los brazos me ardían. Me quedé de pie, expuesto a un sol que declinaba, disfrutando cada segundo de aquel agotamiento. Viendo, asimilando el bosque, me daba cuenta de que mi cansancio no era, por supuesto, importante. Cuanto para los hombres pudiera ser importante, real y objetivamente no lo era. Nada de lo que pudiera ocurrirle a nadie, aun lo más extremo, iba a tener la menor importancia.

Terminada de componer la madera, había que rematar la *sitja*. Quedaba poca cosa: cubrirla con una capa de varios dedos de carrizo y tierra, para crear un entorno cerrado en el que la combustión se produjera paulatinamente, pues de eso se trataba, y también conformar la *braseira*. La *braseira* era un anillo de ramas que se adosaba a la base de la *sitja* y la rodeaba. Igualmente tenía que cubrirse con carrizo y tierra y su única utilidad era la de servir de alerta a la hora de dar por terminada la quema. Cuando aquel anillo de ramas empezara a consumirse, significaría que el fuego había llegado hasta él desde el centro y que la quema había finalizado.

Mi padre estaba de pie frente a la montaña de troncos. Aguardaba. No daría por terminada la jornada hasta que hubiéramos culminado aquellos dos pasos. Pero yo estaba fulminado. Le tomé por un brazo y le acompañé al interior de la cabaña, donde ya habíamos metido el camastro. Bebió agua y se tumbó. Salí de allí y me senté en una banqueta, examinando con más atención cuáles de mis rasguños tenían peor aspecto. No era infrecuente que un carbonero tuviera que acudir a un médico para que le cosiera las heridas. Concluido el examen, sin daños reseñables, levanté la cabeza y vi a mi padre otra vez frente a la *sitja*. No me moví. Cuantas veces lo retirara de allí, tantas veces volvería. En su cabeza pesaba una tarea, una rutina por cerrar, y no descansaría hasta zanjarla. Llevé la otra banqueta hasta él y se sentó.

Al cabo de media hora vi a un hombre en el camino principal, abajo. Iba con dos mulos. No venía a la *sitja*. Había pasado de largo nuestro sendero e iba a tomar el sendero siguiente, que subía por la ladera al noroeste. Me saludó alzando la mano y se detuvo al verme correr hacia él.

Se dirigía a la cima, a una casa de nieve.

En la montaña había tres tipos de asentamiento, cada uno para un oficio distinto. Nosotros producíamos carbón, otros producían cal quemando rocas calcáreas en hornos, usando la misma franja horizontal de la montaña, y los últimos producían hielo, en la zona alta y normalmente despoblada de vegetación, donde la nieve caía con cierta regularidad en invierno. Este oficio, ya de niño, me parecía que poseía una belleza excepcional. Se practicaba en el suelo un agujero de grandes dimensiones, rectangular —entre los diez y los quince metros en el lado más largo, los cinco y los siete en el más corto, y también de profundidad—. Se forraba de piedras para que la nieve no se ensuciase en contacto con la tierra y las paredes sobresalían ligeramente de la superficie del suelo, medio metro, con ventanucos en pendiente, *bombarderos*, que servían para arrojar por ellos la nieve al depósito. Una puerta en uno de los lados cortos daba acceso al hielo. El sistema consistía en ir arrojando nieve allí dentro e ir apisonándola, con herramientas y caminando sobre ella en espiral desde el exterior hacia el punto central. La presión convertía la nieve en hielo. Ese proceso se repetiría tantas veces como fuera necesario hasta apurar la capacidad del pozo. Al terminar, se cubría el depósito con carrizo para protegerlo.

Llamaba la atención que en la misma montaña, en el mismo pedazo de roca, unos nos batiéramos con el calor de la *sitja* o del horno de cal, bajo un sol inclemente, y otros se midieran con bajas temperaturas. Las casas de piedra en las que se resguardaban aquellos hombres y la leña que quemaban en ellas, poco iban a paliar aquella sensación permanente, eterna, de frío.

El hombre del camino era un *missatge* de la posesión. Iba a buscar cuatro *pans de gel* —bloques cúbicos de hielo de unos cincuenta kilos de peso, que se envolvían en carrizo y se transportaban uno a cada lado de un mulo—. El trayecto debía hacerse de noche para impedir que el sol los derritiera.

Nos despedimos y él siguió su camino. De regreso al claro me senté al lado de mi padre. Me quedé allí hasta que la luz se fue por completo, con los ojos perdidos en el mismo sitio que él, con la cabeza ocupada de manera obsesiva con el tuerto del que me hablara Aina.

Así como con ella toda mi vida mantuve una sintonía espontánea y plena, con Arnau no podía recordar afinidad alguna. Lo apreciaba, pero él no se había ganado mi aprecio. Lo apreciaba por necesidad, de forma mecánica, como se puede apreciar a un desconocido si se ha naufragado con él en una isla desierta. El carbonero llevaba una vida solitaria y frecuentaba a muy poca gente. Había cierta obligación de mantener con esa gente la mejor relación posible.

La casa del buhonero se encontraba a un kilómetro escaso de la nuestra, un centenar de metros más allá del límite del predio de Son Alzina, hacia Caimari. Detrás de una loma, en tierra de nadie, casi invisible. Eran mis únicos vecinos. Por fuerza debíamos ayudarnos. Antes de la muerte de mi madre, de hecho, con el buhonero por los caminos y yo con edad aún insuficiente para ayudar a mi padre con el carbón en la montaña, pasaba buena parte de mi tiempo con los hermanos. Mi madre solía enviarme a buscarlos a la hora del almuerzo. Y el buhonero, en contrapartida, no regresaba nunca de sus viajes sin obsequios para nosotros; café, legumbres o algún aparatoso juguete para mí.

Aina y Arnau fueron abandonados por su madre cuando la niña contaba poco más de un año. Aquella circunstancia, sumada a las ausencias periódicas de su padre y del mío, nos abocaron a compartir cuanto teníamos.

Sin embargo, Arnau mantuvo desde el inicio una distancia que resultó insalvable para mi madre y para mí. Era correcto, educado,

más de lo que habría sido razonable a su edad, y serio, como pocos que yo haya conocido, en lo referente al trabajo. Desde que pudo empuñar una herramienta no dejó de usarlas. Pero había algo en él que le impedía entrar en intimidad con nadie. Fue él quien me dio los detalles del asesinato de mi madre, pero sólo lo hizo forzado por mi insistencia. La propia Aina años más tarde me confesaría que su hermano me había hecho más confidencias a mí que a ella. Con ella era igualmente frío. La cuidaba y se sabía responsable de ella, pero jamás le dio nada que ella no precisara ostensiblemente o no le hubiera pedido con anterioridad.

A veces, desde que mi padre habitara otros mundos, se me ocurría que Arnau pudiera vivir en una situación similar. Que se hallara en un lugar del que no quería o no podía volver. Eso, por un lado, provocaba en mí admiración y puntualmente una rara envidia; por otro, resquemor. Era una cuestión de confianza. Excepción hecha de mi padre, no podía confiar en una persona que no habitaba el mismo mundo que yo. Por eso, aunque supiera que lo haría, no confiaba en él para que protegiera a Aina del tuerto.

Me levanté, encendí una lámpara de queroseno y preparé fuego. Puse la liebre a hervir, no había otro modo de cocinarla si no se quería perder la dentadura al hincársela. Y el caldo nos serviría para el día siguiente. Cenamos sin prisa, abandonados a un bosque negro como una fosa, que nos eliminaba, que nos desleía como granos de sal en el agua.

Me despertó un ruido seco. Me puse en pie y distinguí una luz que bajaba por la ladera. Mi padre no se había movido. Le dejé allí, encendí un farol y bajé hasta el camino principal. La otra luz se fue aproximando a mí hasta que reconocí tras ella al *missatge* tirando de los dos mulos. Él llevaba una lámpara de carburo con reflector para iluminar el camino. Los mulos, cargados, aprovecharon el receso para resoplar. El *missatge* me sonrió, metió la mano en un saco y me tendió lo que le había pedido. Rechazó mi dinero cuando se lo ofrecí, se despidió y tiró de nuevo de las bestias.

Corrí entonces hasta la *sitja* y volví a sentarme junto a mi padre. No hizo falta que lo pusiera delante de sus narices: él miró bovinamente el bulto que había en mis manos, acercó las suyas y con sumo cuidado lo depositó sobre sus piernas. Retiró el carrizo como si se tratara de un vendaje y dejó al descubierto el cubo de hielo. No tenía más de un palmo y a la luz del fuego resplandecía como un diamante. Entonces me fijé en su sonrisa. Era lo único, desde la muerte de mi madre, que lo hacía sonreír. Un trozo de hielo. A veces Aina también lo lograba. Él ya no haría nada más, apenas respiraría. Se quedaría allí sonriendo hasta que el hielo se fundiera totalmente sobre sus piernas.

La primera vez que la señora me acarició, con una dulzura que nadie le suponía, que sólo yo, y acaso mi padre, conocíamos, fue un par de meses después de que a mi madre le partieran el cráneo.

Apoloni trasteaba por la cocina y mi padre estaba sentado fuera de la casa, con la cabeza orientada hacia el campo. Joana y yo comenzamos a pasear en dirección al bosque. Me había pedido que le hablara de mi padre y de mí. Yo no le conté nada. Aunque hubiera habido algo que contar, tampoco lo habría hecho. Sentía hacia ella una confusa mezcla de rechazo y de embrujo. Ella había querido y quería aún, yo podía percibirlo, a mi padre. Todo lo relacionado con él adquiría para mí un tinte poco menos que sagrado. Pero también veía en ella a una mujer que había rivalizado con mi madre por el mismo hombre.

Entre los árboles, me pidió que me sentara a su lado y me entregó un papel, enrollado y envuelto con una cinta de color azul. Me pidió que lo desplegara. En él había un texto rodeado por una orla, sembrada de dibujos y de aves blancas. Las aves no eran reconocibles. Tenían las alas abiertas y, en lugar de picos, fauces cubiertas de colmillos. Aquello no me gustó. Ella se dio cuenta y se apresuró a aclararme que aquellas aves sólo representaban un símbolo de su familia, que a lo que debía prestar atención era al

texto comprendido por la orla. Lo leí. Era un reconocimiento de deuda. De Joana hacia mí, sin más. Joana estaba en deuda con Marc. Cuando le pregunté qué significaba, me contó que mi padre una vez quiso marcharse de Son Alzina, y que el único motivo por el que no lo hizo fue porque ella le rogó que no lo hiciera. Ahora la deuda que ella contrajo con él, pasaba a mí. Era un documento que sólo iba a tener valor entre nosotros dos, pero según sus palabras tenía tanta validez como yo diera en imaginar. Tampoco importaba que lo perdiera. Ella y yo sabíamos que la deuda existía. Entonces me acarició.

Me volví a fijar en sus ojos, era inevitable. Eran grises porque ése era el color de su sangre. Para mí, entonces, eso no era bueno ni malo. Era algo que no había visto nunca. Pero mirándolos, comprendía todo lo demás: su forma de moverse, de hablar, el tono volátil de su voz. Allí estaba toda Joana, para quien supiera verla. Ella vivía en aquel mundo llano, umbrío y desierto.

Mirando sus ojos, entendía sus caricias, su hambre, su sed inmemorial de algo vivo.

Aquel día supe que la señora, me pesara o no, iba a formar parte de aquel rumbo que me había tocado en suerte, de mi destino, de aquel sueño en el que mis padres y yo íbamos a bordo de una embarcación de madera.

Desperté poco antes de que amaneciera. Mi padre continuaba sentado en la banqueta, ahora con los ojos cerrados y guardando el equilibrio. Salí hacia el torrente con el burro e hice un primer viaje con una carga de carrizo; mi padre despertó en cuanto lo descargué, como si lo hubiera estado esperando en sus sueños.

En el último viaje, el sudor y el sol me recordaron los rasguños del día anterior. Distinguí en la camisa tres o cuatro manchas frescas de sangre. Mi padre ya había esparcido los fardos precedentes y me esperaba. Había adelgazado y en su cuerpo había más huesos que carne, pero todo lo que quedaba en él era energía. A pesar de

nuestra diferencia de envergadura, yo no podría haber hecho en mi vida la mitad de lo que él era capaz de hacer en cualquier momento. Después fue cubriendo la *sitja* de tierra y yo preparando el material para hacer la *brasera*. Nos llevó más tiempo del que había calculado. Con razón él había insistido el día anterior en terminar el trabajo. Al apoyar la escalera en la *sitja*, dio por finalizada la construcción.

Se giró, se dirigió a la hoguera, reavivó el fuego y puso el café a calentar. Mientras lo tomábamos y yo cortaba pan, él echó una brazada de leña menuda. En unos minutos fue a por una pala, la cargó de brasas y se encaramó por la escalera para vaciarla en el *ull de la sitja*. Le fui alargando puñados de leña fina que él iba dejando caer en aquella boca. El primer humo siempre tenía un tono azulado; más adelante se espesaría y se haría blanco, habría vapor. Por fin, cuando las llamas asomaron por arriba, tapó el *ull* con una plancha de hierro.

Ya estaba. A partir de aquel momento, cabía esperar y vigilar, nada más, pero nada menos, puesto que vigilar significaba no poder dormir más que a ratos y con un perfecto control para volver a la vigilia. Al carbonero le iba el negocio en ello. Cualquier orificio que se abriera en la *sitja* debía ser cegado de inmediato. De no ser así brotarían llamas y se arruinaría la quema. Por suerte, a nuestros efectos el carbonero era y seguiría siendo mi padre.

Habían pasado las peores horas, las primeras, en las que cualquier defecto de fabricación en la montonera de troncos habría echado al traste nuestro esfuerzo. Y aquello tiraba. No había mejor prueba que la dispersión homogénea, cilíndrica, de hilos de humo sobre la estructura.

A mis dieciséis años murió Apoloni. A los trece, mi madre. A los ocho, mi perro. No, eso era una broma. El carbonero no tiene a quien gastárselas. A mis veinte años mi vida no había sido otra cosa que un puñado de tragedias e hilos de humo homogéneos repartidos

por el bosque, por las *sitges*. Pero no lo lamentaba. No deseaba otra forma de vivir. No me hacía falta.

Admiraba la piel de mi padre, tostada y algo cuarteada, blindada ante lo que viniera. Ahora él se había retirado al interior de la cabaña y se había tendido en el camastro sin perder de vista la *sitja*. Tenía una misión. Preparar, custodiar y llevar a buen término una quema de madera. Un día, un hacha cambió su misión. A mí no me la cambió porque aún no me había entregado a ninguna, pero me hizo adoptar la primera.

Debía encontrar la mano que había blandido aquella hacha.

Al anochecer dejé preparada la masa del pan para la fermentación, puse los garbanzos en remojo y recogí los platos y las cucharas. Mi padre partió con los cepos, la piel de la liebre y un trozo de queso. Vi cómo se perdía su cabeza en una sombra inhóspita de la ladera. Más tarde llegarían las garrapatas y las pulgas, insalvables en el bosque, al calor, pero aquella noche no había pulgas ni viento, ni hombres, ni animales, ni voces.

Había un tuerto que estaba acosando a Aina.

Había un hombre sin habla, mi padre, y había tinieblas.

Había, sería por haber, una necesidad manifiesta, perentoria por mi parte de que corriera la sangre de alguien. Esa necesidad habitaba en mí desde los trece años. Desde que Apoloni me hiciera carantoñas y creyera que mi risa las obedecía, que era por ellas.

Tenía que subir seis o siete veces al día a la *sitja* para alimentarla. Prendido el interior, aquellas escaramuzas bien podrían haber acabado en desgracia.

Invariablemente, cada vez que realizaba aquella operación, o cualquier otra que entrañara un riesgo, me descubría pensando en Joana. Como si mi final y aquella mujer fueran de la mano. Como si

mi final fuera ella o ella fuera mi final, extremos que, aunque lo pareciera, no significaban lo mismo.

No quería pensar en Joana. Me dejaba indefenso. No podía afrontarlo. Aquella mujer tenía la facultad de hacerme temblar. Sus dedos contra mi mejilla eran un estremecimiento. Su cara era blanca, simétrica, tierna, óptima para aquel desierto que la destruía. Me encantaba verla destruirse. Me encantaba que me tocara la mejilla. Me excitaba pensar en ella.

—Esto debe de ser muy importante —me dijo Aina.

Sus enormes ojos azules bailaban entre el papel y mi cara. Tenía el vestido y las manos manchados de tierra. Sujetaba la cinta azul con la punta de los dedos.

—No, no lo es. Es como un juego.

—Esos pájaros son horribles. ¿Cuándo te lo ha dado?

—Ayer.

—Pues parece muy importante. Tiene el sello de los señores. ¿Cómo es el juego?

—No, no es un juego. Es sólo como un juego. Se llama reconocimiento de deuda. La señora tiene una deuda conmigo y tiene que darme algo.

—¿Qué es una deuda?

—Es cuando alguien te promete algo y no te lo da.

—Entonces tú tienes una deuda conmigo.

—¿Cuál?

—Subir otra vez a la casa de nieve. ¿Ya no te acuerdas?

Habían pasado cuarenta y ocho horas y era de noche otra vez.

Yo me había tumbado en el camastro, vencido de sueño.

Abrí los ojos y vi la *sitja*, a mi padre frente a ella, sentado, y la cabeza de un caballo a su espalda. Ya me estaba incorporando, alarmado, cuando me fijé en que el caballo no llevaba riendas.

Entonces entendí que no había peligro y volví a sentarme. El caballo era pardo y pertenecía a alguien, porque sus crines estaban cepilladas. Pero no había nadie sobre él. Aunque no viera su lomo, sabía que no había jinete. La cabeza del animal miraba a un lado, dándome la curva del cuello. Después cabeceó despacio, arriba y abajo, avanzó un metro y reposó su cabeza sobre el pecho de mi padre, por encima del hombro que yo no podía ver. Ahora veía la *sitja*, a un hombre ido y parte de un caballo. Adiviné que mi padre, sin dejar de mirar al frente, rodeaba con su brazo el cuello de la bestia.

Después noté que alguien tocaba mi hombro, me volví y vi al tuerto.

Quise ver en él al asesino de mi madre. Él se fijó en el odio de mi mirada y su sonrisa se fue reblandeciendo, desmenuzando. Y empezó a sentir miedo.

Sólo soñé lo del tuerto.

Aquel oficio, era lo que tenía. El sueño y la vigilia eran una sola cosa.

Aun siendo un privilegiado, puesto que mi padre, solo, habría sacado la *sitja* adelante, me obligaba a mí mismo a contar con que él no estaba allí. Y me atenía por tanto a cuantas obligaciones hubiera requerido la quema de mí si hubiera estado solo. Yo no podía, como él, dormir en cualquier posición. Yo no podía, como él, dormir sólo unos minutos.

Necesitaba más. De todo.

Por ese motivo vivía las noches como si fueran la última, pero también como si fueran la primera. Dormir en el bosque no puede aprenderse. No puede memorizarse, porque cada día en su interior es nuevo y sorprendente. Cuando la sangre despertaba en mí alguna urgencia de rencor o de desquite, en el bosque siempre había un mar de otra sangre en la que esa urgencia se hundía. Todo era absorbido por él.

Habían pasado dos días desde que mi padre pusiera la plancha de hierro sobre el *ull de la sitja*. Y habíamos sobrevivido como sobrevive el carbonero: dando por cierto cuanto ocurría ante nosotros, real o no. A veces el tuerto compartía la comida con nosotros, sentado a nuestro lado; otras, me jugaba la vida escalando hasta el *ull* para alimentar el fuego o brotaba sangre de algún arañazo reciente; otras más, el caballo, o la liebre de la que dimos cuenta, pasaban a la carrera por el camino de la posesión.

Cuando oí a mi padre hablar con mi madre, creyéndome los dos dormido, no me moví. Por si desaparecían.

Las deudas

Habían transcurrido unos días más. Mi padre ya lucía barba cerrada. Yo aún no, en eso tenía suerte, la barba me crecía muy despacio. Los dos llevábamos la cara y los brazos tiznados. El pelo, desaliñado. Y olíamos como animales.

El carbonero no se lava hasta terminar la *sitja*. Las provisiones se las tienen que traer, no hay opción, y el agua es uno de los mayores bienes para todo aquel que no pueda ir a buscarla. Más en primavera, cuando el sol empieza a castigar. No comentaré el extremo de nuestras necesidades fisiológicas, no hay por qué encarnizarse. Pongamos en resumen que la situación, en cuanto a comodidades e higiene, no era envidiable.

Pero no concebía mejor lugar para mí.

A diferencia de los primeros días, en los que el ritmo de trabajo era frenético, talando la encina, troceándola, cargándola, cortando también y trajinando el ramaje inservible, y luego formando, compactando y rematando la *sitja*, lo cierto es que una vez prendida ésta el tiempo se dilataba. Más aún con aquel ir y venir de la vigilia al sueño y del sueño a la vigilia. De una tarea física exigente se pasaba a otra en la que no se movían los músculos; en la que uno no siempre discernía dónde se encontraba, qué estaba haciendo y para qué lo hacía. Era costumbre además en el oficio tirar de alcohol y de tabaco en la espera, poco más había con lo que entretenerse. Así, los quince días, más o menos, que tardaba la *sitja* en consumirse se convertían en un largo y único día, nebuloso; luminoso a veces hasta la ceguera, otras tenebroso y oscuro.

Sitges, liebres, caballos y madres aparecían y desaparecían.

Cada carbonero, solo en el mundo, debía elegir qué iba a creer de todo aquello que sucediera ante él. Nadie podía ayudarlo. Debía estar preparado para la mayor felicidad, si ésta daba en manifestarse, pero también para el pánico.

Al abrir los ojos, desde el camastro, reconocí en la boca de la cabaña a Aina. Primero vi su sonrisa, menguada, más tímida de lo usual; alrededor de su cabeza, un cabello claro, ígneo al trasluz; detrás, el sol, como un martillo, la aplastaba hacia mí. Me incorporé, salí, tomé la punta de sus dedos con la mano y reparé en los dos bueyes. Habían quedado enfilados hacia mí y los dos me perforaban con ojos en forma de globo.

Arnau no estaba allí. Hacia la mitad del proceso de la quema, era lo acordado, los hermanos se acercarían a la *sitja* con alguna provisión adicional, agua cuando menos; su visita no tenía otro sentido que el práctico, en atención también a cualquier imprevisto que hubiera habido que subsanar. Ni había imprevistos, a la sazón, ni era importante que Arnau no hubiera venido. Mejor. Sentí un calor agradable en las tripas al saberme solo con Aina. Mi padre era yo mismo. Estar con él era estar solo. Él poseía los caminos, que un día quizá me enseñaría; yo poseía la carne, la piel, la ligadura con los escenarios reales.

Como aquél. El escenario, Aina y los bueyes, mi padre haciendo pan, eran reales. Ella olía a hierba, a mujer recién lavada. Me disculpé por el hedor que desprendía yo y se rio.

—Me gusta cómo oléis los hombres —me dijo; arrugó un poco la nariz, como hacía ya de niña al avergonzarse.

Nos había traído agua, carne para guisar, verduras, aceite y otros útiles. Excesiva, como siempre. Exuberante. Aina era una criatura desbordante; a su lado, uno sentía su desmesura por oleadas.

Descargó conmigo las provisiones, retiró los odres vacíos y, vuelta hacia mi padre, me preguntó por él. Bastaba verlo para

comprender que el bosque también era su lugar ideal. Soslayando aquella barba cerrada y el desaseo, se advertía algo distinto en su mirada. Nos sentamos. Ella sugirió:

—Si él también saliera de aquí, de este pueblo, a lo mejor...

Así como no quise responder unos días antes a su invitación a marcharnos, no quise responder tampoco a ésta, aunque en esta ocasión no lo fuera.

No tardó mucho en darme la noticia:

—Han vuelto.

—¿Quiénes?

Se tapó un ojo con la mano. En otras circunstancias me habría parecido gracioso.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Estabas sola?

—No. Llegué a casa a mediodía y vi dos caballos. No sospeché que fueran de ellos, las otras veces vinieron a pie.

Se retorció las manos inconscientemente. No estaba asustada. El sol barría el valle, las laderas y su cabello, haciéndolo brillar; su rostro se adivinaba bajo mil tonos dorados.

—Entré —prosiguió— y vi a mi hermano sentado a la mesa con el del ojo blanco. Los dos se volvieron hacia la puerta. El otro no, estaba apoyado en la ventana y miraba hacia fuera. El de la mesa sonreía con esa sonrisa tan horrible que me pareció todavía más horrible al compararla con la cara de Arnau. Él estaba muy serio. Ni siquiera abrió la boca para despedirse cuando aquellos hombres se fueron.

Se quedó callada.

—¿Qué te dijo tu hermano? —le reclamé.

—Mi padre ha firmado dos pagarés, él los vio. Y comprobó la firma. Los dos tienen fecha vencida.

—¿Qué significa eso?

—Que se comprometió a pagarlos en una fecha determinada y esa fecha ya ha pasado.

—Quería decir que cuáles son las consecuencias de no haberlo hecho. ¿No puede pagarlos ahora?

—Sí.

—¿Entonces?

De nuevo se quedó callada.

—¿Qué le dijeron esos hombres a Arnau?

—Eso. Y que nos dan un mes. Bueno, un mes no; hasta final de mes.

—Quedan tres semanas, tu padre ya estará de vuelta.

—Sí.

Dudaba mucho que el buhonero, un comerciante veterano, hubiera cometido alguna tontería, pero los silencios de Aina me hicieron temer lo peor:

—¿Cuánto dinero debe tu padre?

—Mucho. —Ella misma no acababa de creerlo—. Cuando Arnau me lo dijo, me tuve que sentar. No tenemos esa cantidad.

—Tu padre sabe lo que hace. Algo tendrá en marcha por ahí, puede ser que por eso no haya vuelto todavía. Estará cerrando algún negocio.

—No hay negocio que salve esto.

No daba crédito.

—¿Qué pasará si no pagáis?

—Reclamarán el dinero por vía judicial. Perderemos la casa. Todo.

El panorama era nefasto. Aina se vino abajo y casi rompió a llorar. Coger sus manos no sirvió de nada.

—No hemos dormido en toda la noche —me confesó—. ¿Qué vamos a hacer ahora, Marc?

—¿A quién le debe el dinero tu padre, exactamente?, ¿al tuerto?

—No, a un señor de Inca. Esos hombres trabajan para él. Los manda él.

—¿Por qué no te lo dijeron a ti antes?

—Porque querían hablar con el buhonero, así le siguen llamando. Al final se lo dijeron a Arnau, supongo que les pareció más

responsable que yo, o que ya estaban cansados de venir.

—¿Qué relación puede tener tu padre con un señor? ¿Se te ocurre?

No me contestó. Aparte del drama que se estaba despachando, me sorprendí decepcionado. Que el tuerto resultara no ser un sicario sofocaba mi ardiente y oscuro deseo de ejecutarlo. Había perdido al culpable que estaba buscando. El tuerto me había servido como objetivo. En él había tenido durante aquellos días un foco en el que descargar mi ira.

Ahora yo no tenía objetivo y Aina tenía un problema.

—¿Qué dice Arnau?

—No sabe qué hacer.

—¿Y tú?

—A mí sólo se me ocurre una cosa, una locura.

—¿Qué?

—Que tú hables con la señora. Por nosotros.

No la capté del todo, pero lo que se adivinaba tras sus palabras no me gustaba nada.

—Lo de *nosotros*, ¿lo dices por tu hermano y por ti o por ti y por mí?

—Por los tres. Te lo pido para mi hermano y para mí y te lo pido por ti y por mí.

—Te ha quedado bien. —Conseguí que sonriera; cada vez estaba más desconcertado—. No veo qué tendría... ¿Qué tendría que decirle yo a la señora?

—La única persona que tiene ese dinero por aquí es ella. Si tú se lo pides, te lo dejará.

Me reí. Ella se había adelantado hacia mí y me miraba con ojos radiantes.

—A ti te lo dejará, Marc. Nosotros se lo devolveríamos.

—¿Por qué crees que a mí me lo dejaría?

—Te lo dejará, hazme caso.

—La locura no está en pedírmelo, Aina, está en creer que a mí me lo daría. A mí ella no me debe nada. Al contrario.

—Claro que te debe, y tú lo sabes. —Se detuvo un segundo, no más, el tiempo que tardé yo en recordar el reconocimiento de deuda de Joana—. Olvídalo. No debería habértelo pedido.

Se levantó, se sacudió la ropa y se alejó. Yo estaba paralizado. La seguí con los ojos, incapaz de hilar una frase. Se detuvo a darle un beso a mi padre, subió al carro y partió.

Me asomé al camino. Nunca podría explicar por qué le pregunté aquello, en aquel momento precisamente, cuando mis sesos andaban aún encallados en su respuesta.

—Aina —la llamé; ella me observó sin decir nada—. ¿Alguien ha perdido un caballo?

—¿Un caballo?

Miró al frente y se fue.

Uno puede pensar, en su ingenuidad, que mientras se atenga a sus propios asuntos y no se comprometa de forma explícita con nadie ni con nada, es un hombre libre. Uno puede continuar engañándose si cree o quiere creer que no necesita a nadie, aunque sea cierto.

Cada uno es muy dueño de creer en la libertad, en dios, y en todo aquello que se le ocurra y que no exista. Pero antes o después, con mayor o menor brusquedad, se dará de bruces con un acontecimiento, una frase, una brisa o un hacha que le llevarán al desengaño.

La encina, el bosque, el carbonero y los ojos rutilantes de los bueyes eran sólo manchas dentro de un mar que las acercaba, las alejaba y las mezclaba, factores variables de una fórmula que esos factores no conocerían, pues el factor no podrá nunca contemplar, no digamos ya interpretar, esa fórmula de la que es parte.

«Claro que te debe», dijo Aina, con un hacha que no era de acero.

No esperaba a Arnau. Ya no. Su hermana había acudido a la *sitja* por la mañana para el abastecimiento. Me extrañó ver su cabeza subiendo por la pendiente del claro. Había venido a pie. Yo no me moví hasta que lo tuve cerca, lo suficiente como para que él percibiera con un mohín mi mal olor. Estaba tan serio como debió de encontrarlo Aina el día anterior en compañía del tuerto y le costó pronunciar su primera frase. Se disculpó por haber sido un estúpido, por no haber creído a su hermana, por no haberme atendido a mí convenientemente cuando le hablé de los dos hombres. De no haberlo interrumpido yo, se habría disculpado hasta por haber nacido. La gente poco acostumbrada a hacerlo peca por exceso cuando lo hace.

—¿Vas a ayudarnos? —me preguntó directamente; usó un tono humilde, casi servil.

Su pregunta no me molestó, no la esperaba. Al menos no la esperaba de él.

—¿Qué te ha dicho tu hermana?

—No ha parado de llorar desde que ha llegado. Me ha dicho que te ha pedido lo peor que podía pedirte. Y también me ha dicho que nos ayudarías.

—¿Tú me lo habrías pedido, Arnau? No me malinterpretes, no es un reproche. Es curiosidad.

—No tenemos la misma confianza.

—No se trata de confianza. Si creyeras que la señora tiene alguna obligación hacia mí y que hay una probabilidad razonable de que me preste su ayuda, aunque sea una ayuda que yo jamás hubiera pedido para mí mismo, ¿me lo habrías pedido? Pon también que tuviéramos la misma confianza.

No contestó enseguida. Sus ojos eran transparentes. Primero pensó que en todo aquello había algo de lo que él no estaba al tanto y eso lo dejaba fuera de juego, después pensó que no estaba en

situación de preguntar de qué se trataba, y al fin, entre otras posibilidades, se puso en la piel de su hermana.

—No la juzgues mal —intercedió.

—No, Arnau, no la juzgo, insisto en que esto no es un reproche. Ha hecho lo que creía que tenía que hacer. De hecho admiro su carácter. Aina no ha decidido nada, su petición no es fruto de ninguna reflexión. Ha actuado. Y ha actuado porque está preparada para eso, para lograr un fin. Para sobrevivir. Las consideraciones, los principios, toda esa mierda, no sirven realmente para nada. Un hombre no lo habría pedido, Arnau, se habría ahogado en esas consideraciones y en vaguedades, en esa mierda. Tú no me lo habrías pedido a mí y yo tampoco a ti, aunque la confianza entre nosotros fuera la misma. Tú y yo no habríamos solucionado el problema.

—¿Vas a ayudarnos, entonces?

—No dudes nunca de lo que diga tu hermana.

Su pensamiento también era transparente; se lo leí: La historia de los dos hombres que le contó Aina y él no creyó.

—No me refería a eso. Si tu hermana te ha dicho que iba a ayudaros, dalo por hecho, ella ya lo sabía antes de que tú o yo nos lo preguntáramos.

Se volvió hacia la *sitja*. Era la primera vez que se mostraba así ante mí, desarbolado y perdido. En unos segundos me estrechó la mano y sentí que era la mano de Aina la que lo hacía.

—Espero poder hacer algo por ti alguna vez —me confió.

Le sonreí y le recomendé:

—No contraigas deudas. Hazlo por ti.

Sin permitir que venciera el plazo, esperaríamos a que su padre regresase, evidentemente. Arnau ya había dado unos pasos hacia el camino.

—¿Sabes si se ha perdido algún caballo, Arnau?

—De Son Alzina. ¿Lo has visto?

—No.

Sonreía, pero no me entendía. Él no me habría pedido que hablara con Joana jamás.

La cáscara del trigo contiene bacterias beneficiosas para el hombre. Si uno toma un puñado de harina, en la que siguen presentes, y lo mezcla con agua, crea un cultivo de bacterias. Los bichos, gracias al agua y a una temperatura cálida, se irán comiendo la harina. Ese proceso conlleva una reacción química que produce gases, tal como los hombres los producen en la digestión. Esos gases quedan atrapados en la masa de agua y harina en forma de pequeñas burbujas. Y esas burbujas, a la postre, son las que podrán apreciarse en la miga del pan, en los alveolos que han dejado. El cultivo de bacterias es la levadura natural, el hurmiento, la poción de vida que Aina me había entregado en una tinaja pequeña.

La miga del pan es esponjosa gracias a que las bacterias la han hinchado a base de eructos y ventosidades.

La naturaleza no es romántica. Es todo. La harina, las bacterias, el calor, el agua y las burbujas. Es también la propia reacción química. Era la determinación de Aina. Era Aina.

Cuando cogía la mano de mi padre, él apretaba la mía, aunque no desviaba los ojos de allá donde los tuviera. Era un mecanismo. Apretar mi mano era una manera de reconocerse.

Era de noche y nuestro horizonte eran la *sitja* y el humo. Cada noche oíamos más pájaros. Ya sabían que estábamos allí, mi padre y yo nos habíamos convertido en dos animales más. Formábamos parte de aquel mundo. Así seguiría siendo durante el verano, *sitja* tras *sitja*, encina tras encina, noche tras noche. Lo que para otro pudieran ser privaciones e incomodidad, para nosotros no lo eran. Yo llevaba diez años en aquel oficio y no dejaba de agradecerlo un solo día. Teníamos todo lo que nos hacía falta para vivir, no ya sobrevivir, puesto que las provisiones, de no llegarnos de la mano de los

hermanos, podríamos procurárnoslas. Ciertamente entonces que nos exigirían mayor esfuerzo, pero estaba en nuestra mano invertirlo.

El contorno de la *sitja* contra las montañas, los haces de humo, en volutas, en penachos o corriendo a un lado con el viento; el calor, que llegaba hasta nuestros cuerpos en forma de latidos, desde un corazón de leña en el que el fuego aprisionado gruñía y hervía; todo aquello era suficiente para mí. La oscuridad y la luz, los olores.

En el otro lado, que era como decir en el otro mundo, estaban los hombres, de quienes no podía decir que hubiera recibido nada, en vista de las últimas horas, que no tuviera que devolver con creces. Usura. Los hombres fabricaban relaciones, dinero, redes de comunicación, explotaban recursos, explotaban a otros hombres; pero todo, hasta donde uno diera en imaginar, se hacía inequívocamente a cambio de algo. Unas veces era uno mismo quien se imponía la obligación de saldar una deuda; otras, venía alguien a reclamarla con todas las cuentas hechas.

De niño, sobre todo antes del desastre, pasaba mucho tiempo con Aina. Era fácil.

Un día de primavera, el elegido, subimos a la montaña. En días precedentes habíamos ido llevando algunas prendas de ropa a un punto intermedio del recorrido, ocultándolas en el bosque, a fin de que mis padres y su hermano no nos vieran partir de casa abrigados hasta las orejas. Íbamos a ver, por primera vez, una casa de nieve. Mi padre, ajeno a mis planes, me había dado cuenta de la ubicación de las más próximas a nuestra vivienda.

Aina y yo llevábamos semanas hablando de aquello. Soñábamos con ello.

La primera parte del trayecto la hicimos a buen paso, con ansiedad creciente. Cada minuto que pasaba, era un minuto más en el que podían echarnos de menos y un minuto menos para alcanzar nuestra meta. Ella era capaz de sacarme ventaja en los tramos en los que el camino se hacía más abrupto. Se deslizaba entre los

obstáculos mientras yo los libraba aparatosamente. Fue la primera en llegar a nuestro escondite y cuando la alcancé ya se había puesto la ropa de abrigo. Sonreía. Oía su respiración mucho antes de llegar a su lado. Estábamos tan excitados que los ojos se nos abrían como bocas.

Bebimos agua, nos dimos cinco minutos de descanso y rompimos a reír. Notaba el corazón palpitando contra mis costillas. Ella tomó mi mano y la puso sobre su pecho. Estaba caliente y trémulo. Después retiró mi mano y me miró fijamente. «Vamos», dijo.

Reemprendimos el ascenso y una hora más tarde tocábamos la nieve. En aquella época del año debíamos llegar casi hasta la cima para hacerlo. Faltaba un trecho relativamente corto para llegar a la casa cuando oí gritar a Aina. La nieve ya nos cubría por encima de los tobillos. Miré en todas direcciones pero se la había tragado la tierra. La llamé sin obtener respuesta. La última vez que la había visto iba unos veinte metros por delante de mí. Corrí tras sus huellas hasta una roca inmensa. No la veía. Las huellas no seguían en ninguna dirección y sentí un escalofrío. La llamé otra vez, jadeando, aterrorizado, y al fin, al asomarme al otro lado de la roca, la vi. Había caído desde una altura de dos metros y estaba tendida de costado en la nieve. No se movía. Rodeé la roca, cogí su mano y pronuncié su nombre con un hilo de voz inaudible. Toqué su mejilla, su pelo. No sabía cómo reanimarla, tenía once años, no se me ocurría qué hacer. Me faltó el aliento. Pasé mi mano entre su otra mejilla y la nieve y ladeé su cabeza hacia mí. Entonces vi la sangre sobre el fondo blanco, poca, apenas una salpicadura, y mis brazos y mis piernas empezaron a temblar. Tenía un pequeño corte encima de la sien. La incorporé y apoyé su espalda contra la roca. Nada parecía hacerla reaccionar hasta que la sacudí por los hombros. Abrió los ojos despacio, me miró y sonrió. Me acarició la cara con unos dedos helados y volvió a cerrar los ojos. Aquello me alarmó más que el hecho de que no los hubiera abierto. La sacudí un poco más fuerte, los abrió de nuevo y la ayudé a ponerse en pie.

—Me he dado un golpe.

—Sí.

—¿Dónde estamos?

Eché un vistazo a nuestro alrededor y exclamó:

—Ah, la casa de nieve.

—Sí.

—Vamos.

—No, vamos abajo. Estás congelada.

Ella iba a protestar, pero también se puso a temblar, como si mis palabras la hubieran hecho caer en la cuenta del frío que hacía allí.

—Es verdad —se lamentó.

La abracé, enterrando su cara en mi pecho, y sus brazos rodearon mi cintura. La oí reír. La aparté un momento y comprobé que seguía riendo.

—¿De qué te ríes?

—De ti.

Metió sus manos bajo mi ropa, hasta alcanzar la piel de mi espalda. Sentí que me daban dos cuchilladas de hielo puro. Ella volvió a reír y empezamos a descender. A medida que lo hacíamos el calor fue creciendo y nos detuvimos en el escondite. Estábamos bien. El corte de su cabeza era insignificante y su cabello lo cubría casi por completo. Nos desprendimos de la ropa de abrigo y aún nos sentamos unos minutos más.

—¿Estabas preocupado por mí?

—No —bromeé.

Rio abiertamente.

—Te he fastidiado el día, ¿eh?

—No.

—¿Cuándo volveremos?

—Nunca.

Ocultamos la ropa para ir recogéndola poco a poco en los días sucesivos. Cuando ya lo teníamos todo listo, me cogió las manos, me miró a los ojos y me prometió:

—Nunca iré a una casa de nieve hasta que vaya contigo.

Tenía los ojos azules más bonitos que he visto en mi vida.

Ya de camino, enlazó su brazo al mío y sonrió una vez más.
—¿Qué pasa ahora? —protesté.
—Estabas muy calentito.
Su risa nos acompañó unos cuantos metros.

Búho

Desde que los abandonara su madre y hasta que Arnau cumplió los diez años, varias vecinas de Caimari se ocuparon del cuidado de los dos hermanos durante los viajes del buhonero. Aina no recordaba a ninguna en especial, ninguna le gustó. A sus diez años, y en ausencia de su padre, Arnau pasó a ser el responsable de la casa, de su hermana y de sí mismo.

En poco más de una docena de años sus deberes no habían cambiado. En su edad adulta, de hecho, la responsabilidad era real. Y se daba la paradoja, podía ponerme en su piel, de que el problema que tenía que resolver en esta ocasión lo había originado el mismo hombre ante quien debía responder.

Miré a mi padre, encorvado sobre la *sitja*. Yo era responsable de nuestra casa, de él y de mí mismo. Objetivamente mi responsabilidad no difería mucho de la de Arnau. Sin embargo, la probabilidad de que mi padre me causara un problema era ínfima.

Habían pasado seis días más y la quema de la *sitja* había tocado a su fin. La tarde anterior habíamos retirado el carrizo que la cubría y removido la tierra a fin de cerrar completamente la ventilación. La *sitja* se había ido enfriando durante la noche y ahora, al amanecer, mi padre se afanaba en ir abriéndole agujeros con el picacho, en extraer con él el carbón equivalente a una espuerta y en tapar inmediatamente con tierra el agujero y el montón de carbón extraído. Una vez frío, podríamos ensacarlo. Sólo extraerlo y enfriarlo nos iba a llevar el resto del día. Al día siguiente, esta vez lo habíamos calculado a la perfección, vendrían Aina y Arnau con los

sacos y nos ayudarían con el envasado y con el transporte. Otros años, en algunas quemas, habían acudido antes de que éstas hubieran concluido, pues los días que llevaba el proceso dependían de muchos factores. Entonces, normalmente, Arnau volvía a pie a su casa y Aina pernoctaba con nosotros. En esos casos la espera podía ser de un día, como máximo de dos.

Agradecí que en esta quema hubiéramos acertado con los cálculos. Por primera vez me descubrí incómodo ante la idea de volver a verla. Sobre todo, ante la idea de estar a solas con ella.

Aina contaba con más de una razón, estúpido habría sido no reconocerlo, para pedirme lo que me había pedido. Cuando uno corre el riesgo de perderlo todo, cuando se rozan los límites, la reacción siempre es desesperada e imprevisible. Aina había reaccionado espoleada por el pánico de perder, ella y su familia, cuanto habían tenido, y eso, por obvio, era su razón de mayor peso. Aunque no fueran comparables, había otras. La primera que se me ocurría, y podía incluso figurarme la cara de Aina esgrimiéndola, era que ella habría hecho lo mismo por mí.

Aun admitiendo sus razones y la posibilidad de que tal vez yo hubiera reaccionado de igual forma, no era justo que me lo hubiera pedido. No valoraba ya el hecho de si tenía o no derecho a hacerlo, entre nosotros ese derecho, recíproco, ya nos lo habíamos ganado. Era una cuestión exclusivamente de justicia.

Por la noche la *sitja* estaba dismantelada y esparcida en montones. Mi padre, ahora sí y sin que yo le hubiera animado a ello, dormía en el camastro. Habíamos cribado y clasificado el carbón por grosor y, por tanto, por calidad. La carbonilla, como teníamos por costumbre, estaba destinada a nuestro consumo, el nuestro y el de Aina y Arnau; el resto, lo llevaríamos al día siguiente a un almacén de Caimari. Una parte quedaría reservada para la posesión y otra, la mayor, en manos del Estado, pagada a un precio muy inferior al que habría alcanzado en el mercado negro.

La noche de la víspera de nuestra marcha era siempre triste. A pesar de que en un par de días fuéramos a volver al claro para emprender una nueva quema, había en los montones de carbón y en el *rotllo* vacío una amarga desolación. Con el fin de nuestro trabajo había acabado algo más. A saber, una soledad vasta, que si a otros pudiera molestar, a mí me seducía; terminaba también una comunión cruda con mi padre y con el bosque; se desvanecerían las alucinaciones y los desvaríos por falta de sueño. Se esfumarían los cepos, que eran sorpresas. Se esfumaría el humo. Se esfumaría mi madre, sus apariciones.

Llegaron al amanecer. Los dos con el rostro serio, Arnau con ojeras marcadas y Aina notablemente desmejorada. El sol que empezaba a despuntar marcaba aún más en ellos aquellos signos y cierta sombra de penuria.

Él fue el primero en acercarse a mí. Ella se limitó a coger mis manos y sonreír; enseguida se alejó en dirección a mi padre.

—¿Alguna novedad? —le pregunté a Arnau.

Negó con la cabeza. Fue a por los sacos, los trajo e inspeccionó los montones de carbón.

Antes de hacer nada nos sentamos los cuatro a desayunar. Lo hicimos en silencio, como nunca lo habíamos hecho. Al cabo de unos minutos, Arnau me informó:

—Han matado al caballo.

—¿Qué caballo?

—El que se había perdido. Lo encontraron cerca de una vereda, había caído por un terraplén y todavía respiraba. Creen que llevaba allí varios días.

Pensé que si se hubiera quedado con mi padre no le habría ocurrido nada, pero mi padre, a diferencia de lo que habría hecho cualquier otro, no lo retuvo. Aunque fuera fácil lamentarlo, no estaba seguro de que hubiera que hacerlo. Ni lamentarlo ni retenerlo.

Terminado el desayuno, Arnau y yo comenzamos a ensacar el carbón mientras Aina y mi padre llevaban los enseres al carruaje. Seguía el silencio, como un mazo de espuma, como una niebla espesa que llegara del encinar y nos fuera enterrando. Éramos, de pronto, desconocidos; caballos a los que alguien había retenido allí.

Les apremié, me entró prisa por abandonar aquel lugar. Agilizamos la recogida de bártulos y de sacos y subimos al carro, mi padre delante, entre Arnau y Aina, y yo en la caja, sentado sobre la carga. Dejaba atrás una paz absoluta y volvía allá donde menos me gustaba estar, entre las paredes que asistieron a la muerte de mi madre. Mi urgencia no era por ir allí. Venía dada por ese deber impuesto que Aina había dejado caer entre mis prioridades. Que ahora era mi prioridad. Joana. Antes de volver al encinar y a la paz, tenía que quitarme aquello de encima.

Seguía el silencio, ancho y descorazonador, como nunca se había propagado entre nosotros.

Éramos menos valientes que la primera vez, pero habíamos vuelto a la casa de nieve. Ella no se había despeñado detrás de una roca y tenía pechos prominentes, una peculiaridad que a mí me aturdí; mis ojos caían sobre aquellas masas de carne sin remedio, al margen de ningún deseo, sólo porque antes no estaban. Tenía que acostumbrarme. Ahora éramos Aina, sus pechos y yo, y dieciséis años en mi mano, y una ascensión sin incidentes, y la misma ansiedad y las mismas palpitaciones; y era la casa, y una luz que cegaba y una extensión infinita de nieve. Era haberlo logrado.

La casa en aquella época estaba deshabitada. Aina me tomó de la mano escaleras abajo y abrió una puerta. Estábamos en el depósito de nieve, vacío. Entramos y me abrazó. Su cara rozó la mía. Sus pechos se aplastaron contra mí.

Fue la única vez que estuve a punto de desearla, de equivocarme de camino. La única vez que estuve a punto de amarla.

Paramos en mi casa y descargamos los aperos. Aina y mi padre se quedarían allí y Arnau y yo continuaríamos camino hasta Caimari. Luego él me traería de vuelta y recogería a su hermana.

Me extrañó que estando ya solos él y yo, no abriera la boca. Le espeté:

—¿Cómo está?

—¿Mi hermana?

—No, la mía.

Pareció dudar de lo que iba a decir.

—No le gustaría saber que te he dicho nada. No ha dejado de llorar.

—¿Por qué?

—Por ti y por mi padre.

—¿Tienes la menor idea de en qué anda metido?

—Ninguna. Aún me cuesta creerlo.

Se pasó la mano por la cara. El bueno de Arnau tal vez fuera el que, sin dar señales, peor lo estuviera masticando. Él no era capaz de resolver aquel problema, pero tampoco emitiría una sola queja ni pediría explicaciones.

—Tu hermana cree que la señora me dejará el dinero. Puede darse el caso, y es lo más probable, de que no lo haga. Tienes que saber eso y que voy a hacerlo por ella.

—Lo que hagas estará bien —me aseguró; puso su mano en mi antebrazo y me aclaró—: no tenemos opción, ¿comprendes?

Aquel hombre podría haber sido amigo de alguien. No se le conocían compañías, como a mí, pero él estaba en el mundo. Alguien podría haberle querido, no tenía ninguna duda.

Paró el carro.

Delante de nosotros, acercándose, vimos al buhonero. Su carruaje venía tirado por un caballo. Su silueta era tan patética como la de mi padre, abatida, consumida y reventada. Era más corpulento. Él era el que le había dado los ojos azules a Aina.

Arnau, cuyos ojos eran oscuros, arreó las reses y éstas tiraron con fuerza. Había también en él una urgencia que colmar, una prioridad que satisfacer, aunque no fuera la misma que la mía. Cuando nos encontramos, los dos saltaron a tierra. El buhonero levantó la mano en mi dirección y me sonrió. Arnau caminó despacio hacia él, lo abrazó y se derrumbó. Le oí sollozar mientras su padre me miraba por encima de su hombro.

—Voy yo solo a Caimari —les hice saber.

Ahora arreé yo las reses. Me apresuré en irme de allí, habría salido corriendo. Habría volado.

De vuelta, entré por fin en mi casa. Me sentía como si me hubieran dado una paliza. Allí me encontré de nuevo con Arnau. El buhonero había tenido tiempo de hablar con su hijo durante el camino, lo había dejado en mi casa al cuidado de mi padre y se había marchado con su hija.

El viejo, aún sin asear, se había acostado en su habitación. Arnau estaba apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Crees que nos oye? —me preguntó—; cuando está despierto, quiero decir...

—Claro.

—¿Nos entiende?

—También.

—Entonces, ¿por qué no nos mira ni nos habla?

—Porque no lo necesita.

—¿A ti te ha hablado alguna vez desde entonces?

—No. En sueños, excepcionalmente.

—Y ¿qué dice?

—¿Qué te ha dicho tu padre, Arnau?

Se quedó callado. Se dio la vuelta y caminó conmigo hasta el comedor. Tomé una botella de cazalla y le invité a sentarse a la mesa, pero rechazó la invitación con la mano. Se quedó junto a la puerta, a punto de salir.

—Mi padre en efecto debe ese dinero. Son deudas de juego.
Esperé a que continuara.

—Cartas. —Se rio, azorado, nervioso—. ¿Te imaginas?

—¿Juega a las cartas con un señor?

—Con varios señores. Tiene acceso a ellos, no me preguntes cómo porque no me lo ha dicho. Con mi hermana lo va a tener más difícil.

Reí. Eso era seguro, daba fe.

No se decidía a irse.

—Arnau —me tomé la confianza—: ¿alguna vez has pensado en salir de aquí?

Me miró arrugando los ojos, con recelo. Luego se acercó a la mesa y se sentó.

—Lo he pensado mucho en los últimos días. ¿Por qué me has preguntado eso?

—Porque tu hermana hace tiempo que piensa en largarse, y si nadie la ayuda a hacerlo se acabará pudriendo aquí. —Le serví un vaso de cazalla—. Lo suyo es distinto. Ella no quiere huir, quiere una oportunidad.

Bebió. Rodeó el vaso con las manos.

—¿Cómo saldríamos adelante?

—Tenéis recursos suficientes. Os contratarían a los dos en cualquier lugar. —Le serví otro vaso—. No me malinterpretes, hablaré con la señora, pero al margen de eso, tu hermana se acabará pudriendo aquí si no se va.

—¿Y qué hay de ti?

—Repíteme la pregunta.

—Siempre pensé que entre mi hermana y tú había algo.

—¿Qué tiene eso que ver?

—En ese caso sería más cosa tuya que mía.

—Entre ella y yo no hay nada. O nada que tú no sepas. Yo no me quiero ir.

Apuró el licor, se levantó y fue hacia la puerta. Se quedó allí, indeciso otra vez. Bien quería decirme algo y no sabía cómo hacerlo,

bien creía que debía decirme algo y no sabía qué era. Acabó por marcharse sin decir nada.

Caí en la cama a plomo y soñé que mi padre hablaba en sueños. Le explicaba a un niño que ya no existía cómo se talaba un árbol, cómo se armaba una *sitja* y cómo se mantenía uno en soledad, lejos de los hombres. Las tres cosas serían buenas para el niño en el futuro: aprendería a usar su fuerza para sobrevivir, un oficio para poder comer y sobre todo a estar vivo.

Mi padre estaba sentado fuera, en un banco de madera que teníamos a la puerta de la casa. A primera hora le había ayudado a afeitarse y a asearse y en aquel momento yo estaba haciendo lo propio ante el espejo. Mi cara era la de alguien que no quería ir a hacer lo que iba a ir a hacer. La del niño al que no le habían bastado las enseñanzas de su padre para mantenerse solo en el futuro. Me eché agua y volví a mirarme en el cristal, por si había alguna posibilidad de error; en las enseñanzas, en haberme mantenido en soledad, en que Aina me hubiera pedido lo que no tenía que haberme pedido.

Al salir, vi al buhonero sentado al lado de mi padre. Se puso en pie y se acercó a mí. Los ojos bellísimos de su hija estaban incrustados en su rostro, ancho y desabrido, algo parecido al de Massot, el amo. El imbécil.

Abrió los brazos, sin encontrar palabras.

—No sé qué decirte —susurró.

Lo tomé del brazo y caminé un par de metros con él. Él se volvió hacia mi padre, entendiendo, equivocándose, que yo no quería que nos oyera.

—Lo voy a hacer por Aina, Búho. Y sólo por ella. —Tenía los brazos y las comisuras de los labios caídos; me seguiría mirando el tiempo que hiciera falta, sin la menor intención de volver a hablar—.

Lo digo por si eso te alivia. No tienes que sentir obligación hacia mí. Otra cosa sea hacia tus hijos.

Su expresión no se alteró un ápice. Sus ojos habrían continuado clavados en los míos el día entero.

—¿Me entiendes?

Asintió. Luego miró a mi padre, al sendero y se fue.

Camino de la posesión, acompañado, arrastrado o guiado por mi padre, a quien deliberadamente dejaba ir un paso por delante, se agolparon en mi cabeza imágenes de Aina y de Joana. Entre los sentimientos encontrados a los que me entregaba cada vez que una o las dos mujeres ocupaban mi cabeza, me descubrí tratando de dirimir si el deseo que de forma natural debería haber sentido hacia la primera no había sido robado, antes de que floreciera, por la segunda.

Deseaba a Joana. Sin embargo, Aina contaba con las mejores armas; una belleza indiscutible, un candor y una ternura como yo jamás encontraría en otra mujer, una rendición a mí que yo no merecía ni había pretendido y, por encima de todo, lo que no dejaba de ser la única razón por la que la humanidad no se había extinguido, una sed y una promesa vehementes, atávicas, de concebir. Ante aquello cualquier macho, de cualquier edad y condición, habría sucumbido.

Algo tenebroso en mi interior, en cambio, me llevaba irremisiblemente a Joana. Una criatura demolida, caminando ahora a mi lado, también me llevaba a ella. Varias corrientes incontenibles, torrentes, el barco de madera de mi sueño, una fuerza contra la que no podía luchar; todo mi universo conocido, Aina, mi padre, yo mismo; mi pasado; mi obligación, mi esperanza, en fin, de sobrevivir, no me dejaban otro horizonte que una mujer poderosa, dueña de la mayor parte de la tierra que yo podía divisar; una mujer a quien sólo mi madre, hacía mucho tiempo, había vencido.

La señora

Mi padre y yo aguardábamos de pie en la *clastra*, un patio central empedrado en torno al cual se distribuían las distintas dependencias de la posesión. Las posesiones de la sierra de Tramontana eran algo más discretas que las de otras zonas de la isla. Había un cuerpo principal, un edificio en este caso de dos plantas, la inferior destinada al amo, que albergaba la cocina y el comedor comunitarios, y la superior, la zona exclusiva reservada a los señores. A ambos lados de ese edificio se adosaban dos cuerpos de función auxiliar, paralelos, que junto al principal conformaban los límites del patio. A continuación de uno de esos cuerpos se extendían *les cases*, las viviendas de *missatges* y jornaleros.

Unos metros a nuestra derecha varios niños nos observaban con los ojos muy abiertos. Si ya los adultos, los ocupantes de *les cases*, eran dados a creer de forma generalizada en fantasmas, en el caso de los niños había, además, leyendas que los propios adultos propalaban a conciencia. Todos aquellos niños creían sin paliativos en Maria Enganxa, una mujer de agua que se ocultaba en los pozos para atrapar a cualquier niño que se asomase a ellos.

Mi padre y yo no éramos seres de agua, pero podíamos representar para ellos un peligro indeterminado. Reforzado, era incuestionable, por el aspecto inane y cadavérico de mi padre.

Tuvimos que esperar cerca de quince minutos hasta que una de las mujeres del servicio saliera a notificarnos que seríamos recibidos. Subimos tras ella la escalera que daba acceso a la segunda planta. Por deseo expreso de los señores —por capricho, puesto que el traje

de payés estaba en desuso—, las criadas aún iban vestidas de payesas. Cubrían su cabeza con un rebocillo, una toca con forma de campana que caía sobre sus hombros, pecho y espalda. Seguían un jubón negro, muy ajustado y con mangas hasta los codos, rematadas con una botonadura; una falda larga y de un solo color y un calzado de piel negra, bajo y escotado. Usaban un delantal sobre la falda y *manegots* —unas mangas postizas—. Entre los hombres, los había con uniforme, como el cochero, y sin él, en cuyo caso solían vestir guerrera. Los señores no eran particularmente ostentosos, pero daban gran importancia a la imagen de la casa señorial. Cada casa se identificaba con un color, el azul era el de Son Alzina, y estaba presente en ropas, decoración y tapicerías. El uniforme por excelencia de cada casa era la librea, del color correspondiente y destinada tan sólo a efemérides.

La criada nos condujo a una sala cuyo mobiliario no era siquiera imaginable para un campesino. Mi padre quedó hechizado de inmediato por los destellos de mil piezas de vidrio. Sus ojos pasearon por las alacenas y las vajillas y terminaron por posarse sobre la araña, una lámpara con brazos de los que colgaban infinidad de piezas de cristal. Las patas de los muebles, como rasgo distintivo, estaban trabajadas con torno o eran de *peu de cabra*. Junto a la pared había dos banquillos, asientos sin respaldo; los banquillos se prodigaban por todas las estancias. Había candelabros de pie. Y en las paredes, cuadros y una cornucopia.

Nos sentamos en sendos sillones por indicación de aquella mujer y la vimos marcharse. Al cabo de cinco minutos, entró en la sala Joana, sin acabar de disimular su sorpresa. Tal debió de ser ésta, en realidad, que no llegó a saludarnos. Se limitó a acercarse y sentarse frente a nosotros con un rastro igualmente inequívoco de curiosidad.

Nos sonreía. Al contrario de lo que sugería su reputación, y más allá de los momentos de intimidad que había compartido conmigo, a nosotros jamás nos dispensó la menor hostilidad. Sí, a veces, algún signo de reserva, lo que incluso yo podía entender dada su situación de poder. Entraron dos criadas, una de ellas se quedó en la puerta y

la otra dejó frente a Joana, en la mesa de cristal por la que deambulaban los ojos de mi padre, una copa con hierbas y hielo. Él no tardó en reparar en ella y Joana, apenas con un susurro, ordenó a la criada que trajera otra para él. Me preguntó a mí si quería tomar algo. Negué con la cabeza y esperé a que sirvieran a mi padre antes de abrir la boca. Él tomó la copa como quien toma un objeto portentoso. Las vajillas de los payeses se nutrían invariablemente de accesorios de barro; mi padre quedó subyugado por los brillos y, en especial, por los trozos de hielo que contenía la copa.

Joana lo contempló a él con idéntica atención. Luego desvió aquella atención hacia mí. Retiradas las criadas, no me anduve con preámbulos:

—Vengo a pedirte dinero.

Acogió mi frase sin pestañear, bebiendo un sorbo de licor. Arqueó después las cejas y subrayó:

—Nunca me lo habías pedido. —En sus palabras no había disgusto ni reprobación; y agregó—: ¿Está en mi mano dártelo?

—Es una suma grande.

—¿Una suma grande? —Esta vez sí dio un respingo; no dejó de sonreír; se adelantó en su asiento, apoyó los codos en sus rodillas con la copa entre las manos, e insistió—: ¿Está a mi alcance?

—Sí.

Sonrió aún más y me examinó sin recato.

—No es para mí —le aclaré.

—Ah. —Su sonrisa se diluyó; reflexionó—. ¿Es para Aina, quizá?

—Para el buhonero, sí. —Iba a preguntarle cómo era posible que ella supiera que era para Aina, pero me callé.

—Ya.

Su sonrisa regresó, con la misma forma pero sin ser la misma. Volvió a mirar a mi padre, absorto como un niño en los tonos verdes de las hierbas alrededor del hielo. Se dirigió otra vez a mí:

—Debe de tratarse de algo grave —aventuró—; quiero decir, para que hayas venido tú a pedírmelo.

Asentí. Habiendo asumido que no iba a ser una tarea fácil, aquello superaba mis expectativas. Sufrí una tensión sólo comparable a mi sensación de ridículo. Con torpeza, me puse en pie y me disculpé:

—No ha sido una buena idea, lo siento.

Había tomado ya a mi padre del brazo cuando Joana también se puso en pie.

—No os vayáis —me pidió—; no quiero que os vayáis. Es la primera vez que vienes a mi casa. Estoy contenta de que lo hayas hecho, sea para lo que sea. Siéntate, por favor.

Lo hice. Del mismo modo que podría haber salido corriendo o haber empezado a maldecir.

—Perderán la casa si no me dejas el dinero —aduje—. Ellos se comprometen a devolvértelo.

—¿Cómo han llegado a esta situación?

—El buhonero ha contraído deudas de juego.

—¿Te ha pedido él que vinieras a hablar conmigo?

—No.

—¿Tú le dejarías dinero a alguien que lo ha perdido en el juego?

—No es el caso.

—No, no lo es. ¿Confiarías en que te lo devolviera?

No supe qué responder. Ni siquiera me lo había planteado.

—No es probable que lo haga, es cierto —admití.

Meditó antes de continuar, valorando la conveniencia de lo que iba a decir.

—Tampoco es la primera vez que nos lo piden —se decidió.

Hubo algo extraño en su mirada. Entre todas las conjeturas previas a la visita, entre todas mis precauciones, jamás habría imaginado escuchar algo parecido. En su silencio había alguna satisfacción, no la ocultó.

—¿No te lo habían dicho? —Se recreó; no hacía falta que yo respondiera a esa pregunta, se leía en mi cara que estaba empezando a naufragar.

Desvió los ojos hacia mi padre y los dejó allí un instante.

—¿A quién le debe dinero esta vez?

—A un señor de Inca. No me preguntes cómo ha llegado a relacionarse con él.

Volvió a pensar en algo que yo no podía imaginar. Sus ojos se volvieron grises y azules a un tiempo, como el primer humo de la *sitja*.

—El buhonero no es un comerciante al uso —me reveló—. Hace diez años que no lo es. Le gusta el dinero fácil, y el dinero fácil, así como llega, se va. Tampoco sé si yo debería estar contándote esto. Deberían habértelo dicho los que te pidieron que vinieras.

Se detuvo. Yo estaba a su merced, no había nada que pudiera decir.

—El buhonero suministra cocaína a un buen número de señores. Así se relaciona con ellos, no hay más misterio. Lleva diez años haciéndolo y no le ha ido mal.

—¿El buhonero vende cocaína? —Pensé en Aina y en Arnau; pensé que tal vez ellos lo supieran, que Joana lo sabía, que yo era la única persona de aquel círculo que no sabía absolutamente nada.

—Pero ese hombre es un buhonero, no un señor —me especificó, por si yo tuviera alguna duda—, y hace tres años que se sienta con ellos a una mesa de cartas. No puede ganar nunca, ¿no te parece?

Yo estaba colapsado. Anulado. No entendía nada. Entre las mercaderías del contrabando había tal variedad de productos como cupiera imaginar, desde legumbres, harina, aceite y tabaco hasta los más exóticos o insospechados, como bujías, suelas de zapato, maquillaje o piña enlatada. Incluso había un gran tráfico de penicilina. Pero el contrabando se beneficiaba de la connivencia de las autoridades y esa connivencia no existía cuando se trataba de tráfico de drogas o de armas. De hecho, hasta donde yo sabía, los escasos cargamentos de cocaína que daban en parar en Mallorca procedían de los barcos que la transportaban a Barcelona, donde su consumo sí estaba extendido entre gente bohemia y pudiente desde hacía un par de décadas.

Le pedí a Joana una copa de hierbas. Ella hizo sonar una campanilla y acudió la misma mujer que antes. Le pidió tres copas más y nos mantuvimos en silencio hasta que llegaron. Mi padre se emocionó ante la nueva copa. Yo me habría puesto a llorar.

—¿Juega con vosotros? —balbucí.

—No. Andreu *germà* ya adivinó que tendría problemas, me lo ha dicho más de una vez. Él conoce a aquellos con los que se sienta el buhonero. Todos nos conocemos.

—¿Tomáis cocaína?

Se echó a reír y su risa me heló la sangre. No sólo no tenía que haber hecho esa pregunta; no tenía que haber ido allí.

—Yo no tomo cocaína, Marc.

Que omitiera a su hermano en la respuesta, a Andreu *germà* —los señores añadían el parentesco a continuación del nombre—, era otra respuesta en sí. Preferí seguir callado. Lo más prudente habría sido seguir callado toda mi vida, en vista de los acontecimientos. En vista de la felicidad inmaculada de alguien como mi padre, un hombre sin voz. De que hablar nunca me había dado una alegría. Quería caballos, y fuego, y la noche más oscura. Y no estar allí. Y quería, de repente, con un arrebató tan violento como inconfesable, que Joana me acariciara.

En todos los años que diera en vivir nunca le podría agradecer cumplidamente a mi padre que estuviera aquel día allí conmigo. Las sombras que me alcanzaban menguaban cuando él estaba a mi lado. Yo lo guiaba, pero él conocía la senda. Eso se huele. Y hay que creer en lo que huele. En lo que duele.

—¿Cuándo os pidieron el dinero? —me atreví, no tenía ya nada que perder; mi falsa integridad había sido hecha pedazos por una mirada fría y una voz quebradiza.

—No lo pidieron ellos, sino él. Y no me lo pidió a mí.

—A tu hermano...

Asintió con la cabeza y añadió:

—Entonces no se trataba de una deuda de juego, ésa es una locura reciente.

—¿Se lo dio?

—Andreu *germà* siempre ha sido un insensato. Qué iba a hacer.

—¿Os lo ha devuelto?

—No he vuelto a oír hablar del asunto.

—¿Eso significa que sí?

—No sé qué pudieran pactar entre los dos, no me interesa.

—¿Cuándo os lo pidió?

Tuve la certeza de haber preguntado lo que ella, pacientemente, estaba esperando que preguntara. Dirigió los ojos hacia mi padre, después hacia mí y se puso en pie. Se acercó a la ventana. Mi padre no debía oír lo que ella tenía que decirme. La seguí hasta allí y noté que mis piernas flojeaban. Ya a su lado, me susurró:

—Hace siete años.

Pensé en Aina, de niña, retorciéndose las manos delante de mí, mientras el buhonero ponía una de las suyas sobre mi hombro, consolándome. Pensé en mi madre y en la sangre.

—¿Cuándo, exactamente?

Me miró de tal forma que me sentí desfallecer.

—Dímelo —le supliqué.

—Tres días más tarde.

Entonces fui yo quien dirigió los ojos hacia mi padre, ajeno a nosotros dos, a salvo entre los tonos verdes de su copa.

Al abrirle la puerta a Aina, me percaté de que no me encontraba en condiciones de atenderla. Ni siquiera me encontraba en condiciones de atenderme a mí mismo. La información que me había desvelado Joana, dada por supuesta su aviesa intención, me había dejado en tierra de nadie. Podía hacerme una idea de mi situación, tan penosa e irrisoria que nada de lo que pudiera hacer iba a revertirla.

Los ojos de Aina, desde aquellas nuevas tinieblas, estallaban de belleza; era de nuevo aquella belleza que no le pertenecía, que estaba más allá de la mujer, que había estado antes y que

perduraría tras su muerte en sus hijos, en sus nietos o en algún otro descendiente que ni siquiera la recordaría.

—¿Puedo pasar? —me consultó.

Yo no quería que entrara en la casa. No quería estar con nadie. Lamenté que fuera ella quien estuviera allí, ella no era el problema; o sí, entre otros. No me moví. No respondí. Sin darme cuenta, había dejado hasta de mirarla.

—¿Marc? —Había inclinado un poco la cabeza, buscando mis ojos.

—Os dejaré el dinero.

Su expresión se resquebrajó de alivio; pero también detectó en mí una distancia que no pude o no quise atemperar.

—Mañana tu padre tiene que ir a ver a la señora; antes tiene que venir a hablar conmigo. Esta noche.

Aina titubeó, mordiéndose el labio inferior. Durante unos segundos esperó oír algo más; habría sido suficiente con que cogiera sus manos. Después bajó la cabeza, dio media vuelta y se fue.

Todos habíamos perdido algo. Mi madre, la vida. Mi padre, el habla. Yo, ahora, a Aina.

El abrazo del buhonero fue tan impetuoso que me hizo crujir una vértebra. Al igual que me sucediera con su hija, presentí que con aquel abrazo pretendía rescatar una parte indefinida de nuestro pasado; hacer valer algún momento o acontecimiento en el que yo, en cierto modo, debiera haberme reconocido en calidad de deudor.

Pero ahora, también como me sucediera con ella, parte de mi pasado se había volatilizado. Lo que había ocurrido desde la muerte de mi madre, a partir de las palabras que Joana me había dirigido hacía unas horas, no había ocurrido nunca. Quedaba lo anterior. La niña sin pechos que se retorció las manos, la que no me había pedido nada. El hombre gris y adusto, poco más que una sombra, que era su padre; el hombre que me traía juguetes.

Habría preferido hablar con él dando un paseo, pero en aquella conversación iba a necesitar mirarle a los ojos más de una vez, con lo que le invité a entrar. La cazalla, su bebida predilecta, ya estaba sobre la mesa. Tomé la botella para servirle y él se sentó y miró a su alrededor.

—Mi padre está en su habitación —le informé, aún de pie a su lado—. Aunque todos creáis que no nos escucha, lo hace, tenlo por seguro. Lo que tenemos que hablar no le haría ningún bien.

Rodeó la taza con la mano y levantó la cabeza hacia mí. Su cara, achatada y arrugada como la de Massot, tenía una piel más gruesa y renegrida, con surcos más hondos. Había piedra en algún lugar de su cabeza. Había caminos, polvo y agotamiento. Soledad y secretos a espuestas.

Pero todo aquello palidecía cuando uno reparaba en sus ojos. Habrían podido mentir a cualquiera, y lo habrían hecho; eran azules hasta doler; eran exactamente los mismos ojos que los de su hija. Me resultaba imposible olvidarme de ella mientras lo miraba a él. Se me hacía difícil desconfiar de él, mirándola a ella.

—Mañana tienes que ir a ver a la señora.

—Me lo ha dicho mi hija. También me dijo que lo lograrías y así ha sido. Yo no lo entiendo, pero te lo vuelvo a agradecer.

—Yo no me animaría mucho, no me gustaría tener que ir a hablar con la señora de negocios.

—No habrá problema.

—Con el señor siempre lo habrías tenido mejor. Con Andreu...

No dejaba de ver a Aina en aquellos ojos.

—Supongo —apostó.

Apuré mi taza y llené las dos. Nos llegó un murmullo desde la habitación de mi padre. El buhonero abrió más los ojos y se admiró:

—Está hablando.

—Está soñando.

—Pero está hablando.

—Lo que dice sólo es importante para mí, sólo es para mí. En su interior no existe nadie más.

—Una cosa de familia —bromeó.

—Eso es.

—Hacía mucho tiempo que no le oía hablar.

—Yo a la que hace mucho tiempo que no oigo hablar es a mi madre, Búho.

—Ya —se lamentó; y bebió.

—Una canallada —escupí.

Dejó los brazos muertos sobre la mesa y reclinó la espalda en la silla.

—¿De qué tenemos que hablar, Marc?

—No me has ayudado nada. Pensé que ibas a hablarme del señor y de tu negociación con él.

—¿De qué negociación?

—No sé, ¿has tenido muchas? Omite las que se refieran a la cocaína, hazme el favor.

No dijo nada. Torció la boca desagradablemente.

—¿Qué te han contado?

—Que a los tres días de la muerte de mi madre andabas por la posesión pidiendo dinero.

Se echó hacia delante y se apoyó en la mesa.

—Es verdad. ¿Es malo?

—En otras circunstancias, lo sabes, me daría igual las veces que hubieras ido a pedir dinero, a la posesión o a otro sitio. Pero tú conoces a la señora. ¿Te has fijado en ella? Como mujer, no como mando. Claro que te has fijado, quién no. Pues ella ha sido la que me lo ha contado. Y si te lo cuenta la señora, lo peor no es lo que dice. Lo que da más miedo es lo que no dice. Y eso, te guste o no, es lo que se va a clavar en tu cabeza. Para eso lo ha hecho.

—Me he perdido.

—Cuando mañana vayas a verla, hablaréis de números y de plazos, pero ella lo único que quiere es verte. Verá a un hombre acuciado, angustiado por una deuda. Amenazado.

—¿Ella te ha dicho que estaba amenazado?

—Literalmente. En el patio, cuando nos despedíamos, como quien te desea suerte.

Llené las tazas y le observé. Aquellos ojos estaban ligados a la casa de nieve, al frío y a un abrazo. Al rubor, a sentir en el depósito de hielo el cuerpo caliente de Aina.

—A lo mejor la señora ha hablado más de la cuenta —protestó—. La primera vez yo no crucé una palabra con ella.

—¿Se lo vas a decir mañana cuando la veas?

—No puedo indisponerla contra mí, me va a dejar el dinero. Pero ha hablado de más. Y sigo sin entender.

—¿A quién le debías dinero?

—¿Por qué tengo que contarte a ti eso?

—Porque a mí ahora también me debes algo. —Afloraron sus ojos de comerciante, inocultables.

—¿Sería tu forma de cobrártelo?

Me reí.

—Tómalo como quieras, no pienso tener más cuentas contigo, ni a favor ni en contra. Quiero que me digas a quién le debías dinero, si ese acreedor era de esos a los que les gusta que les deban dinero o si era, por el contrario, de los que podían llevar una amenaza de muerte al extremo y cometer una locura. Una locura en el lugar equivocado. En mi casa, por si no lo has adivinado.

Vi que aquella piel negra se sonrojaba.

—¿Qué dices?

—Digo que por aquí nunca ha habido asesinos. Que sólo ha habido uno una vez. Que tal como ahora estás amenazado, podías haberlo estado la primera vez. Que quizá alguien te anduviera buscando a ti y se encontrara con mi madre.

—¿Cómo iban a confundirme a mí con tu madre, Marc? ¿Qué estás diciendo?

—¿Estabas amenazado? La primera vez, ¿estabas amenazado?

Fue a responder, pero no habló. Noté la sangre regándome la piel.

—Si la señora me ha dicho que estás amenazado —precisé—, es por algo más. Yo no se lo he preguntado. Por eso te hablaba de ella. No hay que perderle palabra, cada una tiene una función. Si me ha dicho también que tres días después de la muerte de mi madre te apresuraste a pedirles el dinero, es porque a ella le extrañó, como a mí ahora, que no fueras capaz de esperar un poco más. Aquella muerte conmocionó a Caimari entero, también a la señora. No le pareció apropiado, qué quieres que te diga. Parecías más que urgido.

—Marc...

—En realidad, si ella me lo ha contado todo, sin necesidad de hacerlo, es por algo.

—Ha hablado más de la cuenta, ya te lo he dicho.

—No me has contestado. ¿Estabas amenazado?

—Sí —cedió.

—¿Eres capaz de decirme a la cara que todo lo que acabo de contarte es un desatino?

—Sí.

Acerqué mi cara a la suya y le desafié:

—¿Me vas a mentir?

Aquella era mi apuesta íntegra. No tenía nada más que jugarme. Si estaba cometiendo un error, aunque fuera grueso, aquella conversación no trascendería de mi casa, no sería del gusto de nadie; si mi disparate no era un delirio, habría dado, por fin, con alguien a quien buscar.

El buhonero apuró la bebida, empujó su taza, la volví a llenar y dejé que volviera a beber.

—No es un desatino —reconoció—. Aunque podría serlo, no lo sé. El hombre a quien debía dinero era Massutí. No le gustaba que se lo debieran. Es cierto que me amenazó, pero ahora todo el mundo amenaza.

—Cuando murió mi madre, no. ¿Hay alguna posibilidad, por remota que pueda ser, de que su amenaza acabara pasando por encima de mi madre?

—Un disparate, al final. Remota, sí. Alguna, sí, la habría, si es lo que quieres oír.

—¿Por qué no esperaste más tiempo para pedir el dinero?

—Porque me asusté, es así.

—Podía ser un aviso.

—Podía.

—¿No lo comprobaste al saldar la deuda?

—Marc, olvídate.

—¿Cómo voy a olvidarlo?

Puso su mano sobre mi antebrazo y me confió, o me previno:

—Buscas a alguien, pero ese al que buscas no es Massutí.

—Cuanto más lo pienso, más lo creo. Me va a dar igual lo que me digas. Necesito saber cómo llegar a él.

Me lo diría. Callaba y me miraba, tal vez calculando cuánto había en mí del niño que él había conocido; o no; tal vez calculando al niño que a su vez sería capaz de calcular, en el futuro, aquella noche frente a él, a su hija Aina en una casa de nieve.

—Dime una cosa —me pidió—, de verdad quiero saberlo. ¿Todo esto se te ha ocurrido hablando con la señora?

—La mayor parte.

—¿La mayor parte?

—Siempre he sabido que habías tenido relación con la muerte de mi madre.

—¿Por qué dices eso?

—Por una idiotez. Por haber bajado tú la guardia. Por algo que para nadie será una razón, ni siquiera un pretexto. ¿Recuerdas la noche en que murió mi madre? No hace falta que me contestes. Esa noche enviaste a tu hija pequeña campo a través, sola y con un carnicero deambulando por las inmediaciones, a dar aviso en Caimari. No se le habría ocurrido a nadie. Tú no eras un monstruo, o eso creía yo. Tú sabías que por allí ya no deambulaba ningún carnicero. El peligro había pasado. Sólo en ese caso habrías enviado a Aina a la aventura. ¿No es una idiotez?

—Lo es. Desde que vi a tu madre no supe lo que hacía.

—Yo tampoco, pero tuve tiempo para pensar en ti. Esa certeza me vino a la cabeza aquella misma noche. Supongo que algo tuvo que ver ponerme en el lugar de Aina. Fue instintivo. Me puse en su lugar porque ella habría hecho lo mismo. Estábamos unidos. Es probable que aquella noche nadie pensara en ella más que yo.

No me hacía falta que aquel hombre confirmara ni desmintiera. Era completamente mío.

—Dime una cosa más y daremos la deuda por saldada. No te pido que me lo expliques. ¿Estoy equivocado con lo de Aina?

—No.

La espera

A raíz de los detalles de los que el buhonero me dio cuenta a continuación, Massutí resultó ser, más que un individuo poco recomendable, un ejemplar de la peor calaña. Mallorca, a causa de la insularidad, nunca había sido territorio fértil para los excesos. Una isla cerca a sus habitantes y les pone nombre. Todos se conocen. Por tanto, descollar, en cualquier sentido, solía ser sinónimo de imprudencia.

Durante las primeras décadas de siglo, el contrabando unió a todos los habitantes de la isla, quien no recurrió a él para vender, lo hizo para comprar. Surgieron redes de distribución fabulosas. Se creó un sistema nervioso. Pero nadie osó levantar la cabeza por encima de las del resto. En Mallorca se delinquía en común, y para que el delito fuera común, debían omitirse los extremos. Y también, o por encima de todo, debía haber silencio. La mejor muestra de ese silencio era el nombre que se daba a los lugares donde se escondían los bultos procedentes del contrabando: secretos. Multitud de secretos se repartían por grutas y accidentes de la costa, donde se descargaban las lanchas y los *llaüts*, unos pequeños barcos pesqueros de las islas. Allí acudían los contrabandistas a retirar los bultos, de noche, a pie, ya que había que desplazarse por caminos impracticables, recorriendo a veces una treintena de kilómetros. De regreso, cargado cada hombre con un bulto de unos cuarenta kilos, se volvían a recorrer treinta kilómetros. Para hacerlo sólo se servían de una especie de arnés, el *pitral*, que se ceñía a la frente, reposaba la carga en la espalda y dejaba los brazos libres para sortear

obstáculos o acometer escaladas. Todo se hacía en silencio, en la oscuridad. Sin descollar. Al estilo mallorquín.

En una misma noche podía haber centenares de hombres trajinando con bultos, pero no se veían. Y todo ello bajo la vigilancia y las rondas de los carabineros —hasta que en el año cuarenta se integraran en la Guardia Civil— por el litoral y de las brigadillas de la propia Guardia Civil por el interior, una de cada comandancia, la de Palma y la de Inca.

Discreción y silencio. Así había sido siempre en la isla, para bien o para mal, hasta que llegaron los delincuentes de fuera.

Massutí —el mallorquín era el padre— era de los de fuera. Y los de fuera no entendían, o no querían entender, cómo funcionaban las cosas aquí. Joan March, otro mallorquín, visionario, sin escrúpulos y de una ambición desmedida, explicaba que los únicos problemas que surgían en la isla eran los creados por los que hablaban de más. También tenía un lema: «Cada día nace un tonto, sólo hay que encontrarlo». Así de tibio. Él fue quien tuvo la idea de comprar una fábrica de tabaco en Argel, hacerse con el monopolio del tabaco en Marruecos y luego fundar una compañía naviera para traer ese tabaco a España. A Mallorca.

Entretanto, se enriquecía, y su riqueza, como la de todos los que se dedicaban a ese mercado, beneficiaba a sus vecinos. El simple hecho de descargar los *llaüts* daba empleo a muchos jóvenes, quienes podían llegar a cobrar setenta pesetas por noche, catorce veces el jornal de alguien que trabajara la tierra.

Asuntos que se cocinaban entre mallorquines.

Pero habían llegado los de fuera. Y droga. Y muerte.

Massutí era de los que mataban. Preferiblemente, aunque no fuera necesario.

El buhonero no tenía constancia de que Massutí estuviera detrás de la muerte de mi madre. Cuando fue a saldar su deuda con él, fue

atendido por el Moro, otro de fuera, y despedido de una patada. A Massutí no volvió a verlo. Nunca pudo preguntarle por ella.

Si el buhonero no hubiera sido tan locuaz conmigo, yo habría ido a ver de nuevo a Joana. De una forma o de otra habría obtenido un nombre. Massutí. Hacía siete años que esperaba aquel nombre. Y daba en pertenecer a un hombre que una década antes había vivido su mayor esplendor traficando con productos de contrabando y droga, que estuvo involucrado en más de un crimen de sangre, que disfrutó de una pequeña fortuna y que acabó arruinado, casualmente, en el juego. Ahora vivía retirado en una finca a las afueras de Lluçmajor. De los cinco hombres que habían estado permanentemente a su servicio, quedaba uno, Rompehuesos. A mí también me hizo gracia, pese al trance. Vivían solos en aquella finca Rompehuesos y Massutí. No la abandonaban, no iba a ser sencillo acercarse a ella.

Sin embargo, todos los sábados, en Lluçmajor, se celebraba la *fira*, un mercado de diversos géneros que congregaba vecinos de otras localidades. Y durante esa feria, sin excepción, los personajes más indeseables del perímetro, buen número de ellos de fuera, se reunían en el Café s'Hostatge. La asistencia era de obligado cumplimiento. Massutí, si no estaba indispuesto, acudiría.

A lo largo de aquellos siete años, aislado y ciego, había empleado toda mi energía en tratar de asimilar lo que le había ocurrido a mi madre y, sobre todo, el modo en que aquella atrocidad iba a ir encajando en una realidad que me retenía. Mi soledad y mi ceguera habían sido necesarias para que mis sesos acabaran de cocinarse, y comprendiera que el mundo tan pronto podía ser opaco como translúcido. Había tenido a mi padre, la noche, el bosque, y la calma con que aquel mundo desplegaba sus mecanismos. Lo que diera en venir no sería mejor ni peor que lo que ya tenía. Tan sólo debía estar preparado, como lo estaba, para arrojarme al abismo sin aprensión.

Siempre supe que un día tendría un nombre, el que fuera, en el que centrar toda mi rabia. Así como siempre supe que el buhonero había actuado de forma aparentemente insensata la noche en que murió mi madre. Siempre supe que Joana no era buena, o que no lo era para mí, pero que a su lado descubriría lo que no descubriría con nadie más. Cuando hacía una veintena de días volví a recorrer el camino hacia la *sitja* con mi padre, confirmé un presentimiento: aquella quema, en el lugar del que tuve que salir corriendo hacía siete años, no iba a ser una quema más.

Ahora ya no pensaba en Aina. Pensaba en Lluçmajor, en Rompehuesos, un personaje de cuento, y en Massutí, un hombre que ya me pertenecía. No importaba que pudiera estar equivocado, como el buhonero me previniera con miedo. Era el mundo, el escenario que yo había estado pergeñando. Era tan cierto para mí como el mundo de mi padre lo era para él. Ir a por Massutí iba a ser mi modo de salir de madrugada a poner cepos en el bosque, no deseaba nada más.

Las bestias asomaron al claro chorreando sol, con un bramido, resoplando, como dos ballenas rompiendo la superficie del océano. Tras ellas aparecieron las cabezas de Aina y de Arnau. Ella tenía mejor aspecto; se apreciaba en el color de su cara, en la tersura de su piel y en la ausencia de sombras alrededor de sus ojos. La tristeza al mirarme, eso sí, persistía. En cambio Arnau, si podía decirse así en tan pocos días, había envejecido. Y no obstante, aquella transformación, o aquella deriva, en él no parecía síntoma de deterioro. Le confería tensión y un punto de inteligencia a sus facciones.

Advertí enseguida que Aina me rehuía. Ya lo había previsto. Formaba parte de aquella armonía especulativa, o de aquella especulación armónica, que se había abierto en mi cabeza. Todo, aun lo más insospechado, tenía cabida en mi pensamiento. Todo

estaba previsto. Como si en una fórmula compleja se estuvieran despejando las últimas incógnitas.

Repetimos mecánicamente cuanto habíamos hecho días atrás. Talamos, cortamos, sudamos y echamos el resto. Mi cuerpo funcionaba como nunca, habría seguido trabajando toda la noche. Pedía más.

Ni siquiera me afectó, en medida alguna, el hecho insólito de que Aina decidiera no pasar la noche con mi padre y conmigo. Antes de nuestro distanciamiento aquello habría disparado todas mis alarmas, pero ahora, plácidamente, lo comprendía. Habíamos dejado de pertenecernos, yo lo había querido así. La había repudiado. Para sentir el mundo que ahora sentía, nadie salvo mi padre podía estar conmigo. Sólo así era posible. Había tenido que ocurrir, en primer lugar, que Aina me pidiera ayuda con Joana; a partir de ahí se habían manifestado, por orden, mi perplejidad ante su petición, mi desengaño, mi rechazo, su cortejo a la puerta de mi casa, otra vez mi rechazo y su espalda alejándose de mí. En realidad, ella había sido la artífice de aquel milagro. Por eso, desde mi reciente beatitud, todo cuadraba. Cada pieza había encajado en su lugar. No había puntos grises, ni matices; todo era negro, todo era carbón, todo estaba bien.

—¿Has vuelto a pensar en marcharte de aquí? —le insistí a Arnau.

Sonrió. Había envejecido, sí. Cabeceó.

—Creo que me marcharé —me confirmó.

Allá donde se marchara, no existiría la matriz magnífica de encinas que en aquel momento se enredaban profusas y nervudas a su espalda. Pero habría otras encinas, otros animales; otros hombres incapaces; otras mujeres que querrían tener hijos; una mujer que querría tenerlos con él. Cada pieza encontraría su lugar. Aina se marcharía, con él o sin él.

Al buhonero no lo veía. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

Cuando al día siguiente los hermanos se marcharon, saldadas las tareas y con el carro desbordado de ramaje, me acerqué a la pendiente para verlos descender hacia el camino. En esta ocasión Aina no se volvió. Arnau sí lo hizo, pero enseguida volvió a mirar al frente.

Se alejaban de la *sitja*. Más adelante se alejarían del valle, del pueblo, de mí. Su rumbo era otro.

Yo no iba a ser el padre de los hijos que Aina querría.

Más piezas. Más crujidos, al encajar.

Era miércoles. La *sitja* ya latía. Y era al buhonero a quien quería ver, lo tenía delante: el pecho ancho y hueco, la cabezota suspendida sobre él como una piedra que fuera a caer a un pozo.

—Le he pedido a tus hijos que el aprovisionamiento lo hagan el lunes, ¿te han dicho algo?

—No, sólo que viniera a verte hoy.

—Tendré más tiempo para devolverte el caballo.

Ni parpadeó. Inmutable por obligación o por naturaleza, no diría nada, esperaría hasta que yo se lo aclarase.

—¿Cómo te ha ido con la señora? —quise saber.

—Bien —resumió—. ¿Quieres los detalles?

—No. ¿Has ido ya a liquidar tu deuda?

—Mañana por la mañana, ¿por qué?

—Porque necesitaré el caballo el viernes por la tarde.

De nuevo, silencio.

—¿No quieres saber para qué lo necesito?

—Haz lo que quieras, Marc. Massutí no es amigo de visitas, mucho menos de las inesperadas. No puedo decírtelo con más claridad.

—No se trata de lo que yo quiera hacer, sino de lo que debo hacer. Lo habrás oído alguna vez.

—¿Qué es lo que debes hacer?

Ambos, por descontado, conocíamos la respuesta; aunque en realidad la pregunta era otra: «¿Por qué crees que ir a ver a Massutí es lo que debes hacer?». En todo caso se trataba de preguntas vanas. Lo que el buhonero hubiera preferido, yo quería suponer que por mi bien, era que no fuera a ver a aquel hombre. Independientemente del riesgo que entrañara la aventura, podía haber algún otro motivo para que intentara disuadirme.

—¿Quién se va a encargar de tu padre? —se le ocurrió.

—Tú.

Tampoco pareció gustarle.

—Verás —comencé—, la idea es que tú el viernes des el pretexto que se te antoje para ausentarte unos días. Bien podría servir el de ir a Inca a saldar tu deuda. El mismo viernes quedaría liquidada, lo que te daría tiempo para regresar aquí, a la *sitja*, por la tarde. Deberías hacerlo sin que nadie te viera, no es difícil; te podría señalar un par de caminos a través de la sierra, pero doy por hecho que tú conoces más caminos que yo. ¿Alguna duda hasta aquí?

Su cara se había agrietado. Algo se agitaba en la piedra de su cabeza.

—De mi padre no debes preocuparte —continué—. Él se basta por sí solo para mantener la *sitja* a pleno rendimiento. Quiero que estés con él por si surge alguna visita inesperada o indeseable. Por si sufre algún accidente o necesita ayuda, nada más. Te puedes olvidar de él porque con toda seguridad no tendrás que mover un dedo. Yo, por mi parte, saldré hacia Lluçmajor por la noche.

—¿Qué ocurre si no puedo arreglar las cosas en Inca?

—Seguimos con el plan. Una vez te devuelva el caballo, que puede ser el mismo sábado si todo va rodado, o el domingo, que es lo más probable, podemos ocuparnos de lo que debes decir a los tuyos. O incluso podrías volver a Inca el lunes sin que nadie se enterara de nada. Cuando digas que te marchas por unos días, no pongas fecha de vuelta.

—¿Y si tú no regresas?

Me reí. La pregunta no era baladí; me reí porque en ese caso, el de no regresar, mis problemas habrían terminado. Era otro tipo de solución.

—Si no regresara, os ocuparíais de mi padre.

—¿Cómo explicaría que mi caballo apareciera en Lluçmajor? ¿Qué diría en casa, al volver a pie?

—Eso corre de tu cuenta, Búho.

—Estaría vendido.

—Siempre podrías decir que pasaste por la *sitja* al volver de Inca, todos conocen nuestra relación y nadie se extrañaría; después podrías decir que inexplicablemente yo te retuve aquí y me llevé el caballo. Yo no estaría aquí para desmentirlo. Podrías decir lo que te viniera en gana.

—Eso no serviría para todos.

—¿Para quién no?

—Para Aina. Ni para la señora, desde luego. Ninguna de las dos me daría respiro hasta averiguar lo sucedido.

—Por la señora tampoco debes preocuparte. Ya habrías saldado tu deuda en Inca, ella no tendría ninguna fuerza contra ti. De hecho sería a ella a quien entonces deberías dinero y no haría nada que hiciera peligrar que se lo devolvieras. Y en cuanto a Aina, creo que le iría bien que yo desapareciera; podría ser una razón más para largarse de aquí, que por si no lo sabías es en lo que anda pensando los últimos días. Además, es tu hija. Encontrarías la manera de que te diera respiro.

—No sabes lo que dices —me replicó—, no conoces a Aina. No tienes una hija. Convertiría mi vida en un infierno hasta que le dijera lo que ella quería oír.

—Ya.

Yo no quería hablar de ninguna de las dos mujeres. Ése, llegado el caso, sería asunto suyo. Lo que yo quería era llegar a Lluçmajor. Empezaba a necesitar perder de vista Caimari, sus alrededores y todo lo que en ellos se movía. Habían sido siete años de espera. Habían sido rabia, incertidumbre e incluso miedo, pero miedo,

únicamente, de que no llegara a mí el nombre que ya obraba en mi poder. De no saber nunca qué había ocurrido. Siete años de crecer sin sentir; sin detenerme en aquello que por edad debía haber atendido; sin corresponder a Aina en descubrimientos, pasión o tan sólo sexo. La mía había sido una trayectoria azarosa hacia un objetivo que nadie me había asegurado que estuviera al final del camino. Aquellos siete años habían sido un ejercicio febril de fe. Así era. Fe.

—Marc... —susurró el buhonero—. Escúchame, te doy mi palabra de que no volveré a hablarte de esto, pero tengo la obligación de insistir porque vas a cometer un error.

—No tienes ninguna obligación, no te apures.

—Si no por ti, por otros. Por mí mismo.

—Cada uno se marca sus obligaciones, pero no existen. Lo que cada uno lleva en la cabeza no existe. Mi obligación, si Massutí estuvo implicado en la muerte de mi madre, es ir a reventarle el alma. Ésa es mi única obligación. Y no existe, ¿qué te parece? Tampoco existe tu obligación de volver a advertirme.

Me miró alelado.

—¿No hay alguna contradicción en todo eso?

Me reí.

—Confiaba en que te hubieras perdido.

—Entonces olvídate de Massutí.

No me costó imaginar al buhonero aplicando esa lógica y otras artes en cualquier punto de la isla con payeses, con traficantes o con iletrados; vendiendo ungüentos y pociones. Convenciendo, encandilando, comerciando a fin de cuentas con algo que era mentira y tampoco existía.

—Somos esclavos de lo que creemos, Búho, pero eso no es importante.

—¿Qué es importante para ti? Aparte de Massutí...

Miré a mi padre, quien personificaba al milímetro al hombre que ciñe su vida a aquello que es importante. Que no actuaba si no era para cambiar el mundo. Levantaba *sitges*, cazaba animales para

comer, no por el placer de hacerlo; perdía la mirada en la sierra, hacía pan o acariciaba a un caballo que iba a despeñarse. No hablaba porque hablar no era importante; no dejaba conocer a nadie lo que había en su cerebro, si había algo, porque a nadie más atañía. Porque a nadie más serviría. Porque al mundo no le hacía falta.

—¿Qué será de tu padre si no vuelves? ¿Crees que no se dará cuenta?

—Se dará cuenta. Lo aceptará sin más, como acepta el resto.

—Lo que quieres hacer es una locura.

—Lo sé.

—¿No hay forma de que lo reconsideres?

—No.

—Pues déjame ir en tu lugar. Me conocen. Lo peor que me puede pasar es que vuelvan a echarme de allí.

—Iré yo, no admite discusión. Y no te preocupes tanto, quizá hasta regrese...

Más sombrío, más ceñudo, me confió:

—No podría soportar que te pasara algo a ti. Para mí estos siete años también se han hecho muy largos, créeme.

—Te creo.

—Aún sueño con lo que ocurrió.

Di por zanjado el asunto poniéndome en pie. Él hizo lo propio sin dejar de mirarme. Era un hombre que no despertaba especial simpatía, ni causaba una gran impresión. Era lo que parecía su cabeza: un trozo de piedra. Tal vez por esa razón sus ojos destacaran tanto. Refulgían del mismo modo que lo habrían hecho incrustados en un árbol o parcialmente enterrados en un montón de tierra. Como dos diamantes, como un indicio de vida.

—Necesito el caballo el viernes por la tarde. —Le despedí.

Había sido Massutí. Lo sabía; igual que supe que el buhonero envió a su hija campo a través aquella noche porque tenía la seguridad de que ya no había peligro; lo supe por el mismo escalofrío.

El día siguiente fue con diferencia el más largo de mi vida. Sentí pasar cada segundo. Mi pensamiento ya se encontraba en Lluçmajor, poniéndole mil caras al hombre que habría dado la orden de matar a mi madre. De vez en cuando llegué a temer, y digo bien, temer, pues tal era mi convicción de que lo había hecho él, que sólo fueran imaginaciones mías. Había consumido demasiado tiempo esperando un nombre y ahora que lo tenía, fuera el del culpable o no, no podía plantearme de ninguna manera echarme atrás. El hecho de que aquel personaje fuera un indeseable calmaba mi conciencia. Me servía de excusa. Si no por mi madre, sí por otros, Massutí iba a estar mejor bajo tierra.

El buhonero me había dado toda suerte de indicaciones acerca de la ubicación de la casa, así como otros datos que iban a facilitar mi tarea. No hizo falta que le hiciera muchas preguntas, me lo contó todo de corrido, como si durante aquellos días él tampoco hubiera hecho otra cosa que pensar en aquello. Su ofrecimiento de ir él en mi lugar lo corroboraba.

La primera purga

Me había lavado a fondo para desprender el hollín de mi piel y llevaba varias horas esperando.

El buhonero llegó al anochecer por el sendero que había usado Massot semanas atrás para ir a hacer las marcas. En algún punto de su regreso se había internado en el encinar, había bordeado la montaña y ahora salía de él hacia mí, entre sombras, como una mancha de humo sobre su caballo. Se apeó a unos metros de distancia y se acercó.

—¿Lo has arreglado? —le pregunté.

—Arreglado.

—No te veo muy contento...

Miró por encima de mi cabeza, hacia la *sitja*.

—No tendrás ningún problema con mi padre —le tranquilicé—, ya te lo dije. No tienes que ocuparte de nada a menos que haya alguna visita imprevista. En cuanto a lo que esa visita pudiera afectarnos en el asunto de Lluçmajor, ya veríamos.

—Ése no parece muy buen plan...

—No hay otro.

—¿Qué hago si viene Aina?

—No vendrá, tiene otras cosas en que pensar.

—¿Es verdad que quiere marcharse?

—Es lo que hacen los que tienen futuro. Ella merece algo mejor, pónselo fácil.

Bajó la mirada. No se podía adivinar lo que se cocía en aquella cabeza; uno podía aventurar que la idea de que su hija pudiera

marcharse le entristecía, pero probablemente se equivocaría.

Cogí el saco que había dejado a mis pies y me levanté. Me dirigí al caballo y sin volverme, le advertí:

—No te acerques a la *sitja*, el carbón humano no se paga bien.

Usé el mismo camino que había seguido él. Primero me convertí en una mancha de humo, después en otro hombre que iba a saldar una deuda.

Me gustaba cabalgar de noche. No tenía nada de romántico, me gustaba precisamente porque había ciertas garantías de que no me iba a cruzar con nadie. Si a eso le sumaba la circunstancia de no contar con caballo propio, en las escasas ocasiones que podía hacerlo lo hacía a la carrera, con el único límite que me marcara la resistencia de la montura. Así fue también aquella noche. Dejé atrás Selva e Inca y antes de que pudiera darme cuenta había llegado a Sencelles. Atravesé el pueblo y me alejé para buscar un rincón en el que pasar la noche. Lo hice en un pinar, más cerca de Algaida, al lado de una acequia.

Me costó conciliar el sueño e incluso contener los nervios. Cuando uno se figura a sí mismo cumpliendo un deseo todo va como una seda. No hay nervios, ni hambre, ni cansancio. Pero cuando lo cumple, cuenta con un cuerpo que no estaba en la representación. Los planes y los sueños siempre se hacen sin carne. Aquella tensión podía ser un serio inconveniente en las próximas horas. Me tumbé sobre la hierba y cerré los ojos. Desde el primer momento Massutí se convirtió en mi único pensamiento. Traté de desviar mi atención de mil maneras, pero, por más que me esforzaba, Massutí volvía a coparla. Lo intenté con el buhonero, especulando acerca de su viaje a Inca o de su actitud en su casa, ante sus hijos; frente a Arnau, quien casi con seguridad rehuiría los ojos de un padre irresponsable; frente a Aina, quien haría lo contrario buscando respuestas sin darle descanso. Se iría, sí, Aina no podía permanecer en aquel lugar sin contar con una perspectiva mínima, por paupérrima que fuera, de

formar otra familia. Buscaba vida. Buscaba crearla. Mi madre también la creó.

Entonces pensé en Joana.

En sus caricias, en la ambigüedad de sus manos, a medio camino entre las de madre y las de amante. Pensé en sus mejillas encendidas las veces que estuvo tan pegada a mí, en su respiración acelerada y levemente contenida, en el calor que me transmitía su piel. Pensé en una mujer que pudo haberse marchado también de allí a Palma, a Ciutat, como lo hizo su hermano y hacían usualmente los señores, y volver tan sólo de forma ocasional, pero que no se marchó. Que buscó vida con mi padre, no la encontró y después no supo si yo era o me asemejaba a esa vida que ella había perdido o si debía volver a buscarla conmigo. Deudas, en suma. De ella hacia mi padre, por no haberse marchado él cuando ella le pidió que no lo hiciera; de mi padre hacia ella, por la cesión del terreno del valle; de ella hacia mí, por no poder saldarla ya con mi padre; de mí hacia ella, por lograr que a mi padre y a mí no nos separaran.

Y otra vez Massutí.

Fui hasta la acequia y me mojé la cara. Olía a hinojo. Mi madre cultivaba hinojo detrás de nuestra casa y mi padre mantuvo el cultivo durante los siete años que siguieron a su muerte. Siete años tuvieron que transcurrir para que pudiéramos volver a talar en el mismo lugar del encinar. Siete años para que Joana decidiera hacerme partícipe de sus sospechas, que surgieron al darse cuenta de que la muerte de mi madre y la primera deuda conocida del buhonero, una deuda más, habían coincidido en el tiempo.

Siete años, con cada uno de sus días, en los que yo conviví con la certeza de que aquella misma noche el buhonero, antes de enviar a su hija pequeña a dar aviso del crimen, ya sabía que no quedaban asesinos cerca.

A fin de cuentas, Massutí.

Apenas había pegado ojo. Haber pasado tantas noches en vela en mi trabajo me había ayudado a descansar aquella noche, pero mi cabeza no se había despejado. Rotaban en ella las mismas caras y las mismas sensaciones, los mismos nervios, quizá ahora crecidos; algún principio de angustia, algún nuevo temor.

El sol no lucía, había nubes hasta donde alcanzaba la vista. Era demasiado pronto aún para dejarme ver en Lluçmajor. Hasta las doce del mediodía, hora estelar de cualquier feria, Massutí no movería sus posaderas, eso era seguro. Más tarde almorzaría con un hatajo de bandidos y por fin, alrededor de las cuatro o las cinco de la tarde, cocido de cazalla, hierbas y buenos momentos, presumiblemente regresaría a casa a echar una cabezada. Ése por lo común era el proceder no ya de los integrantes del gremio de los indeseables, sino de cualquier habitante de la isla. En las celebraciones populares se amnistiaba a todo el mundo; a aquéllos de sus crímenes y a los otros de sus faltas; a los primeros de causar muerte y a los segundos de no ser mucho mejores; a los primeros por cruzar los límites y a los segundos por haber estado a punto de cruzarlos. Siempre pensé que ese tránsito, el de cometer un acto punible por la ley, era tan fácil y rápido para cualquiera como matar una mosca; sólo hacía falta convencerse de que por encima del acto habría un bien, del tipo que fuera. Bastaba con remitirse al contrabando y a la cantidad ingente de payeses que participaban en él. Mi caso, camino de matar a un hombre, también era ejemplar. El mal no estaba por tanto más allá del límite. Los límites no existen. El mal dormía en la inteligencia y despertaba con su uso.

Pasadas las once ensillé el caballo y me puse en marcha. Agradecí que las nubes continuaran allí. Adelanté a varias personas que llevaban mi mismo camino, a caballo, en carro y a pie. Al dejar atrás Algaida noté que los nervios retornaban y se acentuaban. Volví a intentarlo, pensar en otra cosa, en Joana, en mi padre, pero no duraban en mis sesos más de lo que habría tardado en pronunciar

sus nombres. A medida que me acercaba a Lluçmajor me iba sintiendo peor. Massutí lo era todo. Cada vez quedaba menos espacio entre él y yo.

Tampoco había a mi alrededor nada que pudiera distraerme. Abandonadas la sierra, su frondosidad y su belleza, la isla se abría a una planicie desoladora. A mi izquierda quedaba el monte de Randa. Tan sólo con subir a él, a quinientos cincuenta metros de altura, podría divisarse la isla entera; y el mar, salvo en el extremo en el que se levantaba la sierra. Aquél era un promontorio desamparado en medio del vacío. No costaba entender que siete siglos atrás Ramón Llull se aislara del mundo en aquel monte, en una cueva. En ningún otro agujero de la isla podría haberse sentido más solo. A ningún otro sitio podía haber ido un eremita.

Aflojé la marcha antes de llegar, cuando avisté la iglesia. En las inmediaciones del pueblo ya había un hervidero de gente. Seguí las instrucciones del buhonero y tomé el camino que llevaba a una loma en cuya ladera había un molino. A sus pies se hallaban las caballerizas de la zona norte. Llegué a ellas, pagué por adelantado un día de guarda, abusivo, digno de la ocasión, cargué el saco al hombro y salí de nuevo al exterior. Inmediatamente fui absorbido por una legión de comerciantes y visitantes que revoloteaban de un lado a otro; el único cauce respetado por la turba era la vía reservada para los carros, cuyo trazado se perdía pueblo adentro y señalaba con nitidez dónde se encontraba el centro del mercado.

Eran las doce y media. La finca de Massutí quedaba al este, de modo que eché a andar en aquella dirección apartándome del bullicio. Diez minutos más tarde vi el olivo centenario que el buhonero me había dado como referencia y continué a la izquierda. Poco a poco la gente fue desapareciendo, hasta el punto de no llegar a cruzarme prácticamente con nadie. Al cabo de otros diez minutos y alguna vacilación, divisé la finca de Massutí. Un paseo de almendros de unos cincuenta metros llevaba desde la cerca hasta la puerta de la casa. Pasé de largo hasta el lindero con la finca siguiente, que también pasé de largo hasta el siguiente, y tomé un

sendero de paso a mi derecha, hacia el pinar que quedaba detrás de aquellas fincas.

Ya allí, entre los árboles, respiré. A pesar de las nubes y de mi determinación, estaba sudando y el pulso se me había disparado. Nada podían hacer las nubes contra un calor que me venía de dentro, del pecho, y menos podía hacer mi determinación con una tensión insoportable, por momentos insostenible, que habría hecho flaquear hasta a mi padre. Me senté, abrí el saco, bebí y me eché agua por la cara y por la nuca. Resignado a no poder librarme de la asfixia, me repetí varias veces a mí mismo que estaba en disposición de seguir adelante. Me levanté y recorrí la linde de la finca de Massutí hasta que di con el punto que ofrecía las mejores condiciones para el asalto. En la parte trasera de la casa había higueras, naranjos y limoneros. En el hipotético caso de que alguien me hubiera visto internarme en el pinar, nadie podría verme cruzar la huerta hacia la casa salvo desde ésta, que si los cálculos del buhonero no fallaban se encontraba vacía. Entonces me invadió la duda, inesperada y aterradora. El buhonero podía haberme tendido una trampa. Me vinieron a la cabeza sus ojos azules, los de Aina. Me armé del valor que pude, descarté tanto aquella duda como las que surgieron a continuación, en tropel, y salté al interior. Al fin y al cabo, trampas de por medio o no, tenía que llegar a Massutí. No importaba ya si en condición dominante o sumisa; él era quien podía despejar la pesadilla en la que había vivido aquellos años.

Recabé ánimo. La distancia entre la linde y la casa en la parte trasera era más corta, de unos treinta metros. Corrí agachado hasta alcanzar un pozo, oteé desde allí en todas direcciones y aguardé. Todo estaba tranquilo. En la casa no parecía haber nadie, no había ruido ni movimiento. Crucé el trecho que quedaba hasta ella y apoyé la mano en la fachada. Allí volví a quedarme quieto, como si a través de mis dedos pudiera sondear el interior. Di unos pasos hacia la puerta trasera y escuché tras ella. Nada. Allí no había nadie, estaba seguro. Bajé la manilla del picaporte para comprobar que estaba cerrada y automáticamente avancé hacia la ventana más próxima.

Las ventanas tenían persiana de doble hoja y todas estaban cerradas. Saqué la barra de hierro que llevaba en el saco,forcé una hoja y miré a través del cristal. Nada otra vez. Bastó un ligero golpe en el cristal para romperlo, cayeron dentro un par de fragmentos y la ventana quedó franca. Salté al interior, por primera vez sin titubear, y volví a mirar a todos lados. Di por hecho que no habría sobresaltos. Cerré la persiana y la ventana, deposité el saco sobre una mesa y recorrí la casa en su totalidad. No era el tipo de vivienda que le había supuesto a un facineroso como aquél, desde luego, de hecho dejaba bastante que desear hasta para un muerto de hambre como yo. Constaba de una estancia principal espaciosa y abierta, en la que me encontraba, a la que se adosaban dos pequeñas habitaciones en uno de sus lados, a la derecha de la puerta principal; a la izquierda de la puerta había un aseo con retrete y agua corriente y una cocina. No había nada más. El ánimo se me vino abajo. Aquella distribución, sin espacios en los que poder ocultarme, daba al traste con mi pretensión de sorprenderlos. Contra un animal llamado Rompehuesos pocas opciones iba a tener yo, salvo la sorpresa. Me senté a la mesa en la que había dejado el saco y me quedé mirando la puerta, desarmado y deprimido. A aquellas horas Massutí y los suyos todavía no habrían almorzado, tenía tiempo, debía sacudirme la parálisis de encima; y los nervios. Me puse en pie, retiré los cristales rotos de la ventana y del suelo y recorrí otra vez todas las estancias. Las habitaciones quedaban descartadas; en principio se me ocurrió que aquellos dos hombres regresarían con ganas de acostarse, pero tratar de sorprenderlos en la cama podía acarrear al menos dos problemas; uno, que no hubieran bebido lo suficiente o no tuvieran el menor deseo de acostarse, con lo que yo tendría que esperar sin remedio en la habitación quizá hasta la noche; otro, que salvo el relieve de los respectivos armarios, por demás raquíuticos, las habitaciones presentaban un aspecto tan espartano como la sala, sin un maldito hueco en el que meter mis huesos. Qué decir del aseo, más reducido aún. Mi último recurso era la cocina. Me situé en el umbral e

inspeccioné con detalle cada rincón. A la izquierda había una alacena; enfrente de mí, los fogones, y a mi derecha, pegada a la pared de la puerta, una mesa con dos sillas. Al fondo, a continuación de los fogones, había un grifo y una bacina. Miré desde allí hacia la puerta de entrada de la casa. Por lógica, quien se encaminara a la cocina desde la calle, lo haría en diagonal, siguiendo una línea recta de la calle al lado derecho de los fogones, en busca de agua. Me coloqué en el recodo que formaba la alacena con la puerta, a la izquierda. Si permanecía allí y alguien entraba en la cocina, en todo momento me daría la espalda. A menos, naturalmente, que ese alguien se dirigiera a la alacena; en ese caso se daría conmigo de bruces, pero eso también me convenía. Sin darse cuenta, a tan corta distancia, el incauto tendría un cuchillo en el cuello. Aquél parecía ser el único agujero desde el que podría sorprenderlos. A diferencia de las habitaciones, a la cocina se acude con frecuencia.

Me senté otra vez en la sala, tocando el saco distraídamente mientras cavilaba. Elegido el lugar, preví cómo podían sucederse los acontecimientos. Siendo riguroso, el panorama no era muy alentador para mí: Rompehuesos entraría en la casa y echaría un vistazo para verificar que todo estaba en orden; al instante detectaría la ventana forzada; yo había recompuesto la persiana, al menos para que los daños sólo fueran apreciables de cerca, y había retirado los cristales rotos, pero él se percataría de la falta del cristal; cuestión de brillos, de colores. Había cortinas, aunque pensé que sería aún peor correrlas; tal vez no tuvieran costumbre de hacerlo. Observé la ventana agobiado, empezando a lamentar haberme metido en aquella casa. Los minutos corrían y no se me ocurría ninguna solución. De nuevo me dije que acaso la mejor opción sería, efectivamente, correr las cortinas. Un error podía quedar solapado por un error mayor. Aquella idea, la de desviar la atención de Rompehuesos hacia algo tan evidente que le llevara a desatender detalles menores, no era mala. Podía crear una anomalía aún mayor que la de la cortina, algo que no le remitiese a la ventana. Pensé en romper alguna otra cosa, mover un mueble, prenderle fuego a la

casa... Fijé los ojos en el techo, después en los dormitorios y en el aseo. Nada. Recurrí otra vez a la cocina. El agua. El agua, sí, eso era. Dejaría el grifo abierto, sin más. Cuando aquellos dos llegaran, el suelo de toda la casa estaría encharcado. Se apresurarían a cerrar el grifo. Podría esconderme junto a la alacena con menor riesgo, no irían a mirar a su espalda con el agua corriendo.

Mi pensamiento se interrumpió.

Cualquier persona normal que dispusiera de agua corriente, eso sería lo que haría sin duda: correr a cerrar el grifo. Porque para una persona normal una inundación supondría un percance. Para hombres acostumbrados a temer por su vida, no lo sería. Era bastante plausible la idea de que ante aquella situación Rompehuesos extremara el celo. Habría olido el peligro sin dilación.

Así pues, expuesto yo a que regresaran a casa en cualquier momento, debía decidir rápido. Dado que ninguna de las vías me ofrecía más garantía de éxito que otra, lo más práctico era optar por la que menor esfuerzo me llevara. Esto era, dejar la ventana como estaba y confiar en que el alcohol hiciera mella en la percepción de los dos hombres. Si no había entendido mal al buhonero, aquél era un día de celebración general, también para el vasallaje. Me convencí a mí mismo con varios argumentos de último recurso: Massutí se había retirado; podía ser que en sus buenos tiempos dejara a alguien con ganas de darle un disgusto, como yo, sin ir más lejos, pero en Mallorca las cuitas no tenían el mismo alcance que en la península; entre otras cosas porque los puntos de poder estaban muy localizados y pronto se averiguaría el origen de cualquier agresión; tampoco había que olvidar el carácter insular en lo concerniente al crimen, bastaba recordar el contrabando; en consecuencia, los años de retiro de Massutí habrían atenuado su cautela. No en vano había despedido a toda su guardia personal excepto a Rompehuesos. Y había que tener en cuenta, por último, que Massutí estaba arruinado a causa del juego, circunstancia que lo hacía poco goloso para muchas bocas.

Fui a la cocina, oculté el saco en un cajón de la alacena, dejé la barra de hierro en el rincón, apoyada contra ella, y volví a echar un vistazo a la sala. Me acerqué a la puerta de entrada, comprobé que desde la ventana más próxima la persiana no me permitiría verlos llegar. Me agaché frente a la puerta y agradecí que el ojo de la cerradura sí lo hiciera. Me incorporé y entré en la primera habitación. En el armario había poca ropa: tres mudas completas. Descolgué una chaqueta y no me hizo falta hacer conjeturas, pertenecía al vasallo; su espalda debía de ser sobradamente un palmo más ancha que la mía; la largura de la chaqueta, en cambio, no hacía pensar que Rompehuesos fuera mucho más alto que yo. Cerré el armario y fui a la otra habitación. Iba a repetir la operación para cerciorarme de que Massutí no fuera tan voluminoso como su amigo, pero no fue necesario. En la mesilla de noche había un par de fotografías. En una de ellas tres hombres abrazados y sonrientes miraban a la cámara. En la otra, un niño posaba junto a un hombre sentado en una butaca; ese hombre, más viejo que en la primera fotografía, debía de ser Massutí. Los cajones de la mesilla estaban cerrados con llave.

En aquella casa nunca había vivido una mujer, se apreciaba a la legua. Sonreí. Pensé aquello como podía haber pensado que Massutí tenía vocación castrense. Lo hice, y el temblor de mis dedos así lo ratificaba, porque la ansiedad volvía a corroerme. Me ahogaba. La idea de tener que permanecer allí unas horas más estaba acabando conmigo. Fui a sentarme a la mesa de la sala y clavé los ojos en el suelo. Imaginé al buhonero custodiando a mi padre, contemplándole. Imaginé a mi padre atareado con la *sitja*, con el pan. Imaginé a Aina ideando un plan de fuga, a Arnau avergonzándose todavía de su progenitor, a Joana ardiendo bajo el hielo de su piel, buscando vida en cualquier vasija, ensayando caricias frente al espejo.

La tensión me estaba matando. Me puse en pie y paseé por la sala. Me froté la cara, respiré hondo. No tenía miedo, habría sido

capaz de reconocerlo, lo que sentía era angustia. Menguaba y crecía, sin pausa.

Tampoco tenía clara idea del tiempo que había transcurrido desde que entrara en la casa. Un lustro. Sopesé por enésima vez dejar el grifo abierto y provocar una inundación; por enésima vez lo descarté. Descarté también seguir dándole vueltas a nada que tuviera relación con mi situación en la casa, sólo serviría para ponerme más frenético. Iba a concentrarme en algo importante, mi madre, la razón que me había llevado allí, cuando oí una voz en el exterior.

El vello se erizó en mis brazos. Pasó por mi cabeza por primera vez la idea de que aquellos dos hombres vinieran acompañados. Salté de la silla y corrí a la puerta. Regresaban solos. Rompehuesos abrazaba y arrastraba a un Massutí palmariamente noqueado. Él tampoco presentaba mucho mejor aspecto; el calor y el trayecto hasta la casa, con aquella carga, no le habían ayudado. Avanzaban despacio, a trompicones; el resuello de Rompehuesos me daba casi una medida exacta de la distancia a la que se encontraban.

Tuve tiempo de valorar una nueva alternativa: situarme tras la puerta de entrada en lugar de hacerlo en la cocina. No. La puerta se abría hacia la derecha y a la derecha del dúo iba Massutí. Sería un obstáculo entre Rompehuesos y yo. Otra opción: la habitación de Massutí. Allí la puerta ya estaba abierta y podía situarme a la izquierda del umbral. Aquel animal iría a descargar allí al viejo. Recuperé la barra de hierro, entré en el dormitorio y pegué la espalda a la pared, a treinta centímetros a la izquierda de la puerta. Cerré los ojos. El corazón se me iba a hacer añicos. Rompehuesos resollaba ya a pocos metros de la puerta cuando abrí los ojos y, para mi espanto, me vi reflejado en el cristal de la ventana de aquella habitación; con la persiana cerrada, el fondo oscuro devolvía mi imagen hacia la puerta como un arcoíris, no le faltaba ni el halo. Aquello iba a ser un desastre sin remedio. En décimas de segundo estimé cien veces la distancia que me separaba de la cocina y la que separaba a los dos hombres de la puerta. No estaba seguro de

poder llegar a la alacena antes de que ellos entraran en la casa. Tuve que decidir sin pensar, sin existir, y mi cuerpo salió disparado del dormitorio. La cerradura sonó en el mismo momento en que alcancé mi objetivo. Era incapaz de sofocar mínimamente mi respiración, todo lo más conseguía transformarla en alguna especie de lamento. Afortunadamente los dos hombres hacían más ruido que yo; el grande, bufando, tratando de no morir, y el pequeño, canturreando. A continuación: portazo, zapatazos, pies arrastrando, zapatos trastabillando, un golpe, maledicencias, un cuerpo muerto cayendo sobre una superficie mullida, crujidos del armazón de madera de una cama, más maledicencias y, en postrera erupción, resoplidos surtidos. Para entonces mi agitación había disminuido. Ahora iba a llegar el instante en que Rompehuesos entraría en la cocina, sin prestar atención a la ventana rota que quedaba a su derecha, y yo le partiría la crisma. Eso tenía que ocurrir en los próximos segundos, en los próximos minutos. La bestia no se movía, respiraba más despacio. Barrunté que aún estaría recuperando el aliento, pero también podía ser que estuviera fijándose en algo; una ventana rota, sin ir más lejos. Notaba el sudor entre la barra de hierro y mis manos. Notaba hasta el movimiento del aire. La bestia se movió y echó a andar. Venía hacia mí. Alcé la barra de hierro por encima de mi cabeza, rogué que todo sucediera mucho más deprisa, tomé aire y por fin, apenas el sicario asomó las narices, descargué sobre él algo más que el golpe; descargué los primeros nervios, los que padecí junto a la acequia cerca de Algaida, también los segundos, nada más dejar el caballo en las caballerizas de Lluçmajor, y descargué los terceros, ya allí en la casa, los más atrozadores, insoportables e inhumanos. Por encima de los nervios, descargué la primera manifestación de fuerza en honor de mi madre, la primera purga de un rencor que había durado siete años.

Ante mí estaba el bicho, todo lo grande que era, despatarrado bocabajo. Difícil de creer. No sabía si estaba muerto; sangre sí había, mucha, manando. Le había alcanzado el lado izquierdo, en plena oreja; la tenía partida por la parte superior. La sangre, sin embargo,

fluía desde atrás, entre el cabello. Ni siquiera me agaché. Armado de valor, ahora sí, de un coraje que casi había olvidado, me encaminé a la habitación de Massutí.

Allí me quedé de pie en la puerta, en paz con el mundo, mirándole roncar como un cerdo. La barra de hierro colgaba inerte de mi mano, hacía calor y el espíritu de mi madre vino a quedarse conmigo. Lo noté.

Massutí

La inconsciencia de las que ahora eran mis víctimas me había dado un respiro. Mis nervios no sólo se habían apaciguado; durante aquel último par de horas me había embargado, además, una templanza singular; era algo más que mi calma habitual.

Rompehuesos no había muerto. A duras penas había conseguido arrastrarlo hasta su habitación y allí continuaba, inconsciente, sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la cama, atado, amordazado y con una venda en los ojos. Con el viejo el procedimiento no había sido muy distinto, salvo por no haberlo arrastrado y por permanecer su cuerpo tumbado sobre la cama.

No podía perder mucho tiempo, a aquellas horas habría en Caimari un buhonero comiéndose las uñas y pensando en mí. Dejé el cuchillo de monte de mi padre y el hacha de mano en la mesilla. Arrojé el agua de un vaso contra la cara de Massutí y bajé la mordaza; su reacción fue contenida. Tiró de sus manos, comprobó que las tenía atadas y se quedó inmóvil, atento, escuchando. Movié lentamente la cabeza a derecha e izquierda y terminó por abrir la boca:

—¿Quién eres?

Si yo hubiera despertado de una borrachera maniatado y con una venda en los ojos, lo primero que habría preguntado habría sido «dónde estoy», pese a haber reconocido mi cama por el tacto, si hubiera sido así. No concebía mayor privación que la de la vista. Yo en su lugar habría estado desesperado. Él se había adaptado a la

situación como quien se incorpora al trabajo o a las tareas diarias. El tono de su voz era cálido.

—Soy el que te va a hacer unas preguntas —le anticipé—, el que te va a cortar todos los dedos de las manos si no queda satisfecho con las respuestas, uno a uno, y el que finalmente te va a clavar un hacha en la cabeza. Soy ése.

Sonrió. Me quedé estupefacto.

—¿Te hace gracia? —le interpele.

—¿Qué quieres?

—No me has preguntado por tu amigo...

—¿Qué quieres de mí?

No iba a ser fácil. Tampoco contaba con ello; y no obstante, impresionaba constatar que aquella carne que tenía frente a la mía, en patente inferioridad de condiciones, no me perdía la cara.

—¿Recuerdas al buhonero?

—¿Qué buhonero?

—¿Conoces a muchos?

Se echó a reír.

—A más de los que quisiera. Encajan bien en todo tipo de faena y yo he dado trabajo a mucha gente. ¿Eres uno de ellos? ¿Es a ti a quien tengo que recordar? ¿Un familiar?

—Un familiar. De Caimari.

Volvió a sonreír y asintió con la cabeza.

—Sí, me acuerdo de él. Un caso perdido.

—¿Por qué?

—Los buhoneros son gente sin manías; versátil. Un hombre que va de acá para allá trapicheando puede sacar un buen provecho de sus correrías y conozco a varios que lo han hecho, pero ese hombre... No sé. —Rio—. Nunca hacía nada bien, tuve que prescindir de sus servicios. Ya hace tiempo de eso.

—Te debía dinero.

—Le confié una carga y la perdió, ¿qué te estaba diciendo?

—¿Por qué le confiaste una carga si no hacía nada bien?

—Porque eso lo había hecho bien hasta entonces. Porque para eso necesitaba a alguien que no fuera amigo mío. Puedo darte más motivos.

—¿El cargamento era de cocaína?

—No, de utensilios de labranza. Dime quién eres y qué quieres exactamente, soy un hombre directo, no perderemos el tiempo ninguno de los dos.

—¿Por qué no me has pedido que te quite la venda?

—Porque si tu intención hubiera sido matarme, no te habrías tomado la molestia de ponérmela. Mientras la lleve puesta tengo alguna posibilidad.

Se la quité en el acto. Además se había ganado el derecho a verme. Sus ojos eran de color castaño claro; su nariz, prominente y bulbosa; el cabello que quedaba en su cabeza dormitaba en los parietales y en la nuca, ralo y cano. Era un hombre de lo más ordinario.

Mantuvo sus ojos clavados en los míos; después los desvió hacia mis manos, manchadas de sangre al arrastrar por los hombros a la bestia del dormitorio contiguo. Ni me había fijado. También había manchas en mi ropa. Aproveché la tesitura:

—Hace un rato he estado hablando con tu compañero y no ha colaborado mucho...

—Si me hubieras dicho lo contrario no te habría creído. Recuerdo al buhonero, sí, y me debía dinero. Me lo pagó. ¿Qué más necesitas saber?

—¿Cómo lograste que lo hiciera?

—Hazme la pregunta otra vez.

—Tengo entendido que te costó cobrarlo.

Se quedó callado, cavilando. Me miró con frialdad, habituado a hacerlo. Le di un guantazo.

—¿Qué haces?

—Ayudarte a no equivocarte. Ayudarte a no hacerme esperar. ¿Qué? —le requerí.

—Me costó cobrarlo, es cierto.

—Y tuviste que hacer algo especial.

No se lo había explicado bien, porque volvió a quedarse callado, porque volvió a mirarme con frialdad. Le di otro guantazo.

—¡Para! —gritó; no habría más guantazos, esta vez se lo había explicado mejor; se acordó—: Era eso... La mujer.

—Era eso.

Me senté en la cama a su lado y acerqué mi cara a la suya. Aquélla era la confirmación de que no me había equivocado, de que los fenómenos más inexplicables tienen siempre una explicación elemental. Sentí que mis entrañas se abrasaban. Que habría sido capaz de despellejar a aquel hombre con las manos como a un conejo, con el mismo cargo de conciencia.

—Quiero saber por qué —le concreté—. Quiero saber por qué una mujer que no había hecho daño a nadie en su vida apareció con un hacha en el cráneo.

—¿Qué edad tenías cuando sucedió? ¿Era tu madre?

Cogí el cuchillo. Lo miró de reojo y se disculpó:

—Yo no ordené hacer daño a tu madre, lo creas o no. —Cabeceó hacia la puerta y me desafió—: Puedes preguntarle a mi amigo, si sigue ahí.

—¿Quién lo ordenó?

—Di instrucciones a uno de mis hombres para que apremiara un poco al buhonero, no fui más concreto. Los procedimientos los eligen los que ejecutan. Y se equivocó de diana.

—Vaya —lamenté.

—Esas cosas pasan. Lo siento, no di la orden de que mataran a tu madre.

—Supongo que tampoco te afectó demasiado...

—No soy responsable de los errores de mis hombres.

—Yo diría que sí. Mando, se llama. En lo mío, cuando un hombre dirige a un equipo de campesinos, es responsable de la cosecha. Cuando un hombre dirige a un grupo de asesinos, es responsable de sus crímenes. Si no hay mando, no hay orden, y si no hay orden, no

puede malinterpretarse. Es algo que no vamos a discutir. Dame el nombre.

Me escrutó, pensando en lo que ocurriría una vez que me lo diera.

—El nombre —le acució.

—Sebastià Riera.

—El apodo, el *malnom*.

—Ganxo.

—Dónde lo encuentro.

—Hace años que no está conmigo, no tengo la menor idea. No sé ni si está vivo.

—Te voy a dar otra oportunidad.

—No te miento. Ni idea.

Me levanté, rodeé la cama y fui a la puerta.

—Te voy a dar el tiempo que tarde en hacerle las mismas preguntas al de aquí al lado. Si todavía no te acuerdas cuando vuelva, empezaremos con los dedos.

Al salir, cerré. No se movería. Fui a la cocina, me refresqué la frente y llené otro vaso de agua. Ya en la habitación de Rompehuesos, lo vacié en su cara. Despertó con un sobresalto e intentó incorporarse. A él no le quité la mordaza ni la venda, para qué. Lo único que precisaba de él era que gimiera de un modo convincente. Me senté en la cama, a su izquierda. Forcejeó y le dejé hacer. En sus manos yo habría durado menos de un minuto; me habría despedazado sin necesidad de emplearse a fondo. Aguardé a que la cama dejara de crujir y le hablé al oído:

—No tengo nada contra ti —le tranquilicé—; sólo quiero saber el paradero de Ganxo. ¿Me lo vas a dar?

Emitió un gruñido. Apoyé la punta del cuchillo en su oreja partida y le advertí:

—Sólo te voy a dar una oportunidad, a tu jefe le he dado más y no ha servido de nada. Si no la aprovechas, lo vas a pasar mal. ¿Te ha quedado claro?

Movió la cabeza y reforzó el gesto con un gruñido más moderado. Le quitó el pañuelo de la boca.

—¿Quién cojones eres? —fue su primera frase.

—Tu jefe me ha preguntado lo mismo, se ve que habéis estudiado juntos. No puedes hablar de nada que no sea lo que te he pedido, tu oportunidad está a punto de vencer. ¿Me vas a decir lo que quiero saber?

—Te voy a matar.

Ceñí de nuevo el pañuelo. Agarré su oreja y la apreté un poco. Gruñó, no demasiado. Repetí la operación con más fuerza, retorciéndosela, y obtuve gruñidos de mayor calidad. El proceso continuó hasta que fueron lo suficientemente potentes para llegar hasta la habitación de al lado. Tuve la sensación de estar retorciéndole la oreja a un marrano, había pocas diferencias. Prolongué la sesión unos cuantos minutos más, tomándome algún que otro descanso, y me di por satisfecho. Al terminar con él, su pataleo había desplazado la cama más de un metro, conmigo encima, y mi mano derecha volvía a estar empapada de sangre.

Salí de allí, cerré la puerta y entré en la otra habitación.

Massutí me miró como si también tuviera ganas de matarme. A diferencia del viejo de hacía un rato, no parecía dispuesto a contemporizar.

—No estamos avanzando nada, ¿eh? —le reocriminé.

—¿Ha sido el buhonero?

—¿Perdón?

—Si ha sido el buhonero el que se ha ido de la lengua.

—No, a la que se ha ido de la lengua ya no la conocerás, es una mujer con la que guardo secretos; peligrosa; fría y blanca como la nieve. El buhonero sólo me ha dado tu nombre y algunos datos. Durante siete años ha sido una tumba, el cabrón. Si él supiera cómo lo desacreditas a lo mejor no lo habría hecho.

Bajó los ojos hacia la sangre de mi mano y su gesto se aflojó un poco.

—¿Has recapacitado? —me interesé.

—¿Qué gano si te lo digo?

—Los dedos, es de lo primero que te he hablado.

—¿Vas a matarme?

—Sí.

Sus mejillas adoptaron un tono carmesí, la sangre inundó los mil capilares que infestaban su nariz. Apretó los dientes y masculló algo que no capté.

—No puedo esperar más —le insté—. ¿Vas a hablar?

—¿Es necesario que me mates?

Me acerqué a la cama y me senté junto a él, como antes.

—Escucha —le dije—, que la cosa no haya sido muy violenta hasta ahora no quiere decir que estemos manteniendo una conversación. Te voy a matar porque mi madre murió por tu culpa, no hay mucho más que decir; y si pudiera hacerte resucitar, lo haría para volver a matarte. Te estaría matando toda mi vida, si fuera posible. ¿Vas a decirme lo que quiero saber?

Silencio. Solté su mano derecha, la coloqué sobre la mesilla haciendo presa en su muñeca y le corté el dedo índice. Fue muy rápido. Ni yo mismo acababa de creerme lo que había hecho. Ni el grito desgarrado que había salido de la garganta del viejo; ni el chasquido con que el cuchillo de mi padre lo había cercenado. No acababa de creerme la sobriedad absoluta con que preparé la hoja sobre el dedo siguiente, ni el ánimo con que me dispuse a hacer la segunda amputación a pesar de que me hubiera vociferado ya el lugar en el que iba a encontrar a Ganxo. Oí las sacudidas con las que Rompehuesos embestía la cama de la otra habitación.

Estudié a Massutí sin apartar el cuchillo y quise asegurarme:

—Me has mentido.

—¿Por qué iba a mentirte, hijo de puta?

—Porque lo llevas dentro.

—No te he mentido —vociferó otra vez—, vive en una casa entre Santa Eugenia y Santa María.

—¿A qué distancia de Santa Eugenia?

—A un kilómetro. Después del abrevadero.

Solté su mano, que chorreaba sangre sin parar, y me puse en pie. Lo amordacé.

—Esta vez te creo. Si no lo encuentro allí, volveré a desenterrarte.

Recogí el hacha, fui a la sala, limpié el cuchillo con la cortina de la ventana rota y guardé las armas y la camisa sucia en el saco. Pasé por la cocina para lavarme las manos, volví a la sala, abrí el saco y cogí la caja de fósforos y una camisa limpia. Me la puse. De nuevo en la habitación de Massutí, encendí un fósforo sin siquiera echarle un vistazo a él. Berreaba como el demonio. Apliqué la llama sobre la ropa de la cama, entre sus pies y a sus costados, esperé a que el fuego creciera y di media vuelta. A mi espalda aún resonaban las arremetidas de Rompehuesos contra el catre y un sinfín de bramidos. Los mugidos del viejo habían cesado de forma abrupta poco después de abandonar yo el dormitorio y no lo oí más.

Salí por el mismo camino; atravesé la huerta y tomé el sendero de paso, sin apresurarme. Estaba pasmosamente tranquilo, de hecho estaba complacido; me había desembarazado de una pesadilla que había durado demasiado tiempo.

Era temprano, el sol de la tarde continuaba velado por unas nubes que se iban desvaneciendo. El fuego no tardaría en dar signos a ojos del vecindario, pero cuando eso ocurriera yo ya estaría en pleno pueblo recuperando mi caballo. Tampoco hubo en la casa gritos que hubieran podido llegar y alarmar a nadie. Todo seguía estando bien.

No me volví. Caminé pensando en mi madre y en mi padre. Si cualquiera de los dos hubiera tenido conocimiento de lo que acababa de hacer me habría escaldado vivo, con toda razón; por eso a cierta edad uno debe buscar su vida lejos de ellos; la educación no pasa de ser teoría, no alcanza a todo aquello que se deberá hacer en el futuro; ellos no deben estar cuando uno, obligado por las circunstancias y por los mismos fundamentos de aquella educación

que recibió, debe cometer actos abominables. Lo que yo había hecho tenía su origen en el sentido de justicia que mis padres me habían inculcado, el de defender a ultranza lo que uno ha querido. Aquél no era un día en el que yo tuviera que hablar con ellos, sino un día para el reencuentro; un día para estar, simplemente, a su lado.

La feria había tocado a su fin. Había brigadas de gente limpiando las calles y algunos feriantes recogiendo aún sus tenderetes. Los visitantes habían desaparecido. Me asomé a las caballerizas, en su mayor parte desalojadas. El mozo dormitaba en un rincón y di gracias al cielo por no tener que partirle la crisma también a él. Nadie podía fijarse en mi cara a aquella hora, las autoridades del pueblo ya habrían empezado a movilizarse al recibir aviso del incendio. Tomé las riendas del caballo y lo saqué de allí. Una vez fuera, monté y me dirigí a la salida de Llucmajor.

Galopé hasta Algaida por puro placer. Dejé el pueblo atrás e hice una parada en el mismo lugar en que lo había hecho en el viaje de ida, en la acequia. Decidí descansar allí al menos una hora para pensar con más claridad, y haciendo balance de fuerzas, si debía aprovechar aquella misma noche para ir en busca de Ganxo, si me convenía pasar allí la noche e ir en su busca al día siguiente, o si en último término lo más sensato habría sido regresar a Caimari para emprender la búsqueda más adelante, planeándola con mayor cuidado y ejecutándola con mayor acierto. Tenía buenas razones para abrazar cualquiera de las tres alternativas. La primera, por la urgencia, por el ansia de resolver cuanto antes el problema que suponía para mí que el autor de la muerte de mi madre todavía respirara; la segunda, que tenía visos de ser la más equilibrada, porque, por un lado, aprovecharía la inercia que llevaba desde Llucmajor y, por otro, dispondría de un número de horas considerable para recuperar fuerzas; y la tercera, porque con toda certeza era la alternativa más inteligente.

El olor del hinojo me devolvió a los brazos de mi madre. Pensé en mi padre, solo en el monte a pesar de la presencia del buhonero.

Entonces sentí, de repente, tristeza por no estar con él; y, concretamente, por no estar con él en la montaña, que tal vez era el mejor escenario que yo concebía para disfrutar de su compañía. Me sentí también algo cansado; o hueco. Me dije que todo aquello tenía que ver, por fuerza, con algún tipo de felicidad. Mi serenidad estaba intacta; la atrocidad que había cometido no me atormentaba. Me repetía a mí mismo sin cesar que todo estaba bien, que después de siete años las piezas por fin habían empezado a encajar. Que tan sólo había transcurrido un tiempo de barbecho sobre mí y sobre mi mundo.

Me quedé dormido.

Estábamos sentados en una planicie cubierta de nieve y mi padre tallaba un trozo de madera.

—¿Hay aves con fauces? —le pregunté.

—¿Dónde las has visto?

—En un papel.

—Son amenazas. Las dificultades con las que te encuentras.

—¿Tú has visto alguna?

—Algunas.

—¿Y qué hiciste?

—Seguir adelante. Tienes que creer en ti mismo, elegir un camino y seguirlo, sin dudar ni desfallecer. No hay alternativa. Muchas de esas aves las has creado tú, es algo que no podemos evitar, somos nosotros los que creamos a los monstruos.

Le pregunté por qué lo hacíamos. Él dejó la talla a un lado y me dijo que la función de los hombres era crear, aunque fuera inútil. Que él me creó a mí, que nos creamos a nosotros mismos y que algunas de aquellas aves, las más fuertes, eran obra nuestra. Cuando le repliqué que en ese caso bastaría con no crearlas él me explicó que la grandeza de la creación residía en que no tenía límites, y que así como podíamos crear cosas maravillosas,

crearíamos también a los mejores enemigos, a aquellos que no pudiéramos batir.

—Son perfectas porque las hemos hecho así —me aseguró—. Se esconden, siempre están al acecho; y un día, el que menos lo esperes, vienen. Viven dentro de ti. Siempre elegirán el momento en que puedan hacerte más daño.

—¿Te matan?

—No, te despedazan, pero te dejan vivo; así puedes verlas volver.

—Son demonios.

—Sí. A veces son personas. Otras, las más, ilusiones y deudas que nosotros mismos creamos.

—Es todo lo que hace daño.

—Eso es.

—¿Joana es una de esas aves?

Sonrió y me miró.

—Es tu camino. Tendrás que averiguarlo solo.

Al despertar, era de noche. Había un frescor dulce en el aire, un aroma de hierba.

Ensilé el caballo y me dirigí a Santa Eugenia. Estaría allí en menos de una hora. Lo único que faltaba en mi saco era cuerda, la había empleado toda en Lluçmajor, pero algo me decía que con Sebastià Riera, alias Ganxo, no iba a hacerme falta. Al contrario que en el asunto de Lluçmajor, esta vez no buscaba respuestas; tenía el pálpito de que con aquel hombre no iba a cruzar una sola palabra.

El viñedo

La finca de Ganxo era de grandes dimensiones. El cultivo predominante en aquella zona, más testimonial en el resto de la isla, era el viñedo. La mayor expansión de aquel cultivo se había producido a finales del siglo XIX, cuando los viñedos franceses se vieron afectados por la filoxera y Francia liberó aranceles para la importación de vino. Entonces, el viñedo en Mallorca llegó a ocupar cerca de treinta mil hectáreas, hasta que los franceses se recuperaron, se volvieron a endurecer los aranceles y se detectó, por si aquello no hubiera sido suficiente, la entrada de la filoxera en Lluçmajor. Los payeses pudieron salir adelante gracias a nuevas plantaciones de árboles: naranjos, olivos y almendros. En Mallorca la almendra siempre había sido una tabla de salvación; tanto para la recuperación entonces con la exportación como para uso propio. Incluso su cáscara seguía siendo en la actualidad la principal fuente de calor para los hogares. Aunque eso, lamentablemente, también estaba cambiando. La escasez de carbón y de combustibles en los últimos años había sido tal que se habían adaptado los vehículos para que funcionasen con gasógeno, y nada mejor para alimentar aquel sistema, más apreciada aún que la madera, que la cáscara de almendra. Aquello había ido, como toda escasez, como cualquier otra desgracia, en perjuicio de los payeses. Ahora los hogares eran más fríos.

Las parcelas con que me fui topando hasta el abrevadero tenían dimensiones similares; rebasado éste y un olivar, estaba la de Ganxo; la siguiente no contaba con vivienda.

Las yemas latentes de las vides habían comenzado a brotar. Los sarmientos cubrían por completo la finca a un metro de altura, alineados al milímetro hilera tras hilera y componiendo una cuadrícula sin mácula. Tan sólo un reducido perímetro alrededor de la vivienda y el camino de paso hasta la verja de entrada quedaban libres de cepas. La luz de la luna hacía de la plantación un mar de brazos levantados, un cementerio de pequeñas tumbas.

Continué hasta un soto y dejé allí el caballo; regresé a pie por la parte de atrás, atravesando otros viñedos. Antes de asaltarla, vigilé la finca de Ganxo durante unos minutos y comprobé que no había luz ni movimiento. Era todo tan apacible que tuve que extremar el cuidado para no hacer ruido. Salté el muro de piedra y anduve agachado hasta encontrarme a unos veinte metros de la casa. Era cúbica, tosca, probablemente se trataba de una antigua casa de aperos reformada. Empleé otro puñado de minutos para cerciorarme de que no había actividad en su interior y me aproximé conteniendo la respiración. Toqué la pared y empecé a incorporarme. No bien mis ojos comenzaron a asomar por la única ventana trasera, detecté un brillo, volví a agacharme y el estruendo de un disparo deshizo mis oídos. Cayeron sobre mí fragmentos de cristal y de adobe. Corrí hacia la parte delantera y un segundo disparo destrozó la ventana que acababa de cruzar. Esta vez algunos perdigones se alojaron en mi costado derecho, en la cadera. Caí, rodé por el suelo, ahogué un grito, me puse en pie y salté al interior de cabeza, con los brazos por delante, sin pensar. Vi la silueta de un hombre disponiéndose a cargar de nuevo una escopeta abierta y me abalancé sobre él. La lucha ni tan siquiera se produjo. El hombre quedó bocarriba y dejó sus brazos muertos a la altura de los hombros, renunciando a defenderse. Entonces sentí algo parecido a lo que había sentido en la casa de Massutí: mis entrañas empezaron a arder, me trastornó una furia desbocada. Descargué un puñetazo tras otro sobre aquella cabeza blanca, irreal a la luz de la luna, y lo habría seguido haciendo hasta que bajo mis puños no quedara sino pulpa; cuanto más se protegía aquel hombre con sus brazos, más fuerte le sacudía yo.

Sólo me detuve cuando aquellos brazos aflojaron la tensión, exhausto, ahogándome. Me quedé a horcajadas sobre su vientre jadeando. Él, inmóvil, a la expectativa, me miraba a los ojos sin la menor queja, como una pieza de caza, como un animal indefenso esperando el tiro de gracia.

La cadera me escocía y palpitaba contra mi ropa. Cogí a aquel hombre por la pechera, lo obligué a levantarse y lo empujé contra un sillón. Era de corta estatura, delgado. Estiré el mantel de la mesa que quedaba a mi derecha y rasgué varias tiras de tela; con las primeras le até las manos y los pies; con las siguientes vendé mi cadera por debajo del pantalón; mi herida era un palmo de carne hinchada, ensangrentada y atestada de agujeros; cada uno de ellos era un punto de sangre más oscura.

—¿Cuánto tiempo tardará en venir alguien? —le pregunté.

—¿Alguien?

—Por los disparos, hijo de puta, ¿cuánto tiempo tardarán?

—No vendrá nadie —me aseguró.

—¿Es normal que haya disparos a media noche?

—A mi casa no vendrán.

Lucía una rara calvicie, su pelo se había retirado hasta la mitad del cráneo y desde allí bajaba hacia las patillas en línea recta, como si aquel tipo llevara puesta una cofia. Le confería un aspecto insano; más aún a la luz blanca que caía sobre nosotros. Tenía ojos saltones, una nariz algo alzada, con los orificios a la vista, y unos labios carnosos.

—¿Por qué te llaman Ganxo? Ve contándomelo mientras recupero mi saco...

Salí de la casa, la rodeé y recogí el saco del suelo. Lo sacudí en el aire para desprender los cristales y volví al interior.

—No te he oído —le recliné.

—Porque usaba un gancho.

—¿Usabas? ¿Ya no lo usas?

—Estoy retirado.

Tendría la edad de mi padre.

—Siempre es bueno que la gentuza como tú se retire joven.
¿Para qué usabas el gancho? Dímelo.

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé. No sé cómo puede funcionar un cerebro como el tuyo, es algo que nadie puede saber. Dime para qué usabas el gancho.

—Para limpiar.

No podía imaginar a aquel cuerpo enclenque matando a nadie, menos todavía por oficio, pero así me lo confirmaba él, sosegado, casi gozoso en el sillón. Mis puñetazos le habían partido la ceja derecha y la nariz; fluían hilos de sangre de distinto grosor en ambas zonas.

—¿Dónde clavabas el gancho?

—Tú no quieres saber eso.

—Yo quiero saber muchas cosas; entre otras, en qué parte del cuerpo puede ocurrírsele a alguien clavar un trozo de hierro como ése; entre otras, con qué intención. Un gancho se usa para clavar y estirar, o para colgar. ¿Lo usabas para eso?

—Más o menos.

—¿Estirabas o colgabas?

—Las dos cosas.

Sonrió por primera vez. Me acerqué a él y puse mi cara a cuatro dedos de la suya; olía a alcohol y a sudor.

—Es difícil de entender —le confesé— que alguien como tú tenga el mismo derecho a respirar que el que tuvo mi madre. Uno debe vivir con eso, es así. Tú ahora no sabes de qué te hablo, doy por hecho que has dejado a unos cuantos por el camino, pero voy a dedicar un buen rato a explicártelo, para que no tengas ninguna duda de quién fue ella y de qué hago aquí.

Para mi disgusto, volvió a sonreír. Estampé mi frente contra su nariz con toda la fuerza que pude reunir; en esta ocasión sí se lamentó y hasta llegó a insultarme. Mientras terminaba de aullar, me asomé a la ventana y verifiqué que no había nadie cerca. Abrí el saco sobre la mesa y extraje el cuchillo y el hacha. Llevé una silla al

lado de aquel espécimen, me senté frente a él y dejé el hierro sobre sus muslos. Lo observé en silencio, no tanto con afán de intimidarle como para tomar medida de su monstruosidad. La misma naturaleza que había creado el encinar en el que se hallaba a aquellas horas mi padre, que había creado a mi padre, y el hielo de la casa de nieve, y a Aina, había creado a Massutí y a Ganxo, con las mismas oportunidades para sobrevivir de las que iban a disponer los primeros, sin distinción, sin lacra, sin señales de advertencia para el resto. En virtud de esa naturaleza, la función de los hombres era crear, como había dicho mi padre. Ganxo y yo éramos creaciones de otros hombres. No había una forma de vida mejor o peor que otra, yo no era mejor ni peor que él. Había vida, muerte y mecanismos que propiciaban lo uno y lo otro, nada más.

—¿A cuántas mujeres has matado? —le pregunté.

—Me falla la memoria.

Le asesté un revés que le giró la cara. Y continué, armado de paciencia:

—¿Te acuerdas ya?

—Apenas.

Levanté el brazo para propinarle un nuevo golpe y el hombrecillo se anticipó:

—Acabo de acordarme.

—¿Entonces?

—No sé, ocho, nueve...

—¿Ocho o nueve mujeres?

—Sí.

—Vaya. Bien que te hayas retirado... ¿Por qué lo has hecho?

—¿Matarlas?

—No, retirarte.

—La emoción, ¿sabes? Antes había movimiento. Ahora la tarta está repartida; las discusiones se hacen alrededor de una mesa, como si fuéramos viejas tomando café.

—Claro. Ya no hay lugar para los artistas como tú.

—Tú lo has dicho.

Me resultaba imposible dejar de pensar en mi madre. Como me sucediera en la acequia y en casa de Massutí, la sentía a mi lado, dentro de mí, sufriendo conmigo la quemazón de mi cadera, muriendo yo a causa del hachazo en su frente.

—Y ahora cultivas uva.

—Algo hay que hacer.

—¿Crees que te voy a dejar vivo?

—No —me reconoció; y rio.

Encajó un golpe más en la cara y me miró de frente, igual que antes, haciéndome dudar de si el golpe se había producido.

—¿Y no vas a suplicarme que te deje con vida? ¿Me lo vas a poner así de fácil?

—Entre artistas no tendría sentido.

Tenía razón. Entre nosotros, en aquel momento, no había diferencia.

—Lo estás haciendo bien —me animó—; tienes que hablar menos, eso sí.

El siguiente puñetazo no pudo obviarlo, cuando devolvió la cabeza a su posición aún tanteaba su dentadura con la lengua.

—¿Así mejor? —le consulté.

Asintió, yo habría dicho que él disfrutaba. Y apreció:

—Aprendes rápido, para ser un paleta de mierda. ¿Cuántos años tenías cuando pasó lo de tu madre?

—Trece.

—De haberlo sabido, te habría llevado conmigo después de arreglar a tu madre. Nos lo habríamos pasado bien.

No pude contenerme, le golpeé hasta que me dolieron los nudillos, a destajo, sin juicio. Cuando terminé, su cara apenas era reconocible bajo la sangre. Su labio inferior colgaba de un lado, partido cerca de la comisura izquierda. Él había perdido la consciencia y el sonido de su respiración me llegaba con un tenue burbujeo.

Aproveché el receso para convencerme a mí mismo de que aquél no era el camino. No podía negar que en mis adentros se había

desencadenado un placer intenso con la paliza que le había dado, porque había sido así; había satisfecho una necesidad irracional y desmesurada de hacerle daño. Pero ante todo, y acaso aquél fuera el único matiz que nos distinguía, debía ser yo quien marcara la pauta, y no él. Él no podía obligarme a perder los estribos.

Me cansé de descansar, de recordar a mi madre, de contemplar el cementerio blanco en que se había transformado el viñedo. No había acudido nadie tras los disparos, no me había mentido. Fui a la cocina, cogí una botella de cazalla y me senté frente al guiñapo del sillón. Vertí un chorro de licor sobre su cara y sonreí al escuchar su gimoteo. Tosió, salpicándome de espumarajos, y me insultó. Retomé la conversación:

—¿Puedes hablar?

—Te digo que hablas demasiado. ¿Quieres hablar otra vez? —protestó; quiso sonreír, pero al estirar la cara, el dolor le forzó a retraer el cuello y se contuvo—. ¿Qué quieres saber, Marc?

Una vez más logró impresionarme. Le escudriñé, deslumbrado, buscando una explicación al hecho extraordinario de que supiera mi nombre. En ese instante me vinieron a la cabeza los disparos y la súbita idea de que aquel indeseable me había estado esperando; efectivamente, no había sido azar ni un celo fuera de lo común por su parte, en plena noche, lo que le había llevado a descubrirme al aproximarme a la casa; yo no había hecho ruido ni había cometido ningún descuido. Ganxo sabía que yo iba a ir a buscarle. Massutí y los suyos no podían haberle avisado. Me adelanté hacia él. El dolor no le impidió sonreír esta vez. Yo estaba atónito. Sólo se me ocurría un nombre y se escapó de mis labios:

—El buhonero...

Él no dijo nada; me estudiaba y sonreía.

—¿Cuándo? —acerté a preguntar—; ¿cuándo te ha hablado de mí?

—El viernes. Ayer. Se presentó a la hora del almuerzo, ¿qué te parece?

Al hablar, salía algún silbido de su boca, su pronunciación fallaba.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Toda la tarde. No tenía prisa por volver a casa, no tenía ganas de verte.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Hace tiempo.

—¿Cuánto?

—Unos siete años.

Unos siete años. Eché la vista atrás y traté de recordar cada palabra y cada gesto del buhonero durante aquellos siete años, durante el barbecho del encinar y de mi propia vida. También traté de recordar sus ausencias, los motivos que alguna vez me diera Aina para aquellas ausencias. Aina no podía saberlo, habría sido algo que yo no podría soportar. Ni Arnau. En cuanto a Joana, cabían reservas. Por qué si no me habría puesto sobre la pista del buhonero.

—¿Conoces a Joana Grimalt?

—¿A quién?

—A la señora de Son Alzina.

—No, pero me la puedes presentar, seguro que nos hacemos amigos.

Me sentía profundamente estafado, engañado en lo más hondo, en los rudimentos. Me sentía humillado y ridículo. Entonces caí: había dejado al buhonero con mi padre. Salté de mi asiento pero me contuve. No debía perder los nervios. El buhonero no le haría daño, no ya por ninguna fidelidad que ahora sonara a chanza, sino porque no tenía nada que ganar con ello y sí mucho que perder. Mi padre no suponía ningún peligro para él. A menos, y volvió a congelarse la sangre en mis venas, que hubiera visto algo aquella noche. Pero no podía ser. Si mi padre hubiera descubierto el menor indicio que implicara al buhonero, el buhonero haría siete años que sería ceniza. Mi padre habría quedado catatónico después de hacerle picadillo, no antes. Enterré la cara entre las manos y me obligué a pensar, a trazar un plan mínimo.

Ganxo se lo estaba pasando en grande.

—Cuéntamelo todo —le urgí.

—¿Y por qué iba a contarte a ti nada?

—Por el mismo motivo por el que has hablado hasta ahora. Por lo que tú quieras. Hazlo, no tengo tiempo para amenazarte.

—Vas a matarme.

—Ni lo dudes.

—Sé que vas a matarme, lo sé desde que el buhonero me dijo que ibas a ver a Massutí. El viejo siempre fue un cobarde. ¿Lo has matado a él?

—Sí.

—Muy bien. ¿Sufrió?

—Sí.

—Mucho mejor. ¿Sabes que era un *puta foraster*?

—Ganxo, no tengo tiempo. Te voy a matar porque es lo que tengo que hacer. Si no hablas, antes de matarte te voy a ir cortando los dedos uno a uno, como al viejo. Si eso no funciona, te voy a ir martirizando así como se me vaya ocurriendo, improvisando. Y si finalmente no he conseguido que hables, se lo sacaré al buhonero. Pero una cosa u otra, la que elijas, tiene que empezar ya.

—¿Le cortaste los dedos a Massutí? —Rio—. Yo lo habría hecho por ti, seguro que lloró como una niña...

Cogí el cuchillo que había dejado en sus piernas y él cabeceó:

—No va a hacer falta —me aseguró—. Eres un paleta de mierda y sé que de ésta no voy a salir, pero te lo voy a contar. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque con cargarte al viejo, nada más que eso, ya te lo has ganado; porque viniendo a buscarme a mí, con dos cojones, también te lo has ganado; pero, sobre todo, porque el buhonero nunca me ha gustado. Merece todo lo que se te ocurra hacerle.

No debía interrumpirle. Si el buhonero había decidido hacerle daño a mi padre, había tenido tiempo de hacerlo. Ya lo habría hecho.

—Massutí siempre tuvo una debilidad —comenzó—: el dinero. Cualquier cosa podía esperar menos eso. El buhonero, un inútil, uno

de esos hombres que uno siempre se pregunta qué hace aquí, con el resto de la humanidad, le debía mucho dinero. No sé exactamente en qué la pifió, una carga, pero tenía al viejo muy cabreado. No era la primera vez. Intentó recuperar su dinero durante un tiempo y de varias formas hasta que se hartó. Entonces me llamó a mí. Llámame a mí, y no es por echarme flores, siempre es una solución. ¿Te lo crees?

—Me lo creo.

—Deberíamos habernos conocido en otras circunstancias.

—Continúa.

—El caso es que me pidió expresamente que fuera a hablar con aquel inútil y que no volviera sin el dinero, de modo que fui a Caimari. El buhonero estaba perdido por el mundo, de ruta, y no me quedó más remedio que esperarle. Pasé allí unos días, en tu pueblo, que no es muy divertido, por cierto, hasta que uno de mis chivatos, un niño que casi podrías haber sido tú, fíjate, me avisó de su llegada. Muy tierno, el niño, con aquella manita pendiente de unas monedas... Perdona, es que estas cosas me ponen muy tonto. —Rio como pudo, escupiendo, silbando—. Ay. El hombre al que estaba esperando ya se encontraba en Caimari. No había hecho escala en el pueblo, había seguido camino hacia su casa. Estaba anocheciendo. Monté en mi caballo y seguí las indicaciones que me había dado el niño. En unos minutos le alcancé. Até mi caballo al carro y me senté con aquel hombre; le hice compañía hasta que entendió cuál era mi cometido. Se puso a gemir. Después a llorar. Y al final, no te lo vas a creer, saltó del carro, se echó en tierra y lloriqueó un rato más, prometiéndomelo todo, suplicándome que no la matara.

—Que no mataras ¿a quién?

—A su hija. Le dije que me habían ordenado darle un escarmiento cobrándome la vida de su mujer, pero el muy incapaz había perdido también a su mujer, de forma que tuve que rebajar un poco mis exigencias.

—¿Massutí te pidió que mataras a su mujer?

—No, la manera de recuperar el dinero corría de mi cuenta. Ése era sólo uno de mis procedimientos. Tengo unos cuantos, todos ellos eficaces. ¿Ves como es una lástima que no pueda transmitírselos a nadie? No, lo de matar a alguien de su familia lo decidí yo, no falla nunca. Sí es cierto que algún otro antes que él, en el mismo caso, me plantó cara, pero el cobarde de tu amigo ni lo intentó. ¿Qué puede decirse de un hombre que no tiene valor para defender a los suyos? Más cuando el asesino es alguien menudo, como yo. ¿Tú qué habrías hecho?

—¿Por qué tenías que matar a nadie?

—Porque cuando amenazas a un hombre con matar a alguien de su familia se le revuelven los higadillos, ¿me comprendes? No hay nada como eso. Si no consigues de él lo que quieres con ese método, pocos quedan. Aunque hay algo más.

Me pidió agua. Se la traje. Bebió, derramándose la mitad del líquido por su comisura rota.

—Me has hecho un buen destrozo, ¿eh?

—Sigue.

—El método no tendría nada de especial si no hubiera algo más. La decisión de matar a alguien fue mía. ¿Por qué? Porque cuando el desgraciado en cuestión ha llegado al punto al que había llegado el buhonero, es decir, al de prometerte todo lo que tiene para evitar esa muerte, es fácil, además de hacer tu trabajo, obtener unos ingresos inesperados. ¿Cómo? Convenciéndole de que a cambio de alguna contraprestación, puedes equivocarte de víctima. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes la jugada, Marc?

Bajé la cabeza y vi que mis dedos temblaban. Entonces temí que mis fuerzas no bastaran para terminar aquello que había empezado. Necesitaba estar lejos, no ver nunca a nadie más, convertirme en humo.

—¿La entiendes, no? —me repitió—. Perdona, es que te has quedado un poco idiota.

—¿Quién decidió matar a mi madre, tú o él?

—Yo. Todo lo decidía yo. Le pregunté por sus vecinos; si mataba a alguien por error, por haberme equivocado de casa, pongamos por caso, tenía que elegir a alguien que viviera cerca de él, ¿no? Que vosotros fuerais sus únicos vecinos no lo decidí yo, eso no. Eso fue una fatalidad. O una suerte, según se mire. Gracias a eso nos hemos conocido, seguro que estás contento. Juraría que has aprendido mucho.

Cogí el hacha torpemente. Dudé si sería capaz de ponerme en pie, si mis piernas resistirían mi peso.

—Tú ya has conseguido lo que habías venido a buscar; ahora vas a matarme y vas a marcharte. Las cosas funcionan así, no tienes que reprocharte nada. Piénsalo cuando hayan pasado unos días y te acuerdes de mí.

—¿Qué precio le pusiste a mi madre?

—¿Cómo?

—¿Qué le pediste al buhonero a cambio?

—Una muchacha.

—¿Una muchacha?

—Sí, que me trajera una muchacha a la que nadie fuera a echar en falta. Para esos momentos tontos. No iba a casarme con ella, ya sabes, y tampoco he creído nunca en las relaciones largas. Para un par de días, tres.

—¿Te la trajo?

—Ése qué me iba a traer, si le viene justo mear.

—¿Y no tomaste represalias?

—No, porque cada año venía a verme con una suma de dinero variable, la que podía reunir, y con eso iba ganando tiempo. Cada vez me confesaba entre sollozos que no podía hacer lo que le había pedido y me prometía que me traería mucho dinero, que no podía hacer otra cosa. Yo le decía que un día iba a tener un disgusto, pero no había manera. De vez en cuando he ido a tu pueblo y he espiado a su hija. Un manjar. Si no hubieras venido a verme, antes o después la habría tenido. Decididamente esa niña nació con una flor

en el culo: la primera vez la salvó tu madre y esta otra la has salvado tú. ¿No es gracioso? Reconoce que es gracioso.

—¿Tienes algo que ver con dos hombres que la han estado acosando? Uno de ellos tiene un ojo blanco.

Volvió a reír, ahora sin cuidado.

—¿Dos hombres? Madre mía, la hija del buhonero es un filón, arrímate a ella y no la dejes escapar...

—¿Tienes algo que ver?

—No.

—¿El buhonero te pidió que me mataras?

Sus ojos, anegados de sangre, se clavaron en mí.

—Pretendía saldar su deuda conmigo con la advertencia de que vendrías. Aunque yo no tenía muy claro que le sacaras mi dirección a Massutí, todo hay que decirlo. El buhonero te entregó a ti a cambio de la muchacha que le había pedido. Y sin saber siquiera que la muchacha que yo me iba a cobrar vista su incompetencia era su propia hija. El buhonero debe pagarlo. Pero hazme un favor: no lo mates por lo que te ha hecho, mátalos por imbécil.

No sólo había recuperado mis fuerzas; me sentía capaz de exterminar a un ejército. Me puse en pie y le anuncié a Ganxo que no me quedaban más preguntas.

—Válgame Dios —exclamó—. Ahora viene cuando tienes que tirar de huevos, a ver cómo lo haces.

Le miré sin prisa, sin temblor. No necesité ayuda. No pensé en mi madre, ni en mi padre. No pensé en nadie. Lo hice porque entonces no había nada que deseara más en el mundo que partirlo en dos.

La fiebre

Tardé poco más de una hora en llegar. Había hecho una parada en Binissalem para ajustarme el vendaje y aliviar el dolor; si bien la herida no parecía grave, para un jinete, la cadera no era el lugar idóneo para alojarla.

Lo primero que vi desde el encinar fueron los penachos de humo de la *sitja*. Aquello me tranquilizó. Durante el regreso mi preocupación acerca de mi padre, en manos del buhonero, había sido relativa. Aun asumiendo que el padre de Aina había resultado ser un hombre muy distinto del que creía haber conocido, no tenía el menor sentido que causase daño alguno a mi padre. Sus labios estaban sellados. En el hipotético caso de que la noche en que mataron a mi madre mi padre hubiera visto algo que incriminara al buhonero, éste no debía temer nada. A eso podía sumarle su cobardía natural, que nos había llevado a todos, incluida, en especial, su hija, a vivir en peligro.

La luna iluminaba el claro de la *sitja*.

Espoleé suavemente al caballo y me acerqué muy despacio. Mi padre vigilaba el fuego desde el camastro de la cabaña, distinguí el brillo de sus ojos allí dentro. El buhonero estaba tirado en el suelo, roncando, desmadejado a mis pies. Bajé del caballo, entré en la cabaña y abracé a mi padre. Él me miró unos segundos, no más, y devolvió sus ojos al exterior.

Desperté al buhonero de una patada. En cuanto me vio, su primera reacción fue incorporarse, pero interrumpió la maniobra y se quedó acodado en el suelo, sondeándome.

—Marc —susurró.

—¿Cuánto has bebido?

—¿Qué?

—Que si estás borracho.

Se puso en pie y se sacudió la ropa.

—No, no lo estoy, ¿por qué?

—Porque tienes que ir a mi casa, coger unas pinzas que guarda mi padre con los aperos de caza, una botella de alcohol y vendas. Vuelve aquí en cuanto lo tengas todo, tienes que sacarme unos perdigones.

—¿Estás bien?

Aquel hombre estaba aterrorizado. Cabía la posibilidad de que una vez partiera hacia mi casa, no regresara. Le alargué la llave.

—También tienes que traerme pantalones y una camisa.

—¿Qué te ha pasado?

—Adivina. —Se encogió visiblemente—. Muévete.

Recorrió con la mirada las manchas de sangre de mi ropa hasta mi cintura, donde la mancha era más oscura. Después me miró a la cara.

—Marc...

—Que te muevas.

Subió a su caballo y se marchó.

Me dejé caer de rodillas, rendido, y examiné mis manos y mi ropa. Había tal cantidad de sangre que yo mismo me escandalicé. Me pregunté cómo podía proceder toda de un mismo hombre. Recordé los puñetazos, el hachazo, que partió su cabeza en varios trozos, y no en dos mitades, como si la hoja hubiera actuado a modo de martillo. Mi mano derecha estaba hinchada y dos de los nudillos abiertos.

Avivé el fuego de la hoguera y quemé las dos camisas. Después cogí un odre de agua y fui al encinar para lavarme. Al volver, limpio y fresco, me sentí más cansado aún. Me senté en uno de los troncos que había junto al fuego y contemplé la *sitja*. Podría haberme quedado allí para siempre, no habría necesitado nada más. No tenía

nada más que hacer. Había cumplido un sueño, porque se trataba de eso, de un sueño que ya había tenido de niño, el de ajusticiar a quienes habían matado a mi madre; un sueño que se había repetido muchas noches; y había sido un sueño de adulto, de un hombre que no habría podido seguir viviendo sin saber lo que ahora sabía. Todo había sido un sueño, tanto aquellos siete años como el fin de los asesinos.

Quedaba el Búho. Pero el Búho pertenecía a un nuevo sueño. El de los errores, el de otro tipo de asesinos, el de los que daban sentido a los primeros.

Desalojé amablemente a mi padre del camastro, desabroché mi pantalón, coloqué una lámpara sobre una banqueta a mi derecha y me tumbé bocabajo. Se me había pasado por la cabeza que quizá el buhonero tratara de quitarme de en medio aprovechando mi indefensión, pero rápidamente lo desestimé. Ni tenía coraje para hacerlo ni sabía lo suficiente para sentirse amenazado. Dejó la llave de mi casa junto a la lámpara.

La extracción de los perdigones fue muy dolorosa. A las manos inexpertas de quien acometía la tarea debía de haberse sumado la inflamación de la cadera y alguna complicación adicional. El buhonero me informó de que, además de las perforaciones, algunos perdigones me habían desgarrado un pedazo de carne. Había un mordisco de un par de centímetros en el contorno de la piel.

—Te han disparado de cerca —tanteó.

No respondí. Me habían disparado, y de cerca, gracias a él, pero el grueso del disparo se había quedado en el marco de la ventana. De no ser por eso, todo habría acabado antes, allí, en aquella suerte de cementerio blanco configurado por el viñedo.

Dio por finalizado su trabajo echando un chorro abundante de alcohol sobre la herida. Me sentí morir. Me puse en pie y ciñó la venda alrededor de mi cintura con fuerza. El dolor, no sabía ya si por

simple acumulación o a causa de una nueva intensidad, me obligó a acostarme. Estaba amaneciendo.

—Tienes que quedarte hasta esta tarde —le ordené—. Si no estoy mejor tendrás que llamar a alguien.

—Conozco a un médico que no abriría la boca.

—Estoy seguro.

—¿Quieres que lo traiga?

—No quiero que hagas nada más que lo que yo te diga. Por si se te ha olvidado, ten por seguro que voy a acabar contigo. No será ahora, pero yo en tu lugar iría haciendo planes. Iré a buscarte allá donde te metas.

—Marc, no sé qué te habrán dicho...

—¿Recuerdas que te dije que Aina quería marcharse? A partir de este momento y aparte de la deuda que tienes con la señora, cada céntimo que entre en tu bolsillo será para tus hijos, no tendrás que contentar a nadie con él. Procura hacerte con una buena cantidad.

—Escúchame...

—Sal de aquí y espera.

Mis ojos le siguieron al abandonar la cabaña y reparé en mi padre. Estaba de pie, fuera, y me miraba. Cerré los ojos mientras aún lo hacía y me sentí mejor.

Íbamos en un barco pequeño, de unos quince metros de eslora. La cubierta era de madera. Era la primera vez que pisábamos un barco. Navegábamos por un río en dirección al mar y las orillas estaban infestadas de vegetación. Mi padre estaba en la proa, tallando un cuerpo de mujer en un mástil, y nos señalaba repetidamente distintos puntos de la orilla. Yo me esforzaba por averiguar qué era lo que nos indicaba, pero no distinguía nada más allá del manto de color verde. Mi madre estaba detrás de mí. Tenía cogida mi mano y estaba sentada, su voz me llegaba desde abajo. Me contaba la forma en que conoció a mi padre y deploraba que las cosas no hubieran ido como ella esperaba. Me decía que no bastaba con

querer a alguien, que la mayor parte de las veces las circunstancias eran las que definían las líneas que cada uno iba a seguir. Me pedía perdón por no poder garantizar un futuro mejor para mí, por haberme traído al mundo cuando ella misma no había logrado ser feliz. Empleaba palabras muy sencillas y directas, como si yo fuese un niño pequeño.

No había nadie al timón, pero la rueda se movía a un lado y a otro con golpes rápidos y precisos, orientando siempre la nave hacia la mancha azul que se divisaba al final del río. El olor del mar nos llegaba a ráfagas.

Mi padre, poco a poco, dejó de tallar y volcó su atención en la orilla. Una bandada de aves enormes, de color blanco, salió de la vegetación y se dirigió hacia nosotros con aleteos pesados y amplios. Emitían graznidos horribles que resonaban por toda la cuenca del río. Mi padre se acercó a mí, puso sus manos sobre mis hombros y me sonrió. Las aves venían a cientos, produciendo un ruido ensordecedor. A medida que se acercaban vi que abrían unas fauces como cavernas; los graznidos y el fragor de sus alas apenas me permitieron escuchar a mi padre. «No llegaremos —me dijo—, pero no importa, ¿lo entiendes?»

Abrí los ojos. El resplandor del sol difuminaba las siluetas de los cuerpos, los troncos, las herramientas de mi padre, a mi padre. Estaba sudando y me dolía la cabeza. Al buhonero no lo veía. Lo llamé y tardó en aparecer; se asomó a la puerta de la cabaña, se quedó allí y oí su voz sin escucharle. Ahora aquel hombre sí tenía motivos para sentirse amenazado; le había anunciado que lo mataría; sin embargo, le seguía faltando coraje para deshacerse de mí, le faltaría todo lo que diera de sí su vida. Además, yo nunca lo haría, llegado el caso, allí; demasiados hombres y mujeres que nos conocían, demasiados hijos.

—Esto no va bien —le informé.

—¿Quieres que vaya a dar aviso?

—¿Qué hora es?

—Las tres.

—Esperaré hasta media tarde. Si estoy dormido, despiértame; y si no estoy en condiciones ni de hablar o a tu juicio he empeorado, tienes que ir a avisar a la señora.

—¿A la señora? No me recibirá.

—Te recibirá si le dices que vas de mi parte. Le dices que necesito que venga; que la acompañen un par de hombres, uno para quedarse con mi padre y el otro para ayudarme a subir a un carro. Si vienen, no pueden ver la sangre, de modo que me tapas con cualquier cosa; y lleva mucho cuidado con abrir la boca. A ella basta con que le digas que yo se lo explicaré. Que tengo fiebre y una herida de perdigones que no debe ver ninguno de sus hombres. ¿Te has enterado?

—No te preocupes.

—Tus hijos vendrán mañana con las provisiones. Lo que les cuentes a ellos corre de tu cuenta.

—Yo me ocupo.

—Búho...

—¿Qué?

—Te voy a hacer una advertencia: si se te pasa por la cabeza largarte de aquí ahora mismo sin avisar a nadie, pensando que con un poco de suerte no salgo de ésta, te garantizo que iré yo a la posesión aunque tenga que ir a rastras. Y llegaré, dalo por hecho.

—No se me pasaría por la cabeza, Marc.

—Sí se te pasaría si no se te ha pasado ya. Pero sería lo peor que podrías hacer, porque en cuanto me recuperase no me importaría que tus hijos me vieran degollarte. ¿Te has enterado también?

—¿Cuándo podré hablar un rato contigo?

—Tuviste siete años para hacerlo, has perdido el derecho.

—¿Qué te han dicho?

No podía seguir hablando, la cabeza me dolía como nunca y mis ojos se cerraban. Había infección, no cabía duda, a causa del disparo o de la extracción de los proyectiles; el calor y unas penosas

condiciones higiénicas la habrían acelerado y esperar a media tarde no serviría para nada, pero debía intentarlo; a pesar de que ella posteriormente no quisiera cobrársela, no quería contraer una deuda con Joana si no era imprescindible. O quizá sí querría cobrársela, por qué no. Aunque yo no las viera, había aves blancas y monstruosas en las orillas.

—¿Has cerrado las ventanas? —me preguntó mi padre.

—Sí.

Caminábamos hacia la *sitja*. Era de noche y en el bosque había un silencio inaudito. Pensé que todos los animales estaban agazapados entre las frondas, observándonos avanzar a mi padre y a mí por el sendero.

—¿Estás seguro de que las has cerrado?

—Sí, pero puedo volver a comprobarlo. ¿Quieres que vaya?

—No, ahora ya es tarde.

Miré hacia atrás. Nuestra casa todavía quedaba a la vista.

—Si voy corriendo, será un momento —le insistí.

—No puedes volver atrás, Marc. Ahora sólo podemos ir hacia delante.

Proseguimos. Yo iba volviendo la cabeza de tanto en tanto para vigilar la casa, que paulatinamente se iba convirtiendo en un punto más pequeño. No entendía por qué mi padre no me dejaba ir, yo sabía que podía llegar allí en unos minutos, era el niño que más corría de cuantos conocía.

Me paré. Él anduvo un poco antes de darse cuenta y volvió sobre sus pasos. Se acuclilló a mi lado y me dijo:

—Si corres, llamarás la atención de los pájaros y será peor. Si vuelves andando, llegarás tarde y además tú también correrás peligro. Lo único que podemos hacer es seguir adelante. Eso tampoco nos garantiza que nos dejen llegar a nosotros, pero no podemos hacer otra cosa.

—Como en el río, entonces.

—Parecido.

—Pero en el río ella estaba con nosotros.

—Estábamos solos tú y yo, Marc.

—No, ella estaba detrás de mí, yo la oí.

—La oíste porque yo la estaba creando otra vez en el mástil, tallándola, ¿te acuerdas?

—No, tenía mi mano cogida. La toqué.

—La tocaste porque yo estaba tocando la madera.

—Pues vuelve a tallarla.

—Tu madre aún está viva, por eso no puedo tallarla.

—Ah. —Respiré.

Ya habíamos perdido de vista la casa cuando oímos un graznido sobre nuestras cabezas. Cogí la mano de mi padre y caminé a su lado, mirando alternativamente distintos puntos de un cielo negro como boca de lobo. Otros graznidos comenzaron a oírse entre los árboles. Él no desviaba su atención del camino y yo trataba de imitarlo, pero cada sonido emitido por las alimañas me sobresaltaba. Solté su mano al notar que en mi interior el miedo dejaba paso a la indignación, al rencor y, por fin, a la rabia.

Constantemente miraba atrás, esperándolas, hasta que un sonido que me resultaba familiar me hizo volverme hacia delante. Mi padre había sacado un trozo de madera del saco y había empezado a tallarlo. Entonces las lágrimas brotaron de mis ojos, incontenibles, y le confesé:

—Quiero que vengan.

—¿Por qué quieres que vengan?

—Porque voy a matarlas a todas.

Él sonrió y continuó tallando, pero al fijarme mejor vi que no estaba tallando una mujer, sino un niño. Le pregunté a mi padre si ahora él estaba solo y me respondió que sí.

La cabeza del buhonero estaba muy cerca de la mía. Sus hermosos ojos azules me examinaban minuciosamente.

—¿Piensas acercarte más? —le pregunté.

Se echó hacia atrás de golpe.

—¿Estás mejor? Has estado delirando.

Me tocó la frente y me ofreció agua. Lo cierto es que yo estaba destruido, ni siquiera fui capaz de sujetar el odre con las manos. No, definitivamente no estaba mejor.

—¿Qué hora es?

—Las seis.

—¿Has avisado a la señora?

—No, estaba valorando si ir a buscarla cuando te has despertado.

—No hace falta que valores más. No olvides que tiene que venir alguien para acompañar a mi padre unos días.

En cuanto le dije eso mis ojos volvieron a cerrarse. Imágenes sueltas empezaron a sucederse en mi cabeza, de Massutí, de Ganxo, de mi padre; me vi agachado en la casa de Lluçmajor, mirando por el ojo de la cerradura de la puerta de entrada cómo se acercaba Rompehuesos arrastrando a un viejo borracho; vi un cementerio plagado de tumbas pequeñas, como si todas fueran tumbas de niño; vi a Aina marchándose de Caimari en un carro sin volver la vista atrás, con el cadáver de su padre en la caja, junto con las pertenencias que había decidido llevarse. Yo también estaba en el carro convertido en un juguete. Después estuve perdido en la oscuridad, sin saber hacia dónde ir, llamando a mis padres. Sentía gran pesadez en la cabeza, una presión de un cuerpo extraño que había dentro y pugnaba por salir. Supe que era una de aquellas aves blancas con fauces, llenas de dientes; se había metido en mi cabeza mientras dormía, graznando y graznando, sin parar, como si no quisiera que yo olvidase que, aunque no las viera, seguían ahí; que siempre seguirían ahí. La presión fue en aumento hasta que mi cabeza explotó. El ave por fin quedó libre, desplegó sus alas y salió volando. A mí me llevó prendido por sus garras y vi la tierra desde arriba; sobrevolamos Consell, Binissalem y Caimari y volamos más allá hasta aproximarnos al mar. Allí descendió y se ocultó en la vegetación. Entre las ramas había miles de aves, todas al acecho de

un barco que navegaba río abajo. Quise gritar para avisar a los tripulantes, pero de mis pulmones no salía aire, sino pequeños graznidos. El ave giró el cuello hacia mí y bajó las fauces hasta mi boca; me ofrecía los trozos de carne que colgaban de sus dientes. Logré deshacerme de su presa, salté y caí al agua. Fui nadando hasta el barco, me encaramé a él y me dejé caer dentro.

No había nadie. El timón se movía solo y la nave se dirigía al mar. Sabía que no llegaría, pero no importaba. Bajé al camarote, me hice con un cuchillo, regresé a la cubierta y fui al mástil. Cuando la talla que estaba haciendo en él tomó una forma reconocible de hombre, mi padre tocó mi hombro y me pidió el cuchillo. Él talló otra vez a una mujer y mi madre apareció sentada en cubierta, sonriente, contemplándonos a los dos.

—Volvemos a estar juntos —le dije a mi padre.

—Nosotros no estamos en el barco, Marc. Estás solo.

—Pero no importa —le repliqué.

—Eso es.

Me sonrió y me señaló el mar.

—Hay que ir hacia allí.

—Lo sé.

Tomé el timón y me sentí bien. Mi madre se acercó por detrás y deslizó sus dedos entre mi cabello, acariciándome la cabeza.

El cielo se nubló. Millares de aves blancas lo cubrieron y se abatieron hacia el río. Mi padre seguía tallando en el mástil, pero yo no distinguía ninguna forma en especial; parecían puntos y cuadrados. Cuando terminó, el barco se llenó de nieve y de cubos de hielo. Mi padre se levantó y observó su obra satisfecho. Entendí la fascinación que el hielo le producía; sus brillos iluminaban el barco; el hielo era agua y era luz, e irradiaba en las tinieblas que se habían cernido sobre el río. Después me miró y sonrió, exactamente en el mismo instante en que los graznidos destrozaron nuestros oídos, en que las alas comenzaron a agitar la nieve, en que las garras empezaron a despedazarnos.

Joana

En primer lugar oí una voz de mujer. Más tarde, como si las voces no participasen de la misma conversación, la de un hombre. Después hubo un largo silencio y finalmente, no sabía si había transcurrido mucho o poco tiempo desde que había oído las voces, abrí los ojos.

No era mi habitación ni estaba soñando. Lo recordé todo de golpe. Volví a sentirlo todo, absolutamente todo, de golpe. Y al contrario de lo que debería haber ocurrido si en mi interior hubiera quedado un rastro de conciencia, era feliz.

La voz de mujer se oyó otra vez.

—¿Cómo estás?

Joana estaba sentada en una butaca a mi derecha, inclinada hacia mí.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Dieciocho horas.

Nada menos. Había estado desconectado del mundo casi un día entero. Mi cuerpo aún estaba resentido; tenía la sensación de haber sido vapuleado de arriba abajo, desde la cabeza hasta los pies, y, no obstante, notaba en la piel un hormigueo agradable, el de quien ha descansado también a conciencia o ha superado una dolencia grave.

—¿Mi padre?

—Acompañado, no te preocupes por él.

Era lunes. A aquellas horas Aina y Arnau estarían en la *sitja*. Lo que les hubiera contado su padre era de todo punto inimaginable para mí; no quería pensar en aquel hombre.

—Aún tienes un poco de fiebre —me puso al día Joana—; si la previsión se cumple y no hay complicaciones, en un par de días podrás levantarte.

—¿En un par de días? —Me alarmé.

—Tenías un pequeño desaguisado. Entre la herida en sí y los cuidados del que te extrajera los perdigones has tenido suerte de no estar ahora en un sanatorio. Has estado a un pelo.

Ese pelo al que ella se refería era la línea que marcaba la diferencia entre estar en manos de las autoridades o no estarlo todavía. No sabía quién me había atendido ni si la noticia de mi herida por arma de fuego había trascendido aquellas paredes. Deduje que no. En caso contrario junto a mi cama no se encontraría sólo Joana. Le debía una explicación, por tanto, y bien se la daría a continuación, en algún momento, bien ella me la pediría.

—¿Cómo voy a estar dos días aquí?

—Yo estoy encantada. —Me sonrió—. Y tu padre estará asistido en todo momento, tanto si permanece en la *sitja* como si no. Podrías quedarte más de dos días y yo seguiría encantada.

Superado el primer sofoco, admití que no podía estar en mejor lugar. A la *sitja* le quedaba una semana por delante, y quienes pudieran echarme en falta allí, esto era, mi padre y los hijos del buhonero, no eran motivo de desasosiego. El primero se comportaría del mismo modo estuviera yo con él o no, y en cuanto a los segundos, su padre se cuidaría bien de mantener la situación bajo control. O no; en vista de lo que Massutí y Ganxo me contaron acerca de él, no era un hombre que se distinguiera por su buen hacer; lo resolviera bien o no, en cualquier caso, yo no tenía que ocuparme de eso. Bastante tenía entre manos.

—Una vez que pueda levantarme, ¿cuántos días más tendré que quedarme?

—¿Te molesta quedarte conmigo?

—Me molesta no valerme por mí mismo. A ti sólo puedo estarte agradecido. La verdad es que si tú no me hubieras ayudado, no sé qué habría hecho. Tómallo en lo que vale.

Frunció un poco el ceño y me preguntó, sin comentario previo:
—¿Has sido tú?

Me quedé helado. Joana era capaz de pasar de un tema a otro en décimas de segundo; era capaz de pasar de agasajarme a comprometerme, de hacerme sentir bien a alimentar hacia ella la mayor desconfianza.

Seguía habiendo en sus rasgos algo que me arrebatava brutalmente. Sus labios; finos, de una belleza insuperable. De ellos salió otra vez la misma pregunta:

—Has sido tú, ¿verdad?

El buhonero no se lo habría dicho. Habría seguido rigurosamente mis instrucciones.

—Me sorprende que ya se sepa. Qué se dice.

—Que a uno de Santa Eugenia le han aplastado la cabeza. Con saña.

—¿Por qué crees que he sido yo?

—Porque se ve que el desgraciado antes de que le aplastaran la cabeza pegó un par de tiros. Y porque había sangre de dos personas. El médico me ha dicho que hay una alerta general por si aparece alguien con herida de escopeta.

—¿Quién es ese médico?

—Un amigo de la familia. No hablará.

—¿Por qué estás tan segura?

—Hay cosas que sí arregla el dinero.

—¿Seguro?

—Descuida, sé lo que digo.

—Lo que significa que ahora estoy en tus manos...

Se rio.

—En efecto. —Volvió a reír—. Mira que lo he intentado, tenerte en mis manos, y al final lo mejor ha sido dejarte hacer a ti.

—Tú también corres un riesgo.

—Por algo hay que jugársela.

—¿A qué me obliga esto contigo?

—A nada que no estuvieras obligado antes.

De nuevo sentí aquella pulsión inexplicable que me asaltaba al estar con ella. Vinieron a mi cabeza las aves blancas.

—Hay otros aparte de ese desgraciado —le confesé.

—Lo suponía.

Se levantó, me tocó la frente y me anticipó:

—Ahora te subirán un medicamento y algo para almorzar. Hablaremos luego.

Durante toda la tarde estuve intranquilo. A ratos, apurado. Me di cuenta de que tal vez con la precipitación de los acontecimientos, había hablado de más. Y no en lo referido a Joana, con quien no podía estar más expuesto, sino en lo que respectaba al buhonero.

Enterado yo a través de la señora de que me estaban buscando, y habiéndole amenazado a él de muerte, la mejor jugada del buhonero habría sido denunciarme. Desde luego había ciertos detalles que le habrían hecho pensárselo dos veces, él también había participado en los crímenes facilitándome la información necesaria para llegar a Massutí, prestándome su caballo para que yo pudiera llevar a cabo el crimen y, sobre todo, había estado confabulado con Ganxo en la muerte de mi madre. Su complicidad podría acarrearle serias represalias.

Si en otro, ante la posibilidad de ser asesinado, dichas represalias habrían sido un asunto menor, en él los pronósticos siempre serían aleatorios. De hecho, lo que más aplacaba mi temor era ese ambiente enrarecido, por no decir delictivo, en el que él estaba sumergido impenitentemente. El buhonero era un hombre cuyo trabajo le había llevado a desempeñarse rozando los límites. Si el trapicheo no era en sí delito, sí había delitos en los que había incurrido. Por lo que yo podía presumir, quien se acostumbra a moverse bordeando la ley, adopta también hábitos de silencio. En él ese hábito había arraigado. Como prueba podía tomar cualquiera de los recuerdos que guardaba de él.

Constaban, en resumen, muchos factores que habrían hecho de la denuncia un error. Sin contar con que él albergara alguna esperanza de que mi amenaza sólo fuera fruto de un acceso de ira. Pero eso no impedía mi preocupación.

Decidí no pensar más en ello.

Empezaba a anochecer cuando llegó Joana. La criada que venía con ella, cargada con la bandeja de mi cena, volvió a marcharse con la bandeja intacta. No tenía hambre. Tenía ganas, ya, urgentemente, de salir de allí.

Al quedarnos solos volvió a sentarse en la misma butaca, a mi derecha. Tras ella, en la ventana, asomaba la luz blanquecina de la luna.

—Ahora no nos molestarán —se animó; o quiso animarme a mí.

—¿Qué te dijo el buhonero?

—Que te habían disparado y necesitabas que yo fuera a verte.

—¿Nada más?

—¿Debería haberme dicho algo más?

—No, lo que te dijo es lo que le pedí que te dijera. A veces la vida nos sorprende.

—¿Por qué dices eso?

—Cosas mías.

—¿Quién era ese hombre? El de Santa Eugenia...

—El que mató a mi madre.

Se recostó en la butaca, boquiabierta, compungida. Caviló, tuvo un conato de echar a hablar, se lo pensó, y por fin preguntó:

—¿Qué pinta el buhonero en esto?

—Lo que tú me sugeriste.

Otra vez frunció el ceño, someramente.

—En una conversación que mantuvimos —le aclaré—, seguro que la recuerdas. ¿Te dice algo el nombre de Massutí?

—No.

—Tú me dijiste que el buhonero ya os había pedido dinero en otra ocasión; a tu hermano, para ser exactos. Y me dijiste que aquella otra deuda no era de juego. Las dos cosas eran ciertas. El

buhonero le debía dinero a un traficante, entre otras labores, porque le había perdido un cargamento, el muy inútil. Aunque quizá no lo fuera tanto, ¿tú qué opinas?

Mi pregunta la pilló por sorpresa.

—Yo qué opino ¿de qué?

—He pensado que no hay como labrarse una reputación para después sacarle partido. Se me ha pasado por la cabeza que el buhonero no llegara a perder en realidad aquel cargamento. Diría que sí, nadie con dos dedos de frente lo habría hecho sin prever lo que se le iba a venir encima, pero por el mismo hecho de parecer idiota, tenía todas las probabilidades del mundo de que Massutí, el traficante, acabara por creérselo.

—Podría ser —me reconoció.

—Aun siendo una maniobra inteligente, aun suponiéndosela, se habría vuelto a equivocar con Massutí; entonces ese hombre tenía poder y una fijación enfermiza por el dinero.

—¿Por qué piensas que no perdió ese cargamento?

—Desde entonces hasta hoy, durante estos siete años, el buhonero ha devuelto el préstamo a tu hermano, o eso tengo que suponer, sea en especie o no; también ha ido entregando sumas altas de dinero a Ganxo, el de Santa Eugenia. Además, está su afición por el juego, que, de entre las que conozco, es de las más caras. Y por si no fuera suficiente, en su casa nunca ha faltado dinero. Dinero por todas partes. No puede haber salido de su trabajo.

—¿Por qué ha estado dándole dinero a Ganxo?

—Porque Ganxo le habría hecho un favor matando a mi madre.

Volvió a alterarse; esta vez, en cambio, no se movió un milímetro en su asiento ni varió su expresión. Parecía petrificada. Recordé el hielo del sueño, en el barco, y la luz que irradiaba, plasmada en este caso en el aura blanca de la luna que quedaba tras ella. Yo no llegaría, me lo dijo mi padre, pero no importaba. La diferencia radicaba en que en el barco sabía hacia dónde me dirigía.

—Ganxo en aquel tiempo trabajaba para Massutí. Éste le empleaba en los asuntos más turbios. Le encomendó la tarea de intimidar al buhonero hasta lograr recuperar el cargamento o su equivalencia en forma de monedas. Y Ganxo, con un modo singular de interpretar las órdenes, la tradujo en asesinar a un miembro de la familia del buhonero.

Joana ni siquiera pestañeaba. Su forma de atender, abriendo mucho los ojos, tenía algo de infantil. Proseguí:

—Pero Ganxo también era un hombre de negocios, y esa traducción, la del asesinato, no obedecía únicamente a su enrevesada manera de pensar, sino a un método que ya había puesto en práctica en el pasado, en otros encargos. Para otros jefes. Pactó con el buhonero matar a mi madre, disfrazándolo como un error a los ojos de Massutí. Con eso lograba varias cosas: una, que el buhonero sintiera en sus carnes, por la proximidad, lo que podía ocurrirle a cualquiera de sus hijos; dos, que se apresurara a devolverle el dinero a Massutí; y tres, a cambio del siniestro favor de matar a mi madre y no a uno de los suyos, crear una nueva deuda del buhonero, esta vez hacia él.

—Por eso le daba dinero...

—No. Lo que Ganxo le pidió al buhonero a cambio no fue dinero.

Me callé deliberadamente. Pocas veces había visto a Joana tan desprovista de coraza. Me trajo a la memoria algún episodio más íntimo ocurrido entre los dos. Despertó mi atracción hacia ella. Si en el barco me dirigía al mar, en la vida real pudiera dirigirme a Joana. Ésa podía ser la deuda que yo había inventado, el ave blanca que yo había creado.

—¿Qué le pidió? Vamos... —me instó.

—Una muchacha.

—Una muchacha, ¿para qué?

—Una muchacha por la que nadie fuera a preguntar.

Se fue echando hacia atrás despacio, comprendiendo a la misma velocidad, asqueándose, afeando el gesto a medida que se movía.

—La debilidad de Ganxo no era el dinero —agregué.

—¿Me estás hablando en serio?

—El buhonero puede ser un idiota, un inútil, y ocasionalmente un hombre muy astuto; no descarto, incluso, que alguna vez haya podido llevarse a alguien por delante, en una situación comprometida o al verse acorralado, hasta ese punto desconfío ahora de él; pero eso no fue capaz de hacerlo. En lugar de la muchacha, fue contentando a Ganxo con sumas de dinero.

—¿Te das cuenta? El dinero nunca falla.

—Le falló.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

No le contaría que al margen de aceptar el dinero, el hombre de Santa Eugenia tuvo a Aina en el punto de mira. Por dos veces, la primera de ellas sin ponerle cara, cuando cambió el objetivo hacia mi madre. Aquella información no pertenecía a Joana.

Se sintió molesta, lo detecté; su orgullo le impidió incidir en ello.

—Massutí también es pasto de los gusanos —le dije, en compensación—; o debería.

—¿Has sido tú también?

—Ya puestos...

—¿Te parece una broma?

—Todo es una broma o nada lo es. Sólo depende de lo que duela.

—¿Hay alguien más?

—Rompehuesos, puede ser. Un matón. Le dejé aparte a propósito cuando le prendí fuego al viejo, no me vio la cara en ningún momento. Su suerte ha quedado al aire.

Joana me observaba paralizada.

—¿Cómo pudo el buhonero pactar con ese hombre la muerte de tu madre?

—Ganxo le hizo ver que Massutí había pedido la cabeza de alguien de su familia. Sólo le dio una alternativa.

—No tuvo opción...

—Sí la tuvo. Denunciarlo y marcharse de la isla, aquí le habrían encontrado. Pero eso le habría obligado a él a dar muchas explicaciones. Como mínimo, tendría que haberse marchado de la isla, sin denuncia de por medio. El otro no habría matado a mi madre.

—No estaría tan segura si era tan extraño.

—Todo cabe, pero el buhonero ya no habría participado.

—¿Has hablado con él de todo esto?

—No he tenido tiempo. Algún apunte.

—¿Como por ejemplo?

—Que también voy a matarlo a él.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Tú qué crees?

Joana apoyó la frente en su mano y desvió la mirada hacia sus pies.

—No te preocupes —la tranquilicé—, esto no te va a salpicar. Puedo marcharme, si lo prefieres.

Me miró con los ojos encendidos, soliviantada.

—No contestaré a eso —me replicó; y añadió—: si hubiera sabido lo que iba a suceder no te habría contado nada.

—Entre tú y yo hay un compromiso de fidelidad, expreso o no. Tú me debías esa información, por eso yo ahora te debía la que te he dado. No eres culpable. A nadie se le podía ocurrir que yo haría lo que he hecho.

—Te di la información porque quería dejar en mal lugar al buhonero. Quería indisponerte contra esa familia, no lo hice por ti.

Agachó la cabeza y entrelazó los dedos de sus manos, retorciéndolos, como solía hacer Aina cuando estaba nerviosa. Me llamaron mucho la atención las dos cosas: que me hubiera dado aquella información para indisponerme contra la hija del buhonero y que hiciera aquello con sus manos. Las dos cosas confluían, inopinadamente, en una misma persona.

Todo, salvo mi obstinación en seguir otro camino, me llevaba a Aina. Sin que ella hubiera tomado parte en nada; era más, sin que

ella supiera nada. Aina había estado a punto de morir cuando mataron a mi madre; había estado a punto de morir, de nuevo, en los últimos meses, a manos de un asesino cuyo instinto le conducía a ella de un modo obsesivo. Joana, al desvelarme el primer préstamo del buhonero, si yo lo había entendido bien, también había ido contra ella. En su ignorancia, Aina había estado siempre rodeada de hienas. Y al cabo, como un guiño del azar, Joana había retorcido sus manos por primera vez ante mí de forma idéntica a la que empleaba Aina. Sin saberlo ninguna de las dos.

Habría sido lógico pensar que el barco se dirigía a la muchacha de ojos azules; y probablemente fuera así. Pero en el sueño había que gobernar la nave. Y el timón corregía su deriva, la primera vez por sí solo, movido por manos invisibles, y la otra por mis propias manos. El barco me llevaba a Aina, pero yo debía llevarlo a otro destino.

Joana se levantó y se encaminó a la puerta.

—Me gustaría hacerte dos preguntas —le pedí.

Se volvió y me atendió.

—Házmelas.

—¿Quién me ha desnudado? Lo digo por la herida.

—Yo. Por precaución, también por la herida.

Me sonrió. Había descaro en su sonrisa.

—¿Qué dirás cuando el servicio tenga que lavar unas sábanas manchadas de sangre?

—Tienes puesto un cobertor. Yo me encargaré de quemarlos conforme te los vaya cambiando.

—Has pensado en todo.

—Me habría gustado, pero no ha sido así.

Permaneció un instante inmóvil, abstraída. Antes de irse, me recordó:

—No olvides tomar el medicamento, está en la mesilla.

La visita

El martes por la mañana abrí los ojos alrededor de las once. Mi primera impresión, igual que el día anterior, fue que todo había sido un sueño, o que había sucedido hacía mucho tiempo. No habría sabido decir si aquello se debía a la percepción de aislamiento, de desconexión del mundo, que me producía estar en aquella habitación, tan distinta de cuanto había conocido; si se debía al frenesí con que todo se había desarrollado; o a algún mecanismo mental para soterrar unos acontecimientos que de otro modo me habría costado mucho asimilar.

En cuanto abrí los ojos ya sabía que Joana estaba a mi lado. Su perfume invadía la habitación entera. Me gustó despertar dentro de aquel olor, envuelto, hundido en él.

—Voy a pensar que no quieres hablar conmigo —bromeó.

Dejé caer la cabeza a la derecha y la vi sonreír.

—¿Por qué dices eso?

—Para una vez que te quedas en mi casa, no haces otra cosa que dormir.

—No recuerdo haber dormido tanto jamás. —Reí—. Tienes toda la razón.

—Tu aspecto no tiene nada que ver con el que trajiste. Mejoras muy rápidamente, cada vez queda menos tiempo para que te vayas.

—¿Es una invitación?

—Es una invitación para que te quedes. Me gusta que estés aquí; y mucho, lo sabes. Aunque no sé si lo que más me gusta es que dependas de mí, ahí postrado como un viejo.

—Debe de ser eso.

La miré sin prisa, al abrigo de aquel lenguaje que rara vez emergía. Había entre nosotros una intimidad caliente y honda, incorruptible, que subyacía a nuestras conversaciones, a nuestras palabras, a nuestros desencuentros y a nuestras vidas inconciliables.

Hoy no parecía afectada. No se acordaba de lo que yo le había contado el día anterior o ya se había repuesto del impacto, no había que subestimarla.

—¿No hay medicamento? —le pregunté.

—Te lo he dado hará un par de horas y ni te has enterado. Tenía que haber aprovechado para hacerte firmar algo.

—Te lo puedo firmar ahora.

—¿Lo harías? ¿Firmarías lo que te pusiera delante?

Sus ojos me perforaron. Volví a sorprenderme. Ante aquella pregunta, qué debía responder. No retiró su mirada, sólida, inquisitiva, resuelta a llegar hasta donde yo le permitiera. Recordé el sueño con mi padre. Era mi camino. Aquello que debiera averiguar, fuera lo que fuese, tenía que averiguarlo solo.

—¿Lo harías tú? —la desafié.

—Yo ya lo hice. ¿Te acuerdas de aquel papel con el lacito azul? Mi reconocimiento de deuda no ponía condiciones.

Sus ojos seguían clavados en los míos. Joana tenía la virtud de desconcertarme; ya lo había logrado hacía días al revelarme la primera deuda del buhonero. Ahora faltaba mi respuesta. Yo ya empezaba a zozobrar cuando me anunció:

—Hay alguien abajo que quiere verte.

Una vez más me dejaba asombrado. Joana había iniciado una conversación, cuando menos, inusual entre nosotros y la había interrumpido de repente. Por pura piedad, supuse. Le sonreí de forma espontánea, incrédulo por las frases que acabábamos de cruzar.

—¿Ese alguien lleva tricornio?

—No, lo siento, no había pensado en eso. Es tu amiga.

—¿Mi amiga?

—Lleva una hora ahí, sin dejar de mover las manos. Me pone un poco nerviosa, si te digo la verdad.

—¿Por qué no me has despertado?

—Es ella la que tiene que esperar.

Era la señora la que había respondido; una muestra más de que nuestros mundos eran inconciliables. Y una muestra más de que por debajo de mi irritación al escucharla, nuestra intimidad en aquellas situaciones palpitaba quizá a mayor ritmo, con la sombra de un deseo que no se debilitaba.

—¿Quieres verla?

—¿Tú no querrías ver a tu hermano?

—No es tu hermana.

—Poco menos. ¿Qué te ha dicho?

—Apenas la he escuchado, tiene una voz tan suave...

—Joana.

Se rio.

—Está preocupada. No ha servido de nada que intentara tranquilizarla, no ha dejado de destrozarse las manos durante la eternidad que hemos estado hablando.

—¿Cuánto tiempo has hablado con ella?

—Un minuto. Lo he hecho por ti, habría tardado menos.

—¿Qué sabe?

—El buhonero le ha contado que sufriste un accidente acarreando leña.

Había olvidado al buhonero. Mal síntoma. El buhonero era una prioridad, una cuenta pendiente, y no se pueden olvidar los objetivos.

—¿Le puedes decir que suba?

—Depende de ti. Puedo decirle que sigues durmiendo y que vuelva mañana, lo que tú quieras. O el año que viene.

—Por favor.

Se levantó y se dirigió a la puerta.

—Aún no estás recuperado, que no te entretenga mucho. Tienes la campanilla ahí.

Cerró la puerta al marcharse.

Miré la campanilla y me pregunté qué pensaría Aina si yo la usara delante de ella. Me pregunté también quién se habría echado antes a reír. Para alguien acostumbrado a ganarse el pan no era fácil imaginar un tipo de vida en el que los problemas se resolvían a toque de campanilla. Por fin me pregunté, inesperada, sombríamente, si Joana era un ave con fauces.

Pasó un buen rato hasta que oí pisadas al otro lado. Estaba tenso. Podía ser a causa de mis últimos encuentros con Aina, en los que había mantenido una actitud de la que no estaba orgulloso; podía ser el entorno, la posesión, un lugar al que no pertenecíamos ninguno de los dos; podía ser la idea de tener que matar a su padre.

Una mujer abrió la puerta y Aina entró. Se quedó parada a un metro de la puerta. Cuando se cerró, continuó allí, con una mano apretando la otra como si fueran un nudo de tendones. Trató de sonreír y rompió a llorar.

Mi primera reacción fue incorporarme, pero un latigazo en la espalda me devolvió a mi posición. Entonces gesticulé con los brazos para que se acercara; mi cuerpo necesitaba manifestar mis ganas de verla con algo más que una frase.

—¿Qué haces ahí? Ven.

Se acercó como un fantasma, levitando. A mi lado, sonrió por fin y me cogió la mano. Apretaba como un arriero. Aina podría haber estrangulado a cualquiera con una sola mano.

—¿Cómo estás, Mo? He estado muy preocupada, llevo dos días sin dormir. ¿Qué ha dicho el médico?

—Es una herida sin importancia, Aina. Tu padre debería habértelo dicho.

—Me lo dijo. ¿Cómo estás? ¿Quieres venir a casa conmigo? ¿Necesitas algo? Arnau quería acompañarme, le he dicho que ya bastaba con que te molestara uno de los dos.

—No digas tonterías.

—¿Dónde te hiciste la herida, en la espalda?

—En la cadera.

—¿Cómo fue?

—Al recoger el tronzador caí encima. Se llama habilidad.

Se mordió el labio inferior y puso cara de que a ella también le dolía. Sonrió tímidamente:

—¿Puedo verla?

—No, es fea. Cuando cicatrice.

Echó una ojeada a la habitación. Se tomó su tiempo.

—Tu padre está perfectamente —soltó de repente—. Estoy con él desde que me enteré, ahora es Arnau el que está con él. El hombre de la señora no ha querido irse, dice que no lo hará hasta que se lo manden.

—Siéntate.

Se sentó tan inclinada hacia mí que no estuve seguro de si su trasero había tocado el asiento o estaba suspendido en el aire. Tuvo otro acceso de tristeza.

—Deja de llorar, Aina, parece que estuviera agonizando. Tienes que tomarte las cosas de otra manera.

—Ya.

Bajó la cabeza y reanudó el destrozo de sus manos. Podía haber algo más. Me preocupé:

—¿Hay algo que yo no sepa?

—No.

—¿Por qué te pones así?

—Bueno... Creo que estás enfadado conmigo. Y no te lo reprocho. No tendría que haberte pedido lo que te pedí. He estado pensando, ¿sabes? Y no tendría que habértelo pedido.

—No podías hacer otra cosa; además habría acabado haciéndolo aunque no me lo hubieras pedido.

—No lo habrías hecho.

—Vamos a dejar eso. ¿Cómo van las cosas por tu casa?

—Mi padre ya ha pagado, ya no hay deuda. Cuando Arnau vio todo aquel dinero en casa le dijo a mi padre que le había defraudado; y que sólo un insensato podía haber perdido aquella cantidad en el juego...

—¿Tu hermano le dijo eso?

—¿Te lo puedes creer? Pero tenía razón, claro. Ahora todo está bien —hizo una pausa—. Vine ayer, pero no me dejaron verte.

—¿Cuándo fue eso?

—A mediodía. Llevé las provisiones con Arnau y primero quería ver a tu padre. Después vine aquí, no podía quedarme allí. Ayer no estabas bien, ¿verdad?

—Dormía, nada más. Sueño acumulado. La *sitja*.

—Ya.

Cuando empleaba monosílabos la quería más. La había echado de menos, ahora me daba cuenta, aunque no hubiera pensado en ella. Recordé el sábado, la larga noche del sábado. Me vino a la cabeza que aquella mujer podía haber acabado en las manos de Ganxo y se me torció el alma. La sola idea era desgarradora.

—Te pasa algo —le insistí—, a mí no me engañas.

—No.

—Dímelo. ¿Has puesto fecha ya?

—¿A qué?

—A tu marcha. Arnau también ha pensado en marcharse de aquí, ni te lo habrá dicho, llévalo contigo.

—¿Quieres que me marche?

—No, Aina, no quiero que te marches, pero antes o después lo harás. No estás equivocada.

—¿Y tú?

—Yo no tengo porvenir.

—Hablas como un viejo y tienes veinte años. Lo que pasa es que no quieres estar conmigo, ya lo sé.

—No tienes derecho a decir eso, además es mentira. Yo no puedo irme de aquí, mi lugar es éste; en cambio el tuyo no está aquí, no es algo que dependa de nosotros.

Me miró con ternura, deshaciéndome con aquellos ojos azules, reuniendo fuerzas para lo que iba a decirme.

—Pídeme que me quede —me desafió.

—Sería un error.

Volvió la cabeza hacia la puerta y dejó caer la mirada y los brazos. La había decepcionado; y sin embargo no podía decir otra cosa. Hacerlo habría sido, en efecto, un error grave. Sabía lo que le había costado pedirme aquello. Si pensaba en su marcha, sentía el mismo dolor que ella. No concebía que algún día no estuviera a mi lado. La diferencia estribaba en nuestra forma de enfrentar el mundo. Mientras ella lucharía denodadamente por lo que necesitaba, yo lo perdería enmascarando mi decisión en una dudosa coherencia, en una obediencia estúpida a un deber que no existía. Yo haría prevalecer lo que creía correcto; ella, lo que sentía. No había duda sobre quién estaba equivocado, pero no me habría perdonado nunca haberle pedido que se quedara. Era consciente, incluso, de que aunque a mi juicio pedirselo habría sido un error, nada me garantizaba que el error no fuera lo contrario.

Pero no tenía otra guía. Si me equivocaba, siempre tendría el pretexto de haber hecho lo que creía que tenía que hacer. Por eso había matado a dos o a tres hombres. Por eso haría lo mismo con su padre. Por eso yo no tenía porvenir.

Me sonrió. Me sentí todavía peor. Echó un vistazo a su alrededor.

—Huele muy bien.

El perfume de Joana.

—He venido para animarte y lo único que he conseguido es que te enfades —se disculpó—. No hago más que pedirte cosas que no debo pedirte.

—El que no está a la altura soy yo, no te confundas.

—Cuando mi padre me dijo que había ido a avisar a la señora de que estabas herido lo habría matado. Le grité, ¿sabes? Nunca había gritado a mi padre. Mi hermano me miraba como si me hubiera vuelto loca. A veces pienso que estoy loca.

—Es más bien al revés.

—¿Tú crees?

—Pocas cosas tengo tan claras.

—Ya.

—Estos años yo no habría salido adelante sin ti. Tu hermano no se acerca más a ti porque no se lo has pedido; si un día le faltaras se vendría abajo sin solución. Y de tu padre ni hablemos.

—No me has preguntado por qué le grité.

—Me hago una idea.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Porque tendría que haberte avisado a ti.

—Me dijo que habías sido tú quien le había pedido que avisara a la señora.

—Así es. No pudo hacerlo mejor. Ocurrió en la *sitja*, pensé que eran los señores los que debían correr con las molestias. Si hubiera ocurrido en casa te habría molestado a ti.

—Pobre. —Se rio—. Si hubieras visto su cara cuando le gritaba... No sabía dónde meterse. Estoy muy avergonzada. Suerte que pasó a verte, si no podrías haber muerto.

—Hombre, Aina, morirme...

Reímos juntos. Hubo una casa de nieve. Hubo una niña que cayó y se hizo un corte en un lado de la cabeza. Hubo unos adolescentes que volvieron a la nieve, una niña con pechos que no cejó hasta llevar al niño al lugar más hermoso en el que habrían estado nunca; hubo un niño con suerte, que tocó a aquella niña con las yemas de sus dedos. Hubo una posibilidad de amarla.

—Ahora me tengo que ir —la oí decir.

—Si acabas de llegar.

—Me han dicho que necesitas descansar, que hola y adiós. ¿Cuándo saldrás de aquí?

—En unos días. Pronto.

Se puso en pie y frotó las palmas de sus manos contra el vestido, hacia abajo, siguiendo el contorno de sus muslos.

—Voy a estar con tu padre, hasta que salgas estaré con él, no te preocupes. Esperaré allí hasta que vengas tú.

—¿No vas a darme un beso?

Cuando lo hizo tuve un deseo irrefrenable de abrazarla. Algo me dolió dentro, como si hubiera echado a perder la última oportunidad

de hacerlo; como si alguien me hubiera dicho al oído que no habría más casas de nieve para mí. Como si hubiera perdido el derecho a imaginarlo.

Joana pasó a verme poco antes del almuerzo.

—¿Por qué no me habías dicho que Aina vino ayer a verme?

—Se me había olvidado. ¿Es importante?

—Ponte en su lugar. —Me di cuenta enseguida de que aquello no valía con Joana.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—¿Qué pasó entre mi padre y tú?

Logré lo que pretendía. Aquella mujer no era fácil de abordar, pero tampoco estaba acostumbrada a que alguien lo intentara. Su expresión era una mezcla de disgusto y de arrogancia. Después algo se remansó en ella, aquella expresión se suavizó. Así como en unas horas había aceptado y deglutido, o eso hacía ver, cuantas barbaridades le conté acerca de los indeseables, en pocos segundos se había adaptado y había superado ya mi impertinencia. La había acomodado a su pensamiento.

—¿Alguien te ha contado algo? —tanteó.

—Nadie se ha sentado delante de mí a contarme nada. Sé lo que oí. No sé nada.

—Tu padre me rechazó.

Tampoco esperaba escuchar aquello de su boca. Menos de forma tan rápida y tan cruda. Dudé si seguir adelante.

—¿Por qué te rechazó?

—No lo sé. Era lo que tenía que hacer.

Hice un gran esfuerzo para imaginar a una Joana veintitantos años más joven y a un padre que hablara y estuviera vivo. No sabía qué entrañaba mayor dificultad. Al menos al padre que hablaba y estaba vivo lo llegué a conocer. Aquellas dos figuras ya no tenían remedio; una había devenido una mujer fría y áspera; el otro, un

hombre eviscerado. Que ninguno de los dos tuviera futuro no significaba que no lo hubieran tenido alguna vez.

—Massot llamó mi atención sobre un payés que discutía sus órdenes —comenzó—. En realidad, tu padre no discutía sus órdenes, sino su modo de hacer las cosas. Su forma de preparar un cultivo, su forma de tratar a los *missatges*. Tu padre no tenía ambición. Era inteligente, pero no usaba esa capacidad para su bien. No hacía lo que más le habría convenido, sino lo que creía que tenía que hacer. ¿Te suena?

—Me suena.

—Los asuntos ordinarios con los payeses corren por cuenta de Massot, a mí sólo me llegan los casos sin solución. Cuando yo recibo a un payés normalmente su suerte en la posesión ha terminado. Andreu *germà* no se ocupa ni se ocupaba de nada; todo, desde el principio, recayó en mí. Pero todos los payeses que pasaron por delante de tu padre tuvieron miedo. Él no lo tenía. Los demás, desde que entraban aquí hasta que salían, no eran capaces de levantar la mirada del suelo. Tu padre sostuvo la mía como nadie lo había hecho. Era la primera vez que tenía a alguien delante sobre quien mi poder no servía. Tuve la certeza de que a él le daba igual perder su empleo; de que le daba igual cualquier cosa. ¿Sabes lo que me respondió cuando le dije que su actitud me perjudicaba?

Mientras me contaba aquello su rostro se había iluminado.

—Que estaba equivocada —agregó.

Rio.

—No daba crédito —me confesó.

—Algún otro debió de haberse encarado contigo antes.

—Pocos, y en ningún caso como lo hizo él. Todos, en algún momento, flaquearon. En los ojos de tu padre había un aval que respaldaba lo que decía.

—Creía en lo que decía.

—Lo apostaba todo. Me dijo, además, que no quería hacerme perder el tiempo. ¿Te das cuenta? Se estaba dirimiendo su porvenir en la posesión y era él quien marcaba las pautas. Me hizo sonreír, no

pude evitarlo. Y cuando él me vio sonreír, también lo hizo. No fue algo calculado. Él no lo había buscado. No quiso sacar partido de mi debilidad. Sonrió espontáneamente, con el mismo aval en los ojos con el que respaldaba sus malos modos.

—Coherencia.

—Carácter. Tu padre era especial. Lo sigue siendo.

—¿Lo despediste?

—Hoy lo habría hecho. Entonces ni se me pasó por la cabeza. A los pocos días de aquella conversación, pasé por el campo en el que trabajaban los hombres. Iba a caballo, me situé al lado de Massot. Ningún payés dejó de doblar los riñones, pero tu padre, al verme, se irguió, se secó el sudor y me saludó alzando la mano. No le correspondí, pero volví a sonreír y él lo hizo también. Nos separaban unos cincuenta metros. Massot gritaba a mi lado, a tu padre, si no recuerdo mal. Él ni le veía. Me miraba a mí. Sólo al tocar yo al amo con los dedos para que se callara, tu padre se agachó y reanudó el trabajo.

—Massot siempre ha sido un imbécil.

—Eso es lo que me dijo él. Cuando un par de meses más tarde le propuse a tu padre ser él el capataz, me contestó que no quería ser un imbécil, que con que lo fuera Massot era suficiente en varios kilómetros a la redonda.

—Él lo asociaba al cargo.

—No. —Se rio—. Al sugerirle que echaría a Massot tu padre repuso que no serviría de nada, que Massot seguiría siendo un imbécil allá donde estuviere. ¿No era encantador?

—A Massot no se lo debió de parecer.

—Se cuidaba mucho, no hablaba de tu padre. Los perros no piensan, pero saben lo que no pueden hacer. Procuraba no enfrentarse con él, sabía que quedaría en evidencia. Para tu padre él ni siquiera existía. Otro habría aprovechado la situación para atormentarlo; tu padre no lo tenía en cuenta; no discutía con él más de lo que lo había hecho al principio, cuando aún no me conocía. Todos —pensó lo que iba a decir—; todos, incluida yo, tomábamos

en consideración aquello que nos rodeaba, nos amoldábamos; tu padre actuaba como si nada le afectara. Como si siempre fuera el mismo, ante lo bueno y ante lo malo. Ni siquiera él era dueño de sí mismo. Había algo en su cabeza que dictaba cada paso que daba. Y él lo ejecutaba.

—Así sigue siendo.

—Así sigue siendo —confirmó; dejó que la mirara—. Tú eres igual que él. Eres más dulce, sólo eso es distinto, él era más rudo.

—¿Qué pasó?

—Pensaba en él día y noche, era imposible quitármelo de la cabeza. Y no me convenía, aquello no podía ser. Toda la parentela se me habría echado encima. Además, me equivoqué.

—¿En qué?

—Le pedí lo que no debía haberle pedido.

—¿Qué fue? Vamos.

—Que se quedara conmigo. Fue un error irreparable. Se alejó de mí. Dio igual a partir de entonces cuanto yo hiciera. Él no quería lastimarme, se alejó para ahorrarme daño. Lo hizo por mi bien. Pero yo era muy joven. Lo deseaba con locura y no quería admitir que nunca estaría conmigo. Me enfurecía su distancia; no su desdén, no fue desdeñoso. Quise ejercer presión sobre él, pero no medí bien. Aunque daba igual; medir bien tampoco habría servido. Nadie podía ejercer presión sobre tu padre.

—Lo acorralaste.

—Me dijo que se iba. El mundo se me vino abajo. Andreu *germà* quiso intervenir y faltó poco para que le sacara las tripas. Perdí el juicio. Ordené a Massot que le vigilara día y noche. Tu padre no podía mover un pie sin que yo lo supiera, mucho menos con intención de marcharse. Inadmisible, ¿verdad?

Entonces ellos tendrían una edad parecida, algo mayor, a la que teníamos ahora Aina y yo. Una edad de posibilidades, de futuro, de sangre caliente. La edad en la que nada era inadmisible.

Joana me sonrió, con algún rubor en los pómulos.

—Una noche fui a hablar con él —continuó—. Massot lo sacó de la cama y de *les cases*. Lo trajo donde yo lo esperaba, a diez minutos andando desde aquí, al lugar que más me gusta de toda la sierra. Le supliqué con llanto de por medio que no se fuera, le aseguré que aquello acabaría conmigo. Después le prometí que no volvería a molestarle. Él aceptó. No me consoló; tampoco puso ninguna condición, tu padre jamás pedía nada. Mi palabra era suficiente para él. A mí me quedó la tranquilidad de que no se iría y Massot pudo abandonar la vigilancia. No era lo que yo habría querido, pero era algo. Al cabo de un año o año y medio le vi con una payesa. Tu madre. Lo sobrellevé como pude. Mal. —Aguardó por si yo quería decir algo y prosiguió—: Enloquecí de nuevo, dejé de dormir y de comer, hasta que comprendí, transcurrido un tiempo, que debía resignarme. No quería cometer más errores, quería tener la posibilidad de verlo, aunque sólo fuera eso.

—¿Odiabas a mi madre?

—No. Si lo hubiera hecho, te lo diría. La envidiaba; hasta enfurecerme, a veces. Pero ella no tenía la culpa. La gente cree que fue entonces, al aparecer tu madre, cuando comencé a presionar a tu padre. No fue así. Al contrario: asumí que él tenía tanto derecho como yo a ser feliz, y que lo sería conmigo o sin mí. Y estuvo en mi mano ayudarle cediéndole la parcela en la que tú naciste. Lo hice. Y desde entonces hasta hoy.

—¿Qué le dijiste cuando se la cediste?

—No hablé con él, hablé con tu madre. Él no la habría aceptado.

—Por eso te lo he preguntado. ¿Qué te dijo mi madre?

—Al principio creyó que me estaba burlando de ella. Después sonrió y me pidió permiso para darme un abrazo.

—No lo habría imaginado.

—No me dio el abrazo, no le di permiso.

Me habría reído si no hubiéramos estado hablando de la mujer que me parió.

—Una cosa no quitaba la otra —reconoció—. Tu madre era una buena persona. No sé si merecía a tu padre o si tu padre la merecía

a ella. Eso ya es cosa tuya. Yo tenía que retirarme y lo hice.

—Alguna vez —me sinceré— llegué a pensar que tú habías tenido algo que ver con la muerte de mi madre.

—Lo entiendo.

Se pasó las manos por la cara, con aspecto de estar fatigada.

—¿Recuerdas lo que te dije ayer? —me preguntó—. Del motivo por el que te metí en la cabeza que el buhonero podía haber tenido culpa o responsabilidad en la muerte de tu madre...

—Sí. Me dijiste que lo habías hecho para indisponerme contra esa familia. Contra Aina.

—No era cierto. Si hubiera sabido dónde ibas a meterte no te habría dicho nada, pero te lo dije por ella, por tu madre. Por el abrazo que no le di. Nadie sabía eso, apostarí a lo que tengo a que ella no se lo contó a tu padre. Se habría ofendido. Tú sí debías saberlo.

No quiso hablar más.

—Joana.

—¿Qué?

—¿Estás horrorizada por lo que he hecho?

—¿No es lo que tenías que hacer?

La cestilla

Pasaron los dos días en los que no pude salir de la cama y dos días más.

Joana se había encargado de que mi estancia en la posesión fuera tan placentera que, de no ser por los frentes que debía atender, podría haberme acostumbrado a vivir allí. Estaba seguro de que pocos, por no decir nadie, habían tenido acceso a la parcela más íntima de la señora. No sólo era un raro privilegio; entre ella y yo, antes lo sentía, ahora me constaba, existían aquellas corrientes de dependencia, el uno del otro; inapelables, apabullantes.

Tales corrientes, antes de sus confidencias, tenían su origen en la figura de mi padre; ahora, por añadidura, había aparecido mi madre; apreciaba en lo que valía el hecho de que me hubiera dado cuenta de aquella reunión con mi madre. De no haberlo hecho, yo no lo habría sabido nunca.

Pero estaba el buhonero, como una mancha negra en mi conciencia. Y estaba Aina, que durante aquellos cuatro días, tal como me prometiera, no se habría movido de la *sitja* esperando a que yo regresara. No había vuelto por la posesión. Joana se había encargado de que su primera visita fuera lo suficientemente disuasoria para que le costara hacerme una segunda; además, yo no le pedí que me visitara de nuevo; extremo que por otra parte no le habría pasado inadvertido y acerca del cual, la conocía, me interrogaría. Sonreí al imaginarla delante de mí, perforándome con sus ojos inmensos, mientras me preguntaba por qué no le había pedido que viniera a verme otra vez.

Hacia Aina sentía culpa. Se había ganado como nadie volvería a hacerlo mi cariño, mi fidelidad, probablemente mi correspondencia a sus sentimientos y mi compromiso en lo que concernía a sus planes de futuro. Se había ganado mucho más y no habría nada, estando yo vivo, que no fuera a hacer por ella, cayera quien cayese. Pero no podía irme con Aina. No me podía permitir alentar en ella una sola esperanza de que nuestra situación fuera distinta de la que ya le había expuesto.

Cuando me pidió que solicitara a Joana el dinero que debía su padre, me avergonzaba reconocerlo, me dio la excusa que yo necesitaba para apartarme de ella. Al principio, ni yo mismo me di cuenta de que fue así; ahora lo sabía; ella lamentaría durante mucho tiempo haberme hecho aquella petición. No se lo perdonaría a sí misma; y a menos que encontrara a alguien que se lo hiciera olvidar, sería algo que la atormentaría sin tregua. Mi tormento sería otro. El suyo vendría propiciado por su error, aunque yo supiera que no lo era; el mío vendría propiciado precisamente por eso, por saber que ella no había cometido ningún error y no ser capaz de decírselo. Debía dejar que todo quedara así. En realidad, no era una cuestión de valor, no se trataba de que yo no fuera capaz de confesárselo; era una cuestión de índole práctica: si le contaba la verdad, jamás lo entendería. Cómo iba a entender Aina, con todo nuestro pasado auestas, que yo sentía una vinculación, una ligadura férrea con Joana, con el lugar en el que murió mi madre, con el espíritu de mi padre, que desde que saliera de su cuerpo dio en errar *in aeternum* entre mi casa y las encinas. Aina cancelaría su marcha. Se quedaría allí, entre espíritus que no serían suyos, consumiendo su energía entre ellos y preguntándose constantemente en qué se había equivocado.

No descartaba, lo que venía a ser un tipo de justicia, que Aina a quien a fin de cuentas acabara aborreciendo fuera a su padre, por haber contraído una deuda de juego que habría tenido que resolver ella sacrificándose a mí por el camino.

Ya le había dicho a Joana el día anterior que me iba. Me había procurado ropa. Estaba aseado y afeitado. Lo había hecho en el *llogador*, un pequeño tocador sin agua corriente que había adosado a la habitación. No me habría hecho falta oír la puerta para saber que ella estaba allí. Su perfume llegó a mí como una más de aquellas voces que me retenían a su lado.

—¿Estás listo?

Sólo la miré.

—¿No quieres pensártelo? —me ofreció—. Un día más o menos no cambiará las cosas.

No respondí. Ella sabía que me iba, una pregunta más o menos tampoco cambiaría las cosas.

—Antes tienes que venir conmigo —me pidió—. Si vas a tener fuerzas para regresar a la *sitja*, tienes que tenerlas para pasear diez minutos conmigo.

—A tu disposición.

—Eso es cuanto necesito que me digas.

Sonrió. Era una lástima que no empleara más aquella sonrisa.

Salimos del cuerpo principal de la posesión por la parte de atrás. Ella iba a mi ritmo, aún renqueante. Había un sol colosal, un olor a árbol y a hierba que se podía palpar. Caminamos entre pinos, sorteamos un manantial del que yo no tenía noticia por un vericuelo bajo cuyo suelo el agua corría subterránea. Y llegamos a aquel lugar; su lugar. Era un accidente natural de la montaña. La ladera caía allí en vertical, formando a nuestros pies un arco de roca viva con vistas a un valle plagado de encinas, tupido e impenetrable. La cuerda del arco mediría unos veinticinco metros; la flecha, quince. El manantial dejaba un pequeño remanso en la planicie y caía otra vez ladera abajo. Al fondo, adaptado, amoldado a la piedra, había un invernadero con techo y paredes de cristal. Brillaba como un faro. La cuerda del arco estaba protegida por una valla de madera.

Cuanto mayor se hacía mi expresión de asombro, mayor era la sonrisa de Joana. Era un lugar sencillamente deslumbrante. Había

sombra, sol, agua. En aquella mujer había una niña rescatada. Tenía ante mí a alguien casi irreconocible.

Me tomó de la mano y me condujo al invernadero. Andaría por los quince metros cuadrados de superficie. En el centro había una mesa tallada en vidrio rodeada por tres sillas. El resto eran plantas, había flores de colores y formas diversas. El aroma que se respiraba, incluido el del perfume de Joana, a mi lado, embriagaba. Sobre la mesa había una cestilla de mimbre y, en su seno, un recipiente del que brotaba un ramillete de rosas blancas.

—Joana... —es todo lo que acerté a decir.

—¿Te gusta?

De haber cerrado los ojos, no habría sabido mi edad. Me habría preguntado qué niña me había llevado a aquel vergel.

Nos sentamos a la mesa. Necesité un par de minutos para recomponerme.

—¿Te has cansado? —me preguntó.

—No.

—¿Merecía la pena?

—Sin palabras.

—Cada mañana vengo aquí al amanecer. A limpiar. —Se rio—. No es broma. Cada mañana limpio todos los cristales, no dejo que se acerque nadie, ni siquiera Andreu *germà*. Él se burla de mí, dice que me he apropiado de lo que también es suyo. Cuando éramos pequeños él también venía, enterrábamos aquí piedras de cuarzo. Un día encontramos una de esas piedras y nos pasamos horas mirándola. Estábamos convencidos de que tenían un valor incalculable y cada una que recogíamos venía a parar aquí. Tú y yo ahora hemos caminado sobre ellas, estamos sobre ellas. Después descubrimos que esas piedras no tenían valor alguno y que proliferaban por estas montañas como las malas hierbas, pero no nos importó. Al final uno descubre que pocas cosas tienen importancia, que somos nosotros los que determinamos qué va a tenerla; eso nos ayuda a concentrarnos en ellas, a no perderlas nunca de vista. Las piedras de cuarzo que enterramos los dos siguen

siendo nuestro tesoro máspreciado. Eso no podrá cambiarlo nada ni nadie. Eso sigue vivo en su corazón y en el mío.

Seguía sin encontrar palabras.

—¿Vino mi padre alguna vez?

—Cuando le pedí que no se fuera, te lo conté.

—Debería volver.

—Una de las sillas es para él.

Me conmovió. No quise preguntarle para quién era la tercera silla.

—Lo traeremos —me aseguró.

Me reí.

—¿De qué te ríes?

—De que luego no habrá quien lo saque de aquí. A mi padre le subyuga todo lo que sea transparente y brille, te habrás dado cuenta. Si ve este lugar, esta mesa, no lo moveremos.

—No será necesario. Si se queda, tendré casi todas las cosas importantes de mi vida aquí reunidas. Faltaría una más.

Nos miramos a los ojos. Noté la sangre regándome la piel, tal como solía sucederme en los trances que quedaban fuera de mi control. Ella no había perdido el suyo. Era perfectamente consciente de cada palabra que salía de su boca, del significado que yo iba a darle.

—Pero todavía no te he dicho por qué te he traído aquí —me predispuso.

Empezaba a estar a su merced. Me había dejado llevar.

—A pesar de mi torpeza con ella —añadió—, tu madre, en agradecimiento por la finca que les cedí, tejió una cestilla de mimbre para mí. Me dijo que como no sabía hacer nada más bonito, la había llenado de rosas blancas. Así, cada vez que yo la viera, recordaría que había alguien con quien podía contar para lo que fuera preciso.

Mi cabeza fue a algún otro lugar, no habría sabido decir a dónde. Mirando el cestillo en el centro de la mesa, tocándolo apenas con la punta de mis dedos, noté un nudo en la garganta, las primeras

lágrimas en mis ojos, el calor del vientre de Joana, de pie, abrazando con ternura mi cabeza.

Un *missatge* me acompañó en carruaje hasta la *sitja*. Ni mucho menos fue deliberado, pero no crucé con él una sola palabra. Cada metro que recorría el carro me sentía peor. No tenía que ver con la herida, cuya mejoría era apreciable; era el regreso a lo que inconscientemente había suprimido de mi pensamiento. El ruido de las ruedas contra las piedras, los paisajes conocidos, el olor de los pinares me iban devolviendo una a una las imágenes de los viajes que hice a Lluçmajor y a Santa Eugenia. Al sol, en aquel lugar que conocía desde niño y que no asociaba sino a pausa, a desarrollos lentos y largos, de plantas, de días, de tiempo; en aquel entorno intuía que, por simple contraste, se reproducían como martillazos las imágenes más duras y salvajes de aquellos dos viajes. Imágenes de oscuridad, de hombres cuyos quehaceres los hacían a mis ojos diferentes, sin serlo; imágenes de sangre, de modos insospechados de pensar, de conciencias torcidas, tan coherentes para la vida en términos matemáticos como la de Aina, por poner un caso flagrantemente opuesto. Imágenes de cuevas. De monstruos. De seres vivos cuyas entrañas cobijaban los mismos órganos que las mías o las de mi padre. Del buhonero, una criatura adaptada a los dos mundos, que era padre de Aina y Arnau y que consintió sin mover un músculo que asesinaran a mi madre.

Porque no había dos mundos. Porque no había dos tipos de hombres. Porque Ganxo barruntaba el peor modo de hacer daño a Aina mientras yo me preocupaba por evitarle sufrimiento con mi rechazo. Porque yo estaba quemando vivo a Massutí mientras Ganxo, por aventurar algo, tal vez estuviese atravesando el momento más triste de su vida. Porque sólo había un mundo, el de mi madre, el de Ganxo. El mío.

No sabía nada de Massutí. Del hombre de Santa Eugenia me dio cuenta Joana, pero de él no. No podía preguntar, no podía saber.

Al llegar al claro, el hombre de la posesión que había acompañado aquellos días a mi padre se levantó. Tenía un saco preparado a sus pies. Aina brilló a mis ojos como fuego. Estaba al lado de mi padre, tan hermosa que perturbaba.

Bajé del carro y me crucé con aquel hombre.

—¿Algún problema? —le pregunté.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me consultó él; y la hizo—: ¿Contigo se comporta de forma diferente?

—No.

Pensó en algo que no expresó.

—¿Algún problema? —repetí.

—Ninguno. Es un hombre especial. No había visto nada semejante.

—Yo tampoco.

—Parece que no existes, que ni siquiera te ha visto, y de pronto se acerca y deja un plato de comida en tus manos. Ha estado todo este tiempo mirando la *sitja*, sólo la ha desatendido para hacer pan y para ir a poner o a recoger trampas. Podría haberme quedado más días, no me habría importado.

—Para él todo existe, pero sólo atiende lo que a su juicio es importante.

Asintió.

—Si alguna vez necesitas que alguien esté con él, dímelo —se ofreció—. El favor me lo haces a mí.

Subió al carro y se marcharon. Aina permanecía en el mismo sitio, alisando repetidamente su falda, pinzándola con los dedos y planchándola después con las palmas de sus manos, muslos abajo, como hiciera en casa de Joana. Me acerqué a ella sonriendo y me abrazó. Con la cara aún en mi cuello, ahogó un sollozo.

—Aina...

Se separó de mí. Tenía la sonrisa más luminosa que yo había visto. Había nacido para sonreír. Para atraer cuanto pululara a su alrededor; también, o principalmente, a los monstruos.

—¿Qué tal el viejo? —le pregunté.

Le acarició el pelo mientras me contestaba:

—Muy cariñoso. Un cielo.

—¿Muy cariñoso? —Reí.

—No me soltaba la mano. Cada vez que estaba cerca de él me cogía de la mano y no me dejaba irme.

—¿Te miraba?

—No. He estado con él mientras dormía. Ha dicho tu nombre dos veces. Te habrá echado de menos.

—Lo dice a menudo.

—Eso significa algo.

Olía a jabón.

—¿Me esperabais? —le pregunté.

—Esta mañana ha aparecido un hombre de la posesión a caballo y nos ha dicho que vendrías hoy.

Joana a aquellas horas ya sabría que Aina estaba en la *sitja*. Probablemente ya lo sabría cuando me llevó al invernadero.

—¿Tu hermano?

—Vendrá el domingo. —Desvió la mirada hacia mi padre—. Arnau me ha dicho que has hablado con él...

—¿De qué?

—Me ha dicho que tienes razón, que él va a marcharse y que quiere que me vaya con él.

Cogí sus dedos entre los míos y le busqué la mirada hasta que me la devolvió.

—Me alegro mucho de oír eso.

—Ya.

—¿Qué dice tu padre?

—Mi padre dice que se queda. Que se lo debe a alguien.

—¿A quién?

—No nos lo ha dicho. Nos ha dicho que es amigo. Arnau cree que está cansado de ir de un lado para otro y nada más. ¿Tú qué crees? Yo creo que ahora está mayor y piensa en mi madre. Creo que ha pensado que si mi madre vuelve algún día debe haber alguien aquí esperándola.

—¿Qué vas a hacer?

Desvió otra vez la mirada y se sentó al lado de mi padre, orientada en sentido contrario. Al fin, se atrevió:

—¿Tú quieres que me vaya?

—Yo no sé lo que quiero, Aina, pero aquí sólo se queda el que no puede irse, como yo. Como tu padre o el mío. Tu hermano y tú tenéis que buscar algo mejor.

—Hablas como un viejo.

—Pienso como un viejo, por eso no puedo irme. Además, tu hermano te necesita.

—¿Tú no?

—Yo te esperaré aquí. Cuando quieras verme, vienes. Tienes que hacerlo, como mínimo, una vez al año, en invierno.

—Cuando haya nieve.

—Exacto.

Se quedó en silencio, estirando el faldón de la camisa del viejo.

—Si me voy, ¿cuidarás de mi padre?

Entonces fui yo el que se quedó callado. Jamás se me ocurrió que fuera a pedirme aquello.

—¿Marc?

Tenía que elegir, a Aina no podía mentirle. A ella no.

—¿Marc? ¿Estás bien? —Me observaba desde abajo, media cara al sol, media a la sombra.

—Pierde cuidado —le prometí.

Sentí al instante que le acababa de fallar a mi madre. Que lo que le había hecho a Ganxo y a Massutí no había servido para nada. Que me había quedado a medio camino. Recordé el sueño en el que caminaba con mi padre hacia la *sitja*. Él me decía que ya era tarde, que sólo podíamos seguir adelante; lo que le ocurriera a mi madre ya no tenía remedio. Cada segundo de nuestra vida lo transformaba todo; cada segundo podía ocurrir cualquier cosa, que alguien partiera la cabeza de mi madre con un hacha, que una mujer bellísima, sin saberlo, le hubiera salvado ahora mismo la vida a su padre, que alguien, desde algún agujero infecto de un viñado,

hubiera planeado acabar con la misma mujer. En síntesis, la vida debía de ser eso, estar preparado para sonreír, ante un milagro, o tragar saliva, ante un desastre. Tener delante a Ganxo o tener a Aina. Tocar la nieve o sentir las oleadas de calor de la *sitja*.

—Entonces me iré con Arnau —sentenció Aina.

Acaricié su mejilla con el dorso de mis dedos, de la misma manera que Joana lo hacía conmigo. Ella cogió mi mano y la apretó.

—No te perdonaré que faltes un solo invierno —la amenacé.

—No faltaré.

Envidié al hombre con quien Aina diera en quedarse. A los hijos que dieran en tenerla por madre. A todo aquel que diera en tenerla cerca.

—¿Quieres ver la herida?

Puso otra vez cara de dolor y otra vez se mordió el labio inferior. Bajé un palmo el pantalón, ahuequé la venda con los dedos y ella la examinó.

—¿De qué son esos puntitos?

—Ni idea.

—Es una herida muy rara.

—Cuando uno es raro...

—¿Te duele?

—Ya no.

—Ahí te falta un trozo, hace así... —Dibujó una media luna con el índice.

Por la noche esperé a que se durmiera. Mi padre vigilaba el fuego desde el camastro. Aina prefería dormir en el suelo, siempre despatarrada. Me tumbé a su lado y percibí su olor. De niña olía igual, dormía con idéntica profundidad. Cada segundo el mundo cambiaba. Mientras el mundo cambiaba, desde que éramos niños, yo había tenido la suerte de estar con ella. Habían sido muchos segundos, había sido mucha suerte. La había sido con mi padre, la había sido con mi madre.

A la mañana siguiente, al abrir los ojos, ella seguía a mi lado. Tenía los suyos abiertos, tan azules como el mar al que se dirigía el barco del sueño. Los tenía clavados en mí, a un palmo.

—No me pediste que volviera a verte, ¿eh? —me reprochó—. A la posesión...

Sonreí. Aina era como un reloj de precisión.

Los hermanos

Hacía un mes que había compartido con Aina aquella noche. Su partida estaba programada, quedaban unos días. En aquella nueva *sitja* eran ya los hombres de Joana quienes me prestaban asistencia, tanto en la tala como en el abastecimiento.

Supe por el Búho que Massutí y Rompehuesos se abrazaron en la casa de Lluçmajor. Supe también por él que a nadie había dolido aquella pérdida, que los clanes ya entonces lo habían olvidado y que quienes debían encargarse de esclarecer su muerte, como ocurriera con mi madre, dedicaban su maña y su tiempo a otros menesteres.

En cuanto a Sebastià Riera, alias *Ganxo*, cada día contaba en su tumba con un ramo de flores recién cortadas. Una mujer de Caimari se encargaba de ello. Al parecer, cuando las autoridades revisaron la casa del criminal encontraron, junto a las escrituras de sus propiedades, un trozo de papel en el que figuraba el nombre y la dirección del hijo de aquella mujer. La anotación la había hecho el propio joven a petición de Ganxo siete años atrás, y así lo reconoció ante quien debía decidir la suerte de dichas propiedades. El joven, aún lo recordaba, avisó a aquel hombre cuando el buhonero llegó una tarde al pueblo. A cambio, el hombre le dio unas monedas y le pidió que le escribiera aquella hoja de papel. Le prometió que un día volvería a verle. Que nunca adivinaría la sorpresa que tenía reservada para él. No se encontró en su casa ningún otro documento. Nadie en Santa Eugenia le conocía familia o allegados. Un juez estimó suficientes el testimonio del muchacho y el lugar en el que encontraron la nota, sobre las escrituras, para dirimir que era

a él a quien correspondían las propiedades del finado. No sería yo quien lo juzgara arbitrario.

Una tarde, al aflojar el sol, Arnau se acercó a pie hasta la *sitja*. Conservaba los signos de aquel envejecimiento prematuro, no se desprendería ya de ellos; el paso en falso de su padre le había hecho crecer, o vencer aquella atonía en la que anduvo inmerso desde sus años más tempranos. Si antes Arnau había asumido una responsabilidad impuesta, ante una hermana menor que a todas luces contaba, ella sí, con las aptitudes necesarias que a él le faltaban para desempeñar ese papel, y ante un padre errante, ilocalizable siempre en los trances que requerirían el ejercicio de tal responsabilidad, ahora, vestido de una edad mayor, la había asumido con plena conciencia.

Había entendido cuál era su lugar, en qué medida, residual, podía contar con su padre, y hasta qué punto le necesitaba su hermana. La responsabilidad no consistía tan sólo en estar ahí y dar la cara en situaciones límite, o en contentar a su hermana cuando ésta lo requiriera; consistía en anticiparse a aquellas situaciones, en tomar decisiones, en hacer suyas las necesidades, aunque no se manifestaran, de quienes iban a quedar a su cargo.

Se iban. Él y ella, los dos núcleos vivos de aquella familia. Quienes por ley natural debían hacerlo.

A mí su marcha me afectaba en tres órdenes; en un orden práctico, por abordar primero el más sencillo, pues iba a depender de otras personas para tareas cotidianas, tanto laborales como simplemente logísticas; aquella casa quedaría vacía, para mí su padre sólo existiría a efectos biológicos, como una planta a la que hay que ir a regar, con lo que no habría nadie en las intermediaciones a quien acudir en caso de emergencia; en un orden emocional, pues iba a perder el contacto con una mujer que había sido mi sombra, o yo la suya, desde que ambos teníamos juicio; que había compartido conmigo todo lo que mi memoria recordaba importante; que había

dado forma a mi vida como nadie volvería a hacerlo; y en un orden general, puesto que el escenario en el que yo iba a consumir el resto de mis años habría cambiado. Este último orden, en apariencia liviano, tal vez fuera el más relevante. Habría cambios, los había habido ya, que iban a proyectar y determinar lo que me quedaba por vivir.

Me invitó, dando un paso hacia delante, a caminar con él hasta el lugar en el que más horas de trabajo habíamos compartido, el encinar. Al porte, que como ya he dicho le favorecía, se unían una sonrisa y una luz renovadas. Pese a sus ojos oscuros, por primera vez reconocí en él al hermano de Aina. Su arrojo, su brío, su resolución.

Me agradeció que le hubiera hecho reparar en su hermana, al principio, cuando él aún no la tomaba en serio; me agradeció también que intercediera por ellos en el asunto de la deuda; me agradeció que fuera a estar al cuidado de su padre.

—Esto lo he hecho para ti —me dijo.

Extrajo de su bolsillo una navaja plegable. Todo Caimari conocía el don de Arnau con las herramientas. Ya de niño, desde que empuñó una, dio muestras de su habilidad en el uso y en el cuidado de todo objeto que sirviera para hacer algo. Más adelante fue capaz de diseñar y fabricar con sus propias manos nuevas herramientas, orientadas a labores concretas con las que alguna vez se había enfrentado.

La navaja desplegada mediría unos veinticinco centímetros. La hoja resplandecía como un espejo y la empuñadura estaba tallada en madera de encina. En cada lado había una letra; en uno la A y en el otro la M.

—La A —me aclaró— es de Aina, pero también servirá si alguna vez piensas en mí.

Quizá por haber escuchado el nombre de su hermana, sentí una gran aflicción. Aquel objeto pesaba en mi mano como ella lo hacía en mis sesos.

—Aina iba a venir, pero en el último momento se ha echado atrás. Me ha dicho que no merecemos que nos agüe la fiesta con sus llantos.

—Tu hermana es lo mejor que puede pasarle a quien la tenga cerca, ahora ya lo sabes, no hace falta que yo te lo diga. Hay gente que es así, una bendición. Yo no voy a estar, pero no te perdonaría nunca que un día le ocurriera algo. Me quedo tranquilo sabiendo que te vas con ella, eres la única persona en la que confío. Como ves, también yo tenía que agradecerte algo. ¿Cómo lo está llevando?

—A veces mejor y a veces peor, ya la conoces. Saldrá de ésta.

—Saldrá de todas. Pégate a ella como una lapa y tú también saldrás.

Aina era una fuerza natural, un torrente, un río que arrastra. Él ahora lo sabía. Me confortaba que hubiera decidido marcharse con su hermana, aunque la fuerza la siguiera teniendo ella. También me alegraba por él, con quien nunca tuve afinidad ni intimidad. Pudiera ser que ahora las cosas hubieran cambiado. No sabía si ya era tarde, había aprendido que no siempre lo era.

No nos hizo falta cruzar más palabras. El silencio no fue incómodo para ninguno de los dos. Se dilató mientras yo examinaba la navaja y él me miraba a mí, mientras él echaba un vistazo al encinar y yo lo miraba a él.

Al cabo de unos minutos se acercó y me abrazó. Era más grande, más desgarrado y tenía una fuerza descomunal. Su hermana la tenía dentro y él fuera. Eran una combinación perfecta.

Comenzó a alejarse, a darme la espalda, cuando su expresión amenazaba con descomponerse. Se detuvo a abrazar a mi padre, tan poca cosa entre sus brazos, y se marchó.

Aina vino a verme a la mañana siguiente.

Llevaba un vestido estampado muy parecido al que se puso la segunda vez que subimos a la nieve. Hasta yo fui capaz de darme

cuenta. Lamenté no haberme aseado, no haberme preparado para ella.

El sol rompía en sus hombros como un oleaje, formando tentáculos alrededor de su cabeza, largos rizos de calor, de espuma dorada. Jamás volvería a tener en mis manos, ante mis ojos, a nadie como aquella mujer; tal prodigio, tal exceso; tal concentración de vida.

Llevaba algo envuelto en sus manos y sonreía ya desde que la vi. Cuando estuvo cerca de mí, a un par de metros, lo hizo con mayor énfasis.

—Te he traído una cosa —me anunció.

—Vais a conseguir acabar conmigo.

—No lo creo. —Rio.

—¿Qué es?

—Míralo tú.

Lo tomé y deshice el envoltorio con cuidado. La oí mientras lo hacía:

—No sé si te va a gustar, no es muy apropiado, la navaja de Arnau me lo ha puesto muy difícil.

A medida que fui reconociendo el regalo, sentí que algo se deshacía dentro de mí, que algo se licuaba, se fundía. Me había tejido una cestilla con los brotes de encina de la última *sitja*, la última que ella había compartido conmigo. La madera aún lucía tonos verdes.

—Es lo que mejor sé hacer —añadió—. De las que vende mi padre. Pero ésta tiene una cosa especial.

Antes de que yo pudiera reaccionar, me señaló un cuadrado de madera, en el fondo de la cesta, en el centro. Había un dibujo labrado en él.

—¿Sabes qué es? —me preguntó—; me ha salido muy pequeño, no se ve bien.

—Lo veo perfectamente —le repliqué.

Eran dos manos cogidas, los dedos de una de ellas tomaban los de la otra. No me vi con fuerzas para pronunciar una sola palabra.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para agradecerse.

—No me habían regalado nada tan bonito nunca, Aina.

—Qué mentiroso.

—No estoy bromeando.

—No, ¿eh?

Ella sabía cuándo bromeaba y cuándo no; tampoco habría hecho falta que lo supiera porque volvieron el nudo en la garganta, los ojos anegados. No pude contenerme; desde la muerte de mi madre, no había vuelto a derrumbarme delante de Aina. Era, además, un momento muy inoportuno. Ella, propensa al llanto, también estaba haciendo un esfuerzo titánico para no agrietarse. Llevó sus dedos bajo mi barbilla y alzó mi cabeza. Sus ojos estaban húmedos, pero se mantuvo firme. No sonreía. En aquellos ojos vi hallazgos, olores, caricias. Vi promesas, calor, un milagro que se iba, un milagro que había sido mío.

Me abrazó, besó mi cuello y lloré, entonces sí, relajando los músculos.

Para mi pesar, había llegado el día.

Habían postergado su marcha hasta que mi padre y yo regresáramos de la *sitja*. Lo habíamos hecho el día anterior y desde primera hora del día presente estábamos los dos a la puerta de mi casa, sentados en el banco de madera, a la espera. Mi padre, con su aplomo habitual. Yo, hecho un mar de nervios. Me levantaba, daba vueltas, me sentaba; y vuelta a empezar.

Llegaron pasadas las diez de la mañana. Mientras el carro se aproximaba, con parsimonia, tirado por los dos bueyes, me adelanté unos metros. Aina llevaba de nuevo el vestido estampado e iba sentada delante, al lado de su hermano. Él manejaba el carro.

Al llegar los dos saltaron a tierra. Arnau caminó con paso decidido hacia mí y ella lo siguió, siempre un paso por detrás. Tenía entendido que irían a Muro, donde él había trabajado las dos últimas temporadas, pero había un cambio de planes.

—Vamos a Llubí —me dijo él—. Mi padre ha apalabrado un trabajo allí para Aina con un comerciante amigo suyo. Es un hombre mayor, necesita a alguien que le eche una mano.

—No podíais empezar mejor.

—Yo también encontraré algo por allí.

—Seguro.

Llubí y Muro quedaban prácticamente a la misma distancia de Caimari, no suponía mayor trastorno cuando quisiéramos vernos. Se hizo un silencio durísimo, ninguno de los tres abrió la boca.

—Pasad —les ofrecí.

Arnau negó con la cabeza.

—Cuesta mucho ponerse en marcha. Lo mejor es que nos vayamos ya. —Miró atrás, a su hermana.

Ella mantuvo una compostura ejemplar, envidiable. Yo estuve a punto de desmoronarme otra vez. Arnau dio un paso al frente y me abrazó con fuerza. No se entretuvo, fue hasta mi padre, apretó su hombro con una mano y se retiró hacia el carro. Aina primero se dirigió a mi padre, se agachó y le sonrió. Le pasó luego la mano por la cabeza y le besó. De vuelta, a mi lado, se plantó frente a mí y tomó la punta de mis dedos entre los suyos. Había ganado entereza, había dejado aflorar algo de su padre, un aire pétreo, opaco. Así como Arnau evidenciaba signos de madurez, ella los mostraba de pureza.

—Espera —le pedí.

Entré en la casa y saqué una talla de madera para ellos.

—La empecé yo, pero por suerte la terminó mi padre. Le pedí ayuda.

—¿Dijo algo?

—No. Se lo pedí una noche, en la *sitja*, y la dejé a sus pies. A la mañana siguiente la encontré acabada en el mismo sitio. Él no estaba, había ido al bosque a poner sus cepos. Tardó en volver. Creo que ya sabía que os ibais.

Aina le miró por encima de mi hombro.

—Le voy a echar mucho de menos.

—Él también a ti. Sabe quién eres y lo que representas para mí.

Bajó la cabeza hacia la talla y pude ver cómo se tensaban los tendones de su cuello. Esta vez fui yo quien la abrazó y la besó allí, en el cuello. Me abandoné a aquel olor a jabón.

—El invierno es muy largo —le susurré—, no me hagas esperar hasta el final.

—Te sorprenderás de lo pronto que estoy aquí otra vez.

Caminó hacia atrás, sin volverse.

—¿Cuidarás de mi padre? —me recordó, ya junto a los bueyes.

Asentí con la cabeza.

El carro dio la vuelta y los vi alejarse. Todavía tuve tiempo de verla temblar, de ver a su hermano pasar el brazo por su espalda y apretarla contra él.

Fui a ver al buhonero aquella misma tarde, el asunto no podía esperar más.

Lo encontré fuera, cortando leña. Iba a pecho descubierto y sudaba a chorros. En cuanto me vio interrumpió la faena. Se irguió poco a poco, sin perderme de vista. Apoyó la hoja del hacha en el suelo y sus manos sobre el mango, una sobre otra.

Hacía tiempo que no nos veíamos, desde que me pusiera al día en lo que se refería a Massutí y a Ganxo.

—¿Podemos pasar adentro? —le pregunté.

Se agachó a recoger su camisa y se secó con ella el sudor de la cara y del pecho. Me hizo un ademán para que le siguiera y echó a andar delante de mí. En el interior de la casa, rodeó la mesa y desde allí, de pie, me invitó a tomar asiento. Lo hice mientras él iba a buscar una botella de cazalla y dos tazas. Las dejó sobre la mesa, se sentó enfrente de mí y me sirvió.

Los dos bebimos. Hablé primero, sin dar ningún rodeo:

—¿Qué crees que vengo a hacer?

No contestó. Detrás de la piedra de su cara no había miedo ni inquietud.

—¿No vas a decir nada?

—Eres tú quien ha venido.

—Tienes razón. —Lo examiné sin prisa y volví a beber; llenó otra vez mi taza—. ¿Has hablado con Aina de ti y de mí?

—No.

—Le he prometido que cuidaría de ti, ¿no te lo ha dicho?

—Me ha dicho que si necesito algo, hable contigo.

—Viene a ser lo mismo.

—No lo es, pero da igual.

—Verás. —Apoyé los brazos en la mesa, adelantándome en la silla—. Nada en este mundo, y cuando digo nada, es absolutamente nada, habría podido impedir que te abriera la cabeza. Ni siquiera el santo de mi padre volviendo a la vida, y rogándome con sus primeras frases que no lo hiciera, lo habría logrado. Créeme, porque pocas cosas tengo tan claras. ¿Me crees?

—Te creo.

—La determinación de partirte el alma era un requisito indispensable para volver a pensar en mi madre con la conciencia tranquila. Ni yo mismo habría sido capaz de cambiar eso. Me conozco, y no lo habría hecho.

—Lo sé.

—Pero siempre ha habido una parte de mí, a la que no había consultado, capaz de obrar milagros. Y mira por dónde, un día que andaba yo con la guardia baja, a aquella parte le dio por hablar.

—Aina.

—Aina, sí.

—¿Le dijiste que ibas a matarme?

—No digas tonterías, Búho, cómo iba a decirle a tu hija que te iba a matar.

—¿Entonces?

—Me pidió que cuidara de ti, sólo eso. Antes, cuando aún no me lo había pedido, ya había pensado en ella. Desde luego se me hacía difícil cumplir con mi deber estando ella de por medio; de una forma u otra iba a hacerla sufrir. Pero lo habría hecho. Por un lado, había

elegido el lugar: el camino. Habría esperado a que te marcharas de ruta y te habría seguido hasta estar lejos de aquí; te habría matado con mis propias manos y habría buscado un lugar por el que despeñar tu cadáver. Aunque no fuera un plan perfecto, Aina siempre temía que en tus viajes sufieras algún accidente. Habría sido el modo de hacerle menos daño. Por otro lado, había marcado la fecha. Lo iba a hacer dentro de siete años, por tres razones: una, la evidente, en honor a mi madre, gracias a quien he aprendido a medir mi vida en tramos de siete años; dos, porque así Aina dispondría de siete años más para estar contigo; yo habría dado cualquier cosa a cambio de que alguien hubiera hecho lo mismo por mí hace, fíjate, siete años, cuando ese alguien tuvo oportunidad de hacerlo en lugar de pactar con un hijo de puta la muerte de mi madre; y tres, porque para entonces tú ya habrías dado por hecho que yo había dejado pasar el asunto, con lo que tu cara, al comprobar que no había sido así, habría dado sentido a la espera.

Bebí. Él ya no decía nada. Llenó mi taza.

—Pero hace poco —proseguí—, cuando Aina me hizo saber que por fin había decidido irse de aquí, cuando yo, alelado, como siempre, babeando de felicidad por la noticia, pensaba que las cosas empezarían a mejorar para ella, me pidió aquello.

Pensé en Aina, ya en Llubí. Pensé en la cestilla con las dos manos cogidas labradas en el fondo, sobre el cuadrado de madera.

—Yo mismo, te lo digo de verdad, he quedado maravillado con el don que posee tu hija. ¿Lo has pensado alguna vez? Sale vida de cada poro de su piel. De su aliento, cada vez que respira.

—Desde pequeña.

—¿Te acuerdas de Apoloni? La mujer gorda que cuidó de mi padre y de mí una temporada...

—Sí, la recuerdo.

—Aquella mujer tenía el mismo don. Otras dos mujeres pasaron por mi casa antes que ella y las dos salieron de allí despavoridas. Ella le dedicaba mucho tiempo a mi padre. Lo cuidaba realmente, no por obligación, sino por gusto. Porque era lo que le dictaba lo que

ella llevaba dentro. Pues bien, aquella mujer, siempre que coincidía con Aina en mi casa, o fuera de ella, le guiñaba un ojo. A mí aquello me llamaba mucho la atención. Ni Aina ni yo sabíamos qué podía significar, pero ahora lo sé. He pensado mucho en ello estos días. Apoloni había reconocido en tu hija a alguien como ella, a alguien excepcional.

Me quedé observándolo, hipnotizado por sus ojos azules, los de Aina. Nada más de ella habitaba en aquel hombre.

—En resumen —concluí—, no puedo llevar a cabo lo que he soñado durante estos siete años: pulverizar a los asesinos de mi madre. No puedo hacerlo porque tu hija me ha pedido que cuide de ti. Eso significa que haré cuanto esté en mi mano para que cada vez que ella vuelva te encuentre vivo, lo que sea. Eso significa que si es necesario vendré hasta a bañarte, a afeitarte, a limpiarte el culo. Lo que haga falta. ¿Lo has entendido?

—Marc...

—Ni abras la boca.

Me levanté, apuré la taza y fui hacia la puerta. Mientras caminaba, sin volverme, sin ánimo para verle la cara, me despedí:

—Estoy a tu disposición, no lo olvides.

Las creencias, los torrentes

Sin Aina, todo quedó desierto.

Aquellos mecanismos que regulaban el mundo seguían en movimiento y nosotros nos movíamos con ellos, pero faltaba una pieza fundamental.

Habían pasado un par de meses y el sol arreaba como nunca, de modo que mi padre y yo seguimos enlazando una *sitja* tras otra. Ya no respetábamos el par de días de descanso que nos tomábamos entre ellas. Aquellos dos días, en casa, sin la recompensa de que Aina apareciera por la puerta, no tenían ya ningún objeto. Mientras nos manteníamos en la *sitja* estábamos ocupados. Además, contaba con los largos días, las largas noches, las largas vigiliass. En ellas volvían a mezclarse la realidad y el sueño. Así como antes de su marcha siempre hubo noches en que mi madre volvía a la vida para mí, ahora también volvía Aina. A veces lo hacía en la cabaña, a veces en el claro, tumbada en el suelo. A veces la encontraba en el encinar, yendo yo en su busca.

Mi padre estaba aseado, afeitado y vestido, y aguardaba fuera, en el banco de madera. Eran las doce del mediodía y nos disponíamos a ir a la posesión. Joana nos había invitado a almorzar.

Al llegar allí, acudió una criada que aún se pasaba un pañuelo por la boca. Era costumbre entre los señores que el servicio almorzara antes que ellos, con el único propósito de que no llegaran a sospechar que comían de los restos dejados por los primeros. Los

señores apreciaban tanto a los payeses como a los criados. A quienes les servían en su casa los llamaban, cariñosamente, *la familia*.

La criada nos condujo a la planta superior, al comedor. Cuando miré a mi padre vi sus ojos arrebatados. En aquella sala había vidrio y cristal como no habría en ninguno de los pueblos circundantes. Los destellos se multiplicaban, las luces se reflejaban, se dividían, se transformaban en otras mil luces diferentes. Joana acudió enseguida. Ella se quedó mirando a mi padre. La sala era un espectáculo incluso para quien no sintiera su influjo.

—Te habrá costado preparar esto —adiviné.

—Dos meses. No ha sido fácil, casi todo han tenido que traerlo de fuera.

Durante el almuerzo hablamos muy poco. Aquel momento le pertenecía a mi padre, ella lo había ideado así. Nos bastó con contemplarle a él. Al sentarnos a la mesa empezó a sonreír y no dejó de hacerlo hasta que salimos. Ni siquiera comió. Observaba con detenimiento cada objeto de cristal, uno a uno; sólo de vez en cuando entretenía la mirada en el *arruixador* —un espantamoscas colgado del techo y atado a una cuerda de la que tiraba un niño desde el cuarto de al lado—.

Más tarde nos trasladamos al invernadero. Él reconoció el camino y adelantó a Joana. Sabía a dónde se dirigía, el lugar no era nuevo para él. Se recreó unos instantes en el tramo del camino en el que el agua corría subterránea, prestando atención al ruido, escuchándola. Después echó a andar otra vez. En cuanto el valle se hizo visible a nuestra derecha, no le perdió ojo; mi padre conocía la sierra mucho mejor que yo, pero no tanto desde aquel ángulo, desde aquel rincón.

Llegamos a la explanada en forma de arco. Joana y yo permanecemos a la expectativa varios metros por detrás de él. Primero recorrió con la punta de sus dedos la valla de protección; a continuación caminó hacia la estructura de cristal. Recorrió también

con los dedos las aristas, el marco de la puerta, cada milímetro que quedaba a su alcance. Y entró.

Nosotros permanecemos fuera. Él ya había paseado entre las flores y estaba de pie frente a la mesa. Estaba concentrado en la cestilla. La única ocasión en que había estado allí, cuando Joana le suplicó que no se marchara de Caimari, aquel objeto no estaba todavía en el invernadero. Yo habría jurado que mi padre había dejado de respirar. También Joana. Él se sentó sin perder de vista la cestilla y fue estirando los brazos hasta que la tocó. Entonces levantó la cabeza hacia mí y leí en sus ojos que había reconocido en ella la firma de mi madre.

Joana fue hacia la mesa, se sentó también y cogió una de sus manos. Después me miró a mí, con los ojos humedecidos, y me uní a ellos.

La tercera silla era la mía.

Íbamos en el barco los tres, mi padre, mi madre y yo. Yo estaba en la proa. Nunca habíamos llegado tan lejos en el curso del río. El cauce se abría ante nosotros y el olor del mar ya no llegaba a ráfagas, sino que era constante. Lo teníamos tan cerca que se me antojaba imposible que nos alcanzaran las aves blancas. Estaba emocionado, más por momentos, y me volví hacia mis padres. Ellos estaban sentados juntos, mirándome a mí, y tenían sus manos unidas. Me sonreían como si estuvieran evaluando algo, como si me estuvieran poniendo a prueba. Sobre sus cabezas, en la lejanía, río arriba, vi una mancha que crecía en el cielo. Eran ellas. Las aves venían. Me giré inmediatamente hacia el mar, tan próximo, y volví a mirar atrás. La mancha se había abierto y nos llegaba ya un eco de graznidos.

—No puede ser —protesté—. No puede ser, cuando estamos tan cerca. ¿Nos van a alcanzar?

—No —me aseguró mi padre.

Dejé escapar un suspiro de alivio. No perdí detalle del abanico blanco que se desplegaba a su espalda, del estruendo aterrador que colapsaba nuestros oídos. De aquello que en cada sueño me producía tanto pavor.

Oí un golpe sordo detrás de mí, en la proa. Mis padres habían levantado la mirada hacia allí, por encima de mí, y habían dejado de sonreír. El barco se había balanceado. Lentamente me di la vuelta y la vi. El ave blanca más grande de cuantas habían pasado por mis sueños estaba ante nosotros. Se había posado en cubierta y sus alas apenas nos dejaban ver el mar. Tenía los ojos en llamas, las fauces a la vista; sus dientes poblaban aquellas fauces y se perdían hacia el interior del pescuezo, como si el ave entera, en su interior, sólo fuera una cueva plagada de colmillos.

Mi padre se puso a mi lado.

—Me habías dicho que no nos alcanzarían —le reproché.

—Y no lo han hecho. Ésta viene de allí, del mar.

No lo entendía. El monstruo dio un paso adelante, nos quedaba poco tiempo.

—Si en el mar también hay aves blancas, ¿por qué nos dirigimos allí?

—Da igual hacia dónde nos dirijamos, las hay en todos los lugares. No hay rincón al que no hayan llegado.

—¿Por qué el mar, entonces?

—Porque lo has elegido tú. Éste es tu sueño.

Durante las semanas siguientes la vaguada, el valle y la falda de la sierra hirvieron.

Agosto era el peor mes del año para el carbonero, asfixiante hasta el desmayo. Habíamos terminado otra *sitja* y nos íbamos a tomar un receso de varios días. Los hombres de Joana que nos ayudaban en la tala ya estaban advertidos. Yo regresaba de nuestro bosque, del que nos pertenecía a mi padre y a mí. Periódicamente

paseaba por allí para limpiar la tierra de rastrojos y ramas secas, de cualquier resto que pudiera suponer un riesgo de incendio.

Frente a mi casa había dos caballos, uno de ellos montado por un jinete de silueta encorvada, con sombrero. El otro hombre, con la cabeza descubierta, se había apeado y estaba agachado a poca distancia de mi padre, quien permanecía sentado en el banco de madera, allí donde lo dejé. Lo observaba fijamente. Al percatarse de mi presencia los dos extraños me miraron. El que iba a pie se irguió y me encaminé hacia él. Era más alto que yo, de tez morena. Tenía el cabello negro y espeso; los ojos, del mismo color. No era un payés; ni iba a ser amigo mío, acercarse a mi padre no era lo mejor que podía haber hecho para serlo. Alguien me había enviado a esos dos hombres. Pensé deprisa. Descarté que Massutí o Ganxo hubieran dejado atrás a alguien que quisiera tomarse la molestia de venir a buscarme. El buhonero. Aunque yo ya no supusiera una amenaza para él, él sí podía tener razones para enviarme a alguien. Rencor, quizá.

Esperé. Aquel hombre hizo una mueca, señaló a mi padre con la cabeza y me preguntó:

—¿Es tonto?

Cayó al suelo, un metro más atrás. No tuve tiempo ni de pensármelo. Le había partido la nariz de un golpe y la sangre había salpicado mi camisa. Hizo ademán de empuñar un cuchillo bajo la pernera de su pantalón, sobre el tobillo. Lo soltó y se incorporó, vigilándome, con ambas manos haciendo pantalla sobre la herida. La sangre había resbalado por encima de sus labios y goteaba desde el mentón.

—¿Estás loco? —profirió, atónito.

—No te conozco, no he abierto la boca y tú ya me has hecho dos preguntas y has insultado a mi padre. Éste no es tu sitio.

Dio un paso al frente y el jinete, con voz suave, intercedió:

—El señor tiene razón. Y estamos en su casa. Las cosas suelen irnos mejor cuando estás callado, haz el favor de seguir así.

Espoleó al caballo y se adelantó hacia mí. Tenía el sol a su espalda. Era mayor que el otro hombre, pero no podía ver su cara con claridad.

—¿Qué queréis? —le reclamé.

—Disculpe a mi amigo, no ha querido molestarle. Es impaciente. Es la cuarta vez en dos semanas que pasamos por este lugar y ya creíamos que aquí tampoco vivía nadie.

Pensé otra vez en el buhonero, no había más casas cerca y él se había marchado de ruta. Su casa estaba vacía.

—No venimos a verles a ustedes —me aclaró—, sino a su vecino. ¿Sabe si va a volver?

—No, no lo sé.

—¿Sabe algo de su familia?

—¿Quién es usted?

—Mi nombre no le dirá nada. Tenemos que despachar un asunto con él, eso es todo.

—¿Y para qué necesita a su familia?

—Por si nos pueden dar razón, naturalmente.

No me gustó que hiciera referencia a Aina y Arnau. No sabía si me había inquietado más su pregunta, el tono con que la hizo o la suavidad de su voz. También me inquietó una súbita sospecha. No podía ser bueno que pocos meses después de que el buhonero resolviera sus problemas volviera a aparecer alguien en su busca. Ahora tal vez fuera yo quien estuviera interesado en prolongar aquella conversación. Les invité a pasar y a refrescarse. Preferí que mi padre se quedara fuera. Ataron los caballos y me siguieron al interior de la casa.

Bebieron agua y les ofrecí licor. Sólo el viejo aceptó. Al hacerlo se quitó el sombrero y fue entonces cuando vi su cara con nitidez. En ella no había nada que me interesara, a excepción de uno de sus ojos, cubierto por una película blanca. Aquél era el tuerto del que me había hablado Aina, el que había venido antes de que comenzara todo a reclamar la deuda de su padre. El otro hombre me pidió

permiso para ir a la cocina a lavarse la herida y se lo di. El viejo y yo nos sentamos a la mesa. Bebí con él y llené otra vez los vasos.

—Soy amigo de la familia —le anticipé—; dígame, ¿qué quiere saber?

—Cuándo va a volver, con eso me basta. ¿No vivían sus hijos con él?

—Sus hijos se han marchado, les ofrecieron trabajo fuera de la isla.

—¿A los dos a la vez?

—En el mismo sitio.

—Vaya. Una suerte, ¿no?

—No sabría decirle. El padre no se ha marchado, está por los caminos. Volverá pronto.

Él no había dejado de sonreír. Me estudiaba con calma, ponderando la información que debía o podía darme. Traté de ayudarle:

—Sé que han atravesado dificultades, pero tenía entendido que estaban resueltas.

—¿Qué dificultades le constan, concretamente? En confianza...

—Una deuda, ¿no es así?

—Así es. ¿Se lo contó él?

—No.

—Los chicos, entonces. Más o menos deben de ser de su misma edad. Una chica preciosa, verdaderamente, no parece hija de su padre. ¿Se han ido muy lejos?

El otro hombre se sumó a la reunión. Presionaba un pañuelo contra su nariz.

—Me decía el señor —le informó el viejo— que los hijos del buhonero se han marchado de la isla. Por trabajo. —Dirigió sus ojos otra vez hacia mí—. ¿Se han ido muy lejos?

—Lo suficiente como para perder de vista a gente como su amigo.

Se echó a reír. El joven descansó los dos brazos en la mesa.

—Hacen bien —aprobó el mayor—. A veces se pone violento, tiene que ver con su impaciencia, es algo que no he podido corregir. Pero con ellos no lo fue en ningún momento, no me diga que los asustó.

—¿No está saldada la deuda?

Volvió a escrutarme.

—Sí, bueno... —se demoró—. Digamos que no del todo.

—¿Cómo que no del todo?

—Tampoco sé hasta qué punto puedo confiar en usted, no se ofenda.

Apuré mi vaso y lo llené de nuevo. Su único ojo brilló, en contraste con la superficie lechosa del otro.

—Yo lo ayudé a conseguir el dinero —alegué—, hasta ese punto puede confiar en mí. Más aún si comprende que para mí no ha sido fácil hacerlo y que he comprometido mi palabra. ¿Qué parte de la deuda ha saldado?

Echó un vistazo a su compañero.

—En ese caso supongo que puedo decírselo... La mitad. —Movié los labios, como si se los mordiera, y calló un instante por si yo decía algo; adivinó lo que estaba pasando por mi cabeza—. La mitad, nada más.

No respondí. Algo se encendió en mi interior. Una furia, que me costó contener delante de aquellos hombres, me abrasaba. El buhonero, pese a todo, reincidía. De él sólo se podían esperar despropósitos. Joana le había prestado la totalidad del dinero, sobre eso no tenía dudas; aquella mujer, con aquel gesto, me estaba pagando una deuda a mí; de honor, si se quería. Si le hubiera bailado un número, me lo habría dicho. El buhonero, además, me aseguró haber saldado la deuda al dejarme el caballo para ir yo a Lluçmajor. La deuda, no la mitad. Incluso Aina me habló del momento en que su padre llevó el dinero de la señora a su casa. Arnau había visto los pagarés, sabía de qué cantidad se trataba.

El tuerto metió la mano en un bolsillo de su pantalón, desdobló un papel y me lo mostró. Era un pagaré.

—Esto es lo que falta —me documentó—. Rompimos los otros papeles y nos extendió éste.

—No conozco su firma, pero da igual. Le creo. ¿Qué les dijo?

—Nos pidió unos meses más para conseguir el resto —intervino el joven.

—El plazo que le dimos no ha vencido —añadió el otro—, pero hay gente a la que conviene recordarle las cosas.

Me levanté y fui hasta la ventana. Necesitaba tiempo para digerir aquello, para apaciguarme. Se me ocurrió que la otra mitad bien podía haber estado despachándose sobre un tapete verde, en una partida de cartas.

Ellos también se levantaron y se acercaron a la puerta. Mientras el viejo volvía a ponerse el sombrero, me preguntó:

—¿Cree que volverá?

Yo me estaba haciendo la misma pregunta. Porque aquella otra mitad, si no se había ventilado sobre un tapete, podía servir para muchas metas; a cual peor, según se me iban ocurriendo.

Volvería, no podía ser de otro modo. Sus hijos eran todo lo que tenía. No los dejaría expuestos a ningún peligro, fuese del tipo que fuese.

Pero por más fe que pusiera en esa idea, cuanto más lo pensaba, menos lo creía. Con el buhonero de por medio, cualquier equilibrio se tornaría frágil; cualquier enmienda, cualquier reconstrucción, acabaría por venirse abajo.

—Lo hará —le aseguré.

—He dejado una tarjeta sobre la mesa...

—Les avisaré.

—Si no le encontramos a él, tendremos que buscar a sus hijos. Lo entiende, ¿verdad?

No importaba cuanto uno hiciera para enderezar las cosas. Había una tendencia natural e infinita hacia la putrefacción.

Aquello que aparentemente había quedado solventado meses atrás, no lo estaba. Los gusanos bullían entre los desechos, la carne podrida era pasto de otras inmundicias, las alimañas renacían. Las aves volvían a asomar sus cabezas entre la maleza y sus graznidos atronaban de nuevo los torrentes, las cuencas de los ríos.

El Búho, hacía siete años, había robado a Massutí y había vendido a mi madre, pero recibió la ayuda de Andreu, el hermano de Joana, y salió adelante. Entretanto, su hija corrió un riesgo de muerte.

Recientemente el Búho cometió otro error, endeudándose muy por encima de sus posibilidades; su hija tuvo que pedirme lo que no habría pedido nunca para ella, y yo, a mi vez, hice lo propio con Joana. Por el camino se había quedado Ganxo, cuya pérdida tenía que haber reportado algún bien para quienes quedábamos vivos; también se habían quedado Massutí y Rompehuesos, cuyas pérdidas llevaban a la misma conclusión o a la misma esperanza. Aina, además, sin saberlo, impidió que yo acabara con su padre. Una vez más, la conclusión lógica, al menos para un cándido, habría sido suponer que todo aquello había servido para algo.

Y así había sido. Aquello había servido para que el buhonero siguiera con vida. Tanto la primera como la segunda vez. Así como los inocentes debíamos expiar las penas de los culpables, éstos debían continuar generando culpas. Era así de sencillo. Porque en realidad no había inocentes ni culpables. Porque como descubrí con Massutí y con Ganxo, yo no era mejor ni peor que ellos.

Sólo había vida. Una línea continua. El resto, la fe y la esperanza, el bien y el mal, la ética, los compromisos, las deudas; las creencias, a fin de cuentas, eran las ilusiones de las que me había hablado mi padre. Las creencias, ésas sí y todas, eran aves blancas; y se reproducían de forma incontrolada.

Aunque no hubiera tarea más ingrata ni infructuosa, había que matarlas. O intentarlo. Tal como me dijera mi padre, a veces eran personas a las que había que degollar; a veces, promesas que había que romper.

Noche de perros

Hacía guardia desde la loma que ocultaba la casa del buhonero. Era la tercera noche que lo hacía. Cuando le vi llegar por el camino, a la luz de la luna, suspiré. Desde que supe que sólo había entregado la mitad del dinero de la deuda no tenía la menor garantía de volverlo a ver.

Mientras él bordeaba la loma con el carro, fui hacia su casa y aguardé cerca de la puerta, agazapado en la oscuridad. Pasó de largo en dirección a la cuadra y tardó unos diez minutos en aparecer delante de mí, a cinco metros de distancia. Esperé a que introdujera la llave en la cerradura, me aproximé a él y apoyé el cañón de la escopeta en su nuca. No se inmutó, tan sólo fue levantando las manos muy despacio hasta sus hombros.

—Abre —le ordené.

—¿Marc?

—Que abras.

Entramos, él encendió una lámpara de carburo y cerré la puerta. Descolgué el saco que llevaba a la espalda y lo dejé caer. Le indiqué que sacara de él dos trapos, que se sentara y que se atara con ellos las piernas a las patas de la silla. Lo hizo y alzó la cara hacia mí, tan impenetrable como siempre, tan grosera. La piedra de su cabeza se ladeó un poco, sembrando su cara de sombras.

Saqué otro trapo, fui detrás de él y le até las manos a la espalda.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceó; no se había acobardado al sentir el cañón en la nuca, pero ahora su voz estaba afectada.

Apoyé la escopeta contra una silla y fui a por el saco. Me senté delante de él y extraje un hacha. La dejé sobre la mesa, entre nosotros. Le miré sin abrir la boca.

—¿Qué pasa, Marc?

—He cambiado de opinión.

—¿Que has cambiado de opinión? —Puso su atención en el hacha —. ¿Qué significa eso?

—¿A ti qué te parece?

—¿Vas a matarme?

—Tenía que haberlo hecho antes, nos habríamos ahorrado unos cuantos inconvenientes.

No parecía asustado. Meditaba. Calculaba.

—¿Qué hay de la promesa que le hiciste a mi hija?

—No eres el más indicado para reclamar nada. Tu hija estará mejor sin ti, como todos los demás. ¿Sabes que Ganxo iba a venir a buscarla? Por más dinero que le hubieras dado, él la habría matado, aunque su vida no tuviera relación con ese dinero. La habría matado porque quería hacerlo, porque para él las palabras no servían.

—Ese hombre era un miserable.

—Tú eres peor que él. Además de vender a mi madre, me vendiste a mí. Y si yo no hubiera acabado con él, también habrías sido responsable de la muerte de tu hija. Ganxo era un asesino, lo llevaba en la sangre y actuaba por placer. O por instinto. Tú lo haces por codicia. Él no podía evitarlo; tú sí.

—¿Qué va a pasar con la señora? ¿Qué va a pasar con el préstamo? —planteó; frío, imperturbable, como si aquello fuera una negociación—. Fuiste tú quien dio la cara ante ella.

—El préstamo no lo ibas a devolver.

—Devolví el del señor.

—No habías gastado todos tus cartuchos, ahora es distinto. Pesabas siete años menos. Has agotado la isla y tus jugadas, antes o después te habrías largado de aquí. Además, la señora no va a morir de hambre si no recupera su dinero.

—¿Y qué hay de ti? De tu padre. Eres muy joven, no puedes arruinar tu vida. Es un disparate.

—Mi vida la arruinaste tú hace siete años.

—No puedes hacer esto, tú no eres así. ¿Qué diría tu padre, Marc? ¿Dónde está?

—Durmiendo como un bendito, como lo que es. Cuando estamos en casa no necesita compañía, no necesita a nadie. En cuanto a lo que él diría... Si él supiera todo lo que ha ocurrido no habrías vivido tanto tiempo. Da gracias a que no se haya enterado.

Me levanté y fui a buscar la botella de cazalla. Me serví un vaso y la dejé sobre la mesa. Le contemplé de pie, mientras bebía. Se pasó la lengua por los labios y me sostuvo la mirada. Después sonrió.

—No vas a hacerlo —adivinó.

—¿Por qué no?

—Por mi hija, por el préstamo, por las consecuencias de hacerlo aquí, donde sólo vivimos vosotros y yo. Sabrían que has sido tú.

—¿Te ha dado la impresión de que eso me importe?

—Eres inteligente. Y precavido. Sabes lo que haces. No te han relacionado con las muertes de los otros, no cometerías esa estupidez. Y está tu padre, no te arriesgarías a que os separaran.

—Ya. El caso es que todo eso puede tener valor mientras uno viva dentro de la normalidad. Cuando uno no puede dormir pensando en que el culpable de la muerte de su madre vive en la casa de al lado, la cosa se desdibuja, créeme. Cuando uno piensa que hay una forma de que mi padre y yo podamos descansar por fin, sabiendo que se ha hecho algún tipo de justicia; o piensa que ninguna promesa dada ni ninguna cantidad de dinero compensan las pesadillas; o piensa que todo su futuro pasa por quemar madera sin cesar, *sitja* tras *sitja*, viviendo en la penuria; o...

—Marc —me interrumpió—. Marc, escúchame...

Ya no sonreía. Había empezado a sudar. Vacíé el vaso de un trago, fui a la cocina, lo lavé a conciencia y volví a la sala. Sudaba un poco más. Pasé un trapo por el cuello de la botella y cogí el hacha.

Me puse frente a él. Le di unos segundos. Luego así el hacha con las dos manos y abrí un poco las piernas.

—Marc, escúchame... Hay una solución para todo esto.

Coloqué el filo de la hoja sobre su cabeza, marcando el centro. Cuando el hierro tocó su piel, todo él se encogió. Iba a amagar ya con golpearle cuando gritó:

—¡Espera!

Bajé el hacha. Me creía. Antes de hablar, emitió un quejido.

—Marc, escucha... —Hizo una pausa para subrayar lo que diría a continuación—: Tengo dinero. Mucho. Podrías curar a tu padre con él, podrías darle los mejores cuidados... Ya sé que eso no arregla nada de lo que ha pasado, pero todavía puedes sacar algo bueno de esto. Escúchame, no tienes que complicarte la vida, ni pasar penurias. Aprovecha lo que se te pone delante. ¿De qué serviría matarme? Piénsalo un momento. Con ese dinero puedes hacer muchas cosas.

Me examinó con los ojos muy abiertos, con expectación o ansiedad. Sus ojos azules, los de Aina, me desarmaban. Él insistió, consciente de que no contaría con mejor ocasión:

—Pocas veces tendrás una oportunidad como ésta. Úsala...

—Si ese dinero existiera no habrías tenido que pedir el préstamo.

—Antes de que mis hijos se enterasen de la deuda, había conseguido reunir una parte. Y cuando fui a saldarla, entregué sólo la mitad de lo que la señora me dejó. Tengo la otra mitad y aquello que pude reunir antes.

—¿Por qué? ¿Por qué sólo la mitad?

Bajó la cabeza y caviló. El hacha había conseguido lo que yo me había propuesto. Si hubiese planteado aquel encuentro preguntándole directamente por ese dinero, se habría atrincherado. Tenía que persuadirle, de entrada, de que iba a acabar con él a toda costa.

Habiendo hecho la confesión, el buhonero tenía que decidir ahora la respuesta que iba a dar a mi última pregunta. Tenía que elegir entre decirme la verdad o volver a mentirme.

—¿Por qué devolviste sólo la mitad? —le repetí.

Agitó su enorme cabeza, buscando un argumento o un pretexto, y resolvió:

—Por lo mismo que te he dicho antes. Porque a mí tampoco se me va a presentar otra oportunidad como ésta.

Adoptó una expresión de resignación, incluso de pesar o de cansancio. Sus labios estaban secos. Me senté otra vez delante de él, con las dos manos apoyadas en el mango del hacha. Fingí pensar en lo que me había dicho. Poco a poco sus ojos volvieron a cobrar vida.

—¿Qué pensabas hacer? —le pregunté—. ¿Pensabas marcharte? Él asintió.

—¿Y tus hijos?

—Han empezado en otro lugar. Les irá bien, ya no me necesitan.

—¿En qué situación nos habrías dejado a la señora y a mí?

Bajó de nuevo la cabeza. La ruindad de aquel hombre no tenía medida. No sentí lástima por él. Mi irritación, mi furia, también se habían atemperado. El buhonero no merecía nada; menos aún, piedad. Nada más allá de un tibio desprecio.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quienes reclaman la deuda, si no te encuentran a ti, irán a por tus hijos? ¿Se te ha llegado a pasar por la cabeza?

Apartó la mirada hacia la mesa. Llamé su atención golpeando el hacha contra el suelo.

—Después de lo que le sucedió a mi madre, después de ver lo que hacen con los inocentes que han tenido la desgracia de estar cerca de ti, ¿eres capaz de abandonar sin más a tus hijos?

—Esta gente no es como aquélla, no son peligrosos.

—¿Puedes explicarme entonces por qué el joven que acompaña al tuerto lleva un cuchillo?

Frunció el ceño y retrajo la cabeza.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Estuvo a punto de sacarlo cuando le partí la nariz, hace dos días.

—¿Dónde?

—En mi casa. Venían a recordarte que el plazo que te dieron está a punto de vencer.

—Todavía falta un mes...

—El tuerto es de los tuyos, pero con seso. Ya sabe que has tenido la ocurrencia de irte de aquí sin liquidar lo que debes. Han vigilado tu casa, estoy seguro. Y saben también que tus hijos se han ido. Se han anticipado al plazo porque no te quieren perder la pista.

Aquello causó el efecto que yo esperaba. Su semblante se oscureció y apretó los dientes. Era el momento de darle una razón más para preocuparse:

—Ahora saben que tenías la cantidad total cuando fuiste a pagar.

—¿Se lo has dicho tú?

—Ellos me dieron información, algo tenía que darles a cambio.

Me incliné, buscándole la cara. La cabeza del buhonero había empezado a hacer agua.

—Parece mentira —proseguí— que alguien capaz de maquinarse lo más insospechado para conseguir dinero, sea tan torpe valorando sus consecuencias. Parece mentira que después de lo de mi madre, y eso no es más que una parte de tus andanzas, no hayas escarmentado. A los miserables, como tú los llamas, se les acaba pillando antes o después. De hecho has tenido mucha suerte de que esto no haya salido a la luz hace tiempo. Habría bastado con que la señora y el señor tuvieran una comunicación más fluida. Él se mueve en los círculos donde tú juegas a las cartas y es probable que le haya llegado noticia de que has pagado una parte de lo que debías, pero la señora no le ha dicho que fue ella quien te dejó el dinero. En caso contrario me habría enterado antes de lo que habías hecho.

—Marc, repartámoslo. Entre tú y yo. Es la única manera.

—La única manera de ¿qué?

—De salir bien parados.

Su desfachatez, su inconsciencia no tenían límite.

—¿Dónde está ese dinero?

—Aquí cerca, detrás de la casa.

—Vamos a ir a buscarlo. Después te diré lo que vamos a hacer.
Cabeceó. Se rehízo.

—Te voy a soltar. Si haces alguna tontería, te vuelo la cabeza, ¿te ha quedado claro? ¿Tienes alguna duda de que lo haré?

—No.

Deshice el nudo de sus manos y le encañoné mientras él liberaba sus piernas. Cogió la botella de cazalla y bebió un trago. Al salir de la casa se encaminó hacia el carro y extrajo una pala de la caja. Después rodeamos la cuadra y nos internamos en el bosque. A unos treinta metros se detuvo, me señaló con la pala un punto entre unas piedras y se puso a cavar allí.

Le contemplé apoyado contra un árbol, entre la ofuscación y el asombro por su insensatez, por el caso sin remedio que era aquel hombre. La luna brillaba intermitentemente en la pala mientras ésta entraba y salía de la tierra. A una profundidad de medio metro dejó de cavar. Echó mano al interior del agujero y sacó de él una caja metálica, cuadrada, de unos veinte centímetros por lado. La alzó hacia mí, la cogí y le indiqué que volviera a tapar el hoyo.

De regreso, dejó la pala en el carro y entramos en la casa. Le obligué a que se atara otra vez las piernas a la silla. Protestó levemente pero lo hizo. Dejé la escopeta y la caja sobre la mesa y le até también las manos al respaldo. Me senté frente a él. En aquella caja, tal como había dicho, había más dinero del que yo llegaría a ver en toda mi vida. La cerré y la metí en el saco; a continuación metí el hacha.

Al ponerme en pie me lanzó una mirada de rabiosa desconfianza.

—¿Me vas a dejar aquí tirado? —gruñó.

—Un rato.

Sonrió, convencido de que yo no regresaría.

—¿Ves como no somos tan distintos? —concluyó.

No lo éramos. Reflexioné antes de decir nada.

—Ahora voy a ir a buscar al tuerto y a su amigo —le revelé.

Se exaltó.

—¿Estás hablando en serio? —Su cuello se estiró, las aletas de su nariz se abrieron—. ¿Cómo se te ocurre tal cosa?

—No se me ocurre nada peor, para estas cosas no sirvo. No tengo tu talento.

—¿Me vas a dejar en manos de esos dos?

—¿No habías dicho que no eran peligrosos?

Apretó otra vez los dientes, enconado.

—Sabrán que tú tienes el dinero —se defendió—; se lo diré, irán a por ti.

Le sonreí. Él, finalmente, se rindió. Dejó caer la cabeza y la movió de un lado a otro. Después oí un débil gimoteo. Pasados unos segundos la levantó; sus ojos estaban enrojecidos.

—Piensa en Aina —probó.

Le respondí sin dejar de sonreír:

—Eres un sinvergüenza.

—¿Qué va a ser de ella?

—Precisamente por ella voy a ir a buscar al tuerto. En primer lugar, porque la acosó hace tiempo sin ninguna necesidad de hacerlo. Entonces yo ya debí haber hecho algo al respecto, pero no tuve ocasión. Y segundo, porque cuando tú y yo nos repartamos el dinero y desaparezcamos de aquí no quiero que vaya a por ella, no quiero que tenga la más remota posibilidad de hacerle daño. Alguien tiene que pensar en Aina, si su padre no es capaz de hacerlo.

Sus ojos volvieron a abrirse, perplejos, alentados por un resquicio de esperanza.

—Siempre he sabido que no ibas a hacerme nada —murmuró—. ¿Qué has pensado?

Saqué la tarjeta del pantalón y se la mostré. Había un nombre de una finca y una dirección.

—¿Dónde está esto?

—Es la casa de Martín. Del tuerto. El otro es su sobrino, vive con él. Tienes que salir de Inca hacia Lloseta y tomar el cuarto sendero a la izquierda. Es la primera casa. ¿Vas a ir ahora?

—Ahora mismo.

—Son las dos de la mañana.

—La mejor hora para encontrarlos en casa. ¿Dónde está tu escopeta?

—¿Para qué quieres mi escopeta?

—Porque voy a necesitar dos armas.

Él se echó a reír.

—Eres un canalla —bromeó—. Lo tenías todo pensado, ¿eh? Está en mi cuarto, donde siempre. Pero está registrada, usaremos una que llevo en el carro. Desátame. ¿Qué tenemos que hacer?

Tuve un escalofrío. Las tripas del buhonero estaban mucho más sucias de lo que yo había llegado a elucubrar.

—Voy a ir a buscarlos. Se extrañarán por la hora que es. La única forma de ganarme su confianza es hacerles creer que estoy de su lado. Saben que me has dejado en mal lugar; que he tenido que dar la cara por ti para conseguir el dinero de la deuda y que me preocupa el camino que está tomando este asunto. Además les convenceré de que Aina y yo tenemos una relación más que amistosa y de que haría cualquier cosa por protegerla. El tuerto se lo huele, me hizo hincapié en que irían a buscar a tus hijos. Me creerán. Como ves, hasta aquí, ninguna mentira. Decir la verdad funciona, deberías probarlo. Ellos no me dejarán regresar solo, no se arriesgarán a caer en una trampa. Es imprescindible que tú sigas atado a la silla porque también les diré que es así como te he dejado. Eso terminará de despejar sus dudas, por si les quedaba alguna. En cuanto lleguemos aquí y comprueben que no les he mentado, dejarán de preocuparse por mí para centrarse en ti. Echarán un vistazo a las habitaciones. A mí me mantendrán cerca durante un rato, pero encontraré el momento para actuar. Dejaré el arma de mi padre en la habitación de Aina, en el armario, y la del carro, en la cocina, en la otra punta de la casa. No será difícil hacerme con una de ellas, y en el peor de los casos puedo tirar de cuchillo. —Levanté mi camisa y vio la empuñadura en mi cintura—. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna. Ya te he dicho que no son como los hombres de Massutí. Funcionará. ¿Qué hacemos después?

—Los llevaremos al solar del Negro, ellos a pie y nosotros a caballo, en los suyos. Allí los pasaremos a cuchillo y los arrojaremos a la fosa de la mina. Los caballos irán detrás.

—Podemos llevarlos al torrente. A las grietas de la montaña, allí no los encontrarán nunca.

—Tampoco en la fosa. Y si alguna vez los encuentran, nosotros ya no estaremos aquí. Además el torrente está demasiado lejos, podemos toparnos con alguien.

El buhonero dejó vagar su mirada, cerciorándose de que no quedaba nada al aire, y aprobó el plan moviendo la testuz.

—Bien —resumió; no tenía escrúpulos, no había en él el menor asomo de humanidad.

Salí de la casa y cogí la escopeta del carro. Estaba cargada. No me costó imaginar al buhonero usándola en sus escaramuzas. Volví a entrar, coloqué las dos armas en los lugares que había elegido y arrastré la silla con aquel hombre encima hasta una columna. Pasé una cuerda a su alrededor y lo até a ella firmemente. Cerré el saco y me lo cargué al hombro.

—¿Por qué me atas aquí? ¿No bastan los trapos?

—No. Vas a estar solo una hora y no quiero que se te ocurra nada brillante.

Le oí a mi espalda:

—Marc, aunque no lo creas todavía no me he perdonado lo que le ocurrió a tu madre.

—No me cabe duda.

Saqué el caballo de la cuadra y pasé por mi casa antes de partir hacia Inca. Mi padre dormía profundamente. Me senté a su lado, le tomé la mano y compartí un minuto con él, siguiendo su respiración. Después dejé el cuchillo en la cocina, escondí la caja metálica, tiré el saco en mi habitación y me marché.

Golpeé la puerta tres veces y oí la voz del tuerto. Supuse que el otro debía de estar ocupado con alguna maniobra y así lo corroboré cuando noté el cañón de una escopeta en mi espalda. Después escuché su voz, más grave que la del viejo:

—Puedes abrir, Martín.

La puerta se abrió y apareció el tuerto enfundado en un pijama de color azul oscuro. Le miré de arriba abajo. Él también se examinó y me sonrió:

—Me alegra mucho volver a verle.

—No imagino cómo reciben ustedes a quien no quieren volver a ver. Me refiero al arma, no al pijama.

—Más o menos igual. No solemos recibir visitas a estas horas, pero eso no va a ser ningún problema. —Se echó a un lado—. Pase, por favor.

Entré y me di la vuelta. El joven llevaba pantalón de calle y el pecho descubierto. Iba descalzo, su pelo estaba alborotado y continuaba apuntándome con la escopeta. El otro, sin mirarle, bajó el cañón paulatinamente con dos dedos y me invitó a pasar a la estancia contigua.

—Adelante, está en su casa.

La sala era espaciosa. Estaba alarmantemente descuidada. Daba la impresión de que no se había reparado ningún desperfecto durante muchos años. Había grietas en las paredes e incluso trozos de cal en el suelo. Una cortina colgaba de un solo extremo en una ventana, varias sillas estaban desvencijadas y los sillones que ocupaban el centro de la habitación lucían tantas manchas que no se adivinaba el color original de la tapicería. Había dos lámparas de carburo encendidas, una en la mesilla próxima a los sillones y la otra en la repisa de un mueble.

—Disculpe el estado de la casa —se excusó el viejo—. Yo ya no estoy en condiciones para ciertas cosas y Pau es un poco

descuidado. En realidad, es un verdadero salvaje, pero qué voy a hacerle, tampoco soy su padre.

Pau todavía tenía los bordes de la nariz inflamados y en sus ojos se leía que no se había olvidado de mí. No soltó el arma hasta que el otro se lo ordenó. Esperó a que el viejo y yo nos sentáramos en los sillones para ir a ocupar una silla tres metros más allá, sin acercarla a nosotros.

—¿Qué quiere tomar? —me ofreció el tuerto.

—Nada, gracias.

Él se sirvió un vaso de un licor anaranjado. Dio un sorbo y echó una ojeada a su sobrino antes de dirigirse a mí.

—Ayer mismo le decía a Pau que tendríamos noticias de usted. Me preguntó por qué estaba tan seguro y le contesté que esas cosas se intuyen, que no hace falta explicarlas. Él no lo entiende.

—Sospecho que no es lo único que no entiende.

La risa del viejo resonó en la sala. Luego se inclinó hacia delante y me preguntó:

—¿Sabe algo de nuestro amigo?

—Su amigo les está esperando en su casa, convenientemente atado.

—¿Atado? —Miró al joven, anonadado—. ¿Lo ha atado...? ¿Lo ha atado usted?

—Por allí no vive nadie más...

Se reclinó contra el respaldo y se tomó unos segundos.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Porque lo conozco un poco mejor que ustedes. Me han bastado dos razones: enterarme de que sólo había satisfecho la mitad de la deuda, cuando disponía de la totalidad, y escucharle a usted dudar de que volviera.

—Bueno... —Miró otra vez al joven antes de continuar—. Me deja usted... Sorprendente, la verdad. Desde luego son dos razones de peso, no se lo discuto.

Hubo un silencio. Aquel hombre tenía que terminar de encajar la información en su cabeza. Me anticipé a su siguiente pregunta:

—Podía haber esperado a que amaneciera y quizá no habría sido necesario atarlo, pero no quiero correr ningún riesgo. Hay una tercera razón, aunque dudo que ustedes puedan darle el mismo peso que le doy yo.

Me observó admirado, obnubilado. Luego volvió a sonreír.

—La hija del buhonero... —aventuró.

—La hija del buhonero. Eso es lo que el bueno de Pau no podía entender.

Rio de nuevo, complacido.

—Eso. No intentaremos explicárselo. Bien. ¿Y qué propone usted que hagamos?

—Yo no tengo que proponer nada. Ustedes vinieron a mi casa, me amenazaron y yo les he dado lo que me habían pedido. Se lo he puesto en bandeja porque tengo interés en que esto se resuelva, no me importa demasiado cómo lo hagan. Cuento con que usted sepa recompensar el gesto, lo resuelvan o no.

El viejo ya sabía a qué me refería. Su demora en la réplica obedecía a sus dudas, a algún recelo.

—Es justo —valoró al fin—. Tiene mi palabra de que dejaremos a sus hijos al margen. ¿Qué va a hacer ahora?

—A menos que Pau tenga otros planes para mí, saldré por esa puerta y me iré a dormir.

—¿Tendría inconveniente en acompañarnos?

—¿Para qué?

—Me quedaría más tranquilo. Además, vamos en la misma dirección.

Volví la cabeza hacia el joven, simulé sopesar el trance y le respondí:

—¿Tengo opción?

—No se lo tome como algo personal, no lo es.

—¿Va a ir en pijama?

—No —Rio; se puso en pie—. Disculpe, enseguida estaré listo.

Tomó la lámpara de la repisa y entró en una habitación. El otro hombre quedó sumido en las sombras. Asomaban sus piernas. Al

quedarnos solos, me susurró:

—No me fio de ti.

—A quién le importa.

Salió de las sombras, cogió una camisa del respaldo de una silla y fue a calzarse en un rincón, junto a la puerta de la calle.

Partimos hacia Caimari los tres juntos.

Llevamos los caballos a la cuadra y fuimos a la casa. Mientras Pau abría la puerta, el viejo y yo nos mantuvimos unos metros atrás. Una vez vieron al buhonero atado a la columna se desvanecieron sus suspicacias. Entramos los tres.

Dejé que se solazaran en la contemplación de aquel al que andaban buscando. El joven movió la cabeza a un lado y a otro y se asomó a la primera habitación, la de Arnau; hizo lo mismo con las restantes, pero no llegó a entrar en ninguna de ellas. Se contentó con empujar las puertas correspondientes hasta que quedaron completamente abiertas. Miró al tuerto y se aproximó al buhonero por la espalda. Tiró de la cuerda y revisó los nudos. Se irguió y volvió a mirar en nuestra dirección, aguardando órdenes.

En cuanto el viejo se alejó de mí dos pasos, corrí a la cocina. El joven salió a la carrera detrás de mí, pero sus zapatazos se interrumpieron en seco cuando se encontró con el cañón de la escopeta. La tenía a dos palmos de su cara, apuntando directamente a una nariz ya maltrecha. Era el arma que el buhonero llevaba escondida en el carro, la que no estaba registrada, la que yo podía usar sin cuidado.

Moví el cañón, se dio la vuelta y comenzó a andar. Nos reunimos con los otros dos. El tuerto se sentó a la mesa, apoyó los brazos en ella y entrelazó los dedos de las manos, estudiándome. Estaba tranquilo, tal vez decepcionado. Empujé al joven con el cañón y le ordené que desatara al buhonero. Aquellos dos hombres, en Inca, no habían tenido motivos para sospechar que fuéramos a matarlos. Aun habiéndose tratado de una emboscada, no había razón para que

temieran por sus vidas. El dinero que debía el buhonero no les pertenecía a ellos, sino a alguien de otra clase social, lo suficientemente acomodado como para evitar por cualquier medio verse involucrado en un delito de sangre; y aquellos dos hombres estaban trabajando, poco más, al margen de su simpatía hacia aquel al que perseguían. Aunque sus manos no estuvieran limpias, no eran hombres de Massutí. No eran asesinos profesionales, por así decirlo. Tampoco nosotros. Esas circunstancias explicaban que no hubieran extremado la precaución, que me hubieran seguido sin armas. Aparte de eso, no habría sido prudente llevarlas en plena noche por los caminos.

El tuerto, por tanto, estaba desconcertado. No sabía qué vendría a continuación y yo tampoco iba a darle la satisfacción de anticipárselo.

—¿Le importaría levantarse? —le pedí.

Lo hizo y el buhonero siguió mis instrucciones. Cortó por la mitad el trapo más largo, les ató las manos a la espalda y luego las piernas, holgadamente, de forma que pudieran caminar con pasos cortos. Al atárselas al joven palpó el cuchillo que éste llevaba en el tobillo.

—Déjalo donde está —le dije—, no quiero que les falte nada.

—¿Por qué no hemos usado la cuerda? —me preguntó él, ahora eufórico, dueño de la situación.

—Manías —le respondí, sin dejar de prestar atención al tuerto, sin dejar de recordar el deseo de matarlo que me obsesionó durante la primera quema del año—. Coge un cuchillo y ve a buscar sus caballos. Y trae la pala.

—¿La pala?

—Voy a hacerles trabajar un poco.

Cuando salió de la casa, bajé el arma. El joven tenía el rostro desencajado, habría sido capaz de matarme a mordiscos. El viejo continuaba tranquilo, pero ya barruntaba que aquello no iba a terminar de la mejor manera para él.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —me consultó.

—Tengo la corazonada de que hasta Pau podría adivinarlo. Matarlos, no se esfuerce. Me gustaría que se lo tomara como algo personal, lo es.

—Le creo. ¿Puede decirme por qué?

—¿Matarlos o que esto sea un asunto personal?

—Doy por hecho que la razón es la misma.

Sonreí.

—Es la misma, no se equivoca.

El buhonero entró y fue a buscar la otra escopeta. Empujó al joven hacia mí y me aparté para franquearles el paso. Fuera, el buhonero y yo montamos en los caballos y dejé que él se encargara de guiarlos bosque adentro. Me mantuve un paso por detrás, tan al margen como pude, agotado, absorto en las ráfagas de luz blanca que se colaban entre las ramas.

Tardamos veinte minutos en llegar al solar del Negro. Allí la vegetación crecía sin control, abandonada la tierra desde la muerte de su propietario. El tuerto cayó dos veces al suelo antes de alcanzar la fosa. Se había arañado la cara y hacía tiempo que andaba circunspecto. Los dos hombres llevaban la camisa empapada de sudor. Su piel también brillaba bajo la luz, nívea y espectral.

El buhonero estaba disfrutando. Se apeó del caballo y los llevó a empujones más cerca de la fosa. Cuando se volvió y vio que yo ahora lo estaba apuntando a él, su expresión se resquebrajó. Reaccionó de pronto y levantó su arma hacia mí.

—Búho, si esa escopeta estuviera cargada nunca te hubiera dejado cogerla. Alguien más despierto que tú habría aprendido a desconfiar de los planes de otros.

Amartilló un percutor. Él también sudaba. Vi los ojos de Aina bien abiertos detrás del cañón. El chasquido del percutor al apretar él el gatillo sonó como un látigo. Abrió la escopeta para constatar que no había ningún cartucho, la dejó caer y él mismo cayó de rodillas. Una repentina congoja le arrugó la cara.

—Pero por qué, Marc. Lo teníamos... Lo tenemos tan fácil...

—Ponte a cavar.

—Marc... —sollozó.

Le apunté a la cara y empezó a moverse. Cogió la pala y se quedó quieto, con los brazos muertos a los costados.

—Cada vez tengo más ganas de apretar el gatillo y acabar con todo esto —le exhorté—. Cava. Haz un solo movimiento que no me guste y tendrá que cavar uno de esos dos por ti.

—¿Dónde?

—Donde más te guste. Elige tú.

Comenzó a cavar.

El tuerto me miraba hipnotizado. El joven miraba al suelo, al montón de tierra que se iba formando a un lado del buhonero. Clavé los ojos en el primero de ellos y respondí a la pregunta que me había hecho en la casa:

—Aina. Ése es el motivo de que esto sea algo personal.

—Le había dado mi palabra —repuso—. No me habría acercado a ella.

—Me voy a asegurar de que sea así. Maté a un hombre que no había conseguido olvidarse de ella, esta vez no correré riesgos.

—Tenía que haber dejado que Pau se ocupara de usted.

—Estoy de acuerdo. A veces la violencia es la opción más inteligente. Túmbense bocabajo.

Dejé cavar al buhonero unos minutos más. Le interrumpí cuando sus jadeos arreciaron. Él se irguió chorreando; ríos de sudor barrían su cara y su cuello.

—Ahora desátales las manos y saca tu cuchillo.

Titubeó.

—Seguimos con el plan, entonces...

—Seguimos.

Hizo lo que le había pedido y se quedó sobre el joven, perniabierto, pendiente de mí.

—Lleva al viejo al lado del hoyo y haz lo que tengas que hacer.

El tuerto apenas podía andar. Tuvo que agarrarlo por un brazo para conducirlo hasta allí. Lo colocó delante de él, de frente, y cruzó una mirada conmigo antes de acuchillarlo. Había en ella algún signo

de locura, no era la primera vez que se encontraba en aquel trance. Asentí. Él pareció pensárselo, se pasó la lengua por los labios y, por fin, lanzó el brazo hacia el vientre del viejo. Éste se dobló como un resorte. Su cabeza quedó apoyada en el pecho del buhonero y empezó a manar sangre de su boca.

El joven, en silencio y aún en tierra, había llevado su mano al tobillo y había desenvainado su cuchillo. Se incorporó cautelosamente y dio unos pasos hacia el buhonero. Sólo cuando estuvo lo suficientemente cerca de él, di un grito. El joven le hundió el cuchillo en la espalda, al final de las costillas. El otro se volvió con un gruñido, lanzó un manotazo al aire y el joven cayó hacia atrás, tropezando a causa del trapo. No tuvo tiempo de incorporarse. El buhonero se arrojó encima de él y le clavó el cuchillo tres veces en el pecho. Después rodó a un lado y se quedó tendido bocarriba. Su pecho se hinchaba y se vaciaba a gran velocidad.

Bajé del caballo, me aseguré de que los otros dos estaban muertos y me acerqué a él. Retiré el cuchillo con el pie y me acuclillé a su lado. Lanzó un bufido y un gemido de dolor.

—Le has dado tiempo de que me lo clavara, ¿eh?

—Si no lo hubiera hecho él, tendría que haberlo hecho yo. Prefiero la primera versión.

—¿Lo habrías hecho?

—No creo que eso ahora importe.

—No, no mucho.

Cogió mi mano y la apretó.

—¿Qué vas a hacer con tanto dinero? ¿Ves como no somos tan distintos?

—Nadie es distinto.

—Dime lo de los trapos. ¿Por qué no has usado la cuerda?

—Por las marcas. Cuando den con vosotros no tiene que haber marcas.

—¿Cómo sigue el plan?

—Morirás antes de que pueda explicártelo. Pero me gustaría que me respondieras a una pregunta.

—Hazla.

—¿Por qué no le llevaste una muchacha a Ganxo? Estoy seguro de que has hecho cosas peores.

—Nada es peor que lo que ese hombre le habría hecho.

—¿Por qué no te deshiciste de él, entonces?

De repente se arqueó, contrajo la cara y tosió sangre.

—Búho... —comencé a decir.

Su cuerpo se distendió, esbozó un rictus con la boca y dejó de respirar. Sus ojos quedaron abiertos. Sentí que Aina estaba tras ellos, espantada. Tuve que apartar los míos antes de cerrárselos.

Me levanté, recogí los trapos y la otra escopeta, até uno de los caballos a un árbol y monté en el otro. Primero pasaría por mi casa. Dejaría allí nuestra escopeta y los trapos, retiraría la mayor parte del dinero, la cantidad que había visto consignada en el pagaré, y llevaría la caja y el resto del dinero al solar del Negro. La limpiaría con un pañuelo, la depositaría en el hoyo y ataría el caballo. Volvería a pie a la casa del buhonero, escondería su escopeta en el carro, cogería la cuerda de la casa, dejaría la tarjeta del tuerto a la vista, compondría las sillas, apagaría la lámpara de carburo, entornaría la puerta de la calle y regresaría a pie a mi casa.

Siendo todo aquello con diferencia la tarea más fácil de la noche, temí que no me bastaran las fuerzas.

El mar

Desperté sentado en la silla de la cocina, donde me había quedado dormido al llegar.

Lo sucedido unas horas antes palpitaba en mi cráneo como si los tres cadáveres estuvieran sentados conmigo a la mesa. Mi ajuste de cuentas con Massutí y Ganxo, comparado con la última noche, no pasaba de ser una pálida fechoría.

El problema, evidentemente, no tenía que ver con la calidad moral de los que habían muerto, todos ellos sujetos deleznales, sino con Aina. Haber faltado a mi palabra de cuidar de su padre era la menor de mis infamias. La peor era haber faltado a otra palabra, no expresa: no causar daño a aquellos que son parte de uno mismo, a aquellos a quienes se quiere.

Que la justicia, o algún raro sentido del honor, respaldasen mis crímenes, no aligeraban la carga. Aina y Arnau se verían sumidos en un dolor atroz. Yo podría sobrevivir al dolor de Arnau, hasta ese punto me había vuelto indulgente con mi conciencia, pero la idea de que en algún momento mis ojos tuvieran que enfrentarse a los de Aina me aterrorizaba. Vinieron a mi memoria los del buhonero, abiertos como simas.

Intenté pensar en otra cosa. Repasé al detalle la noche anterior, me dejé llevar por las imágenes, por la sangre, por el sudor de aquellos hombres, por los fogonazos blancos de la luz de la luna. Revisé mis cálculos. El lugar en el que ahora yacían los cuerpos no había sido una elección arbitraria. Efectivamente, como sugirió el buhonero, el mejor agujero para deshacerse de alguien eran las

grietas de la montaña. Pero mi intención no había sido hacerlos desaparecer, no habría podido vivir con la angustia de que cualquier accidente los hubiera hecho emerger; alguna corriente de agua, algún desprendimiento, algún aficionado a la escalada. Ni habría podido soportar que Aina viviera el resto de su vida con el corazón en un puño, pendiente de cualquier noticia sobre la desaparición de su padre. Mi intención había sido la contraria: que hallasen los cuerpos cuanto antes. El lugar elegido, a tal efecto, era ideal. A poco más de un centenar de metros de distancia había un sendero por el que a diario transitaban jornaleros y payeses. En pleno agosto, el hedor producido por la descomposición de los cadáveres sería fulminante.

Mi padre entró en la cocina, se sentó a mi lado y se quedó quieto. Recordé a Aina, cuando en la *sitja* se echó a reír al arrojar mi padre la liebre a sus pies, convencida de que él le estaba pidiendo que limpiara la caza.

Cogí su mano y él la apretó. Exactamente igual que el buhonero horas antes.

Al día siguiente, por la tarde, Aina estaba delante de mí, a la puerta de mi casa.

Habían descubierto los cadáveres a primera hora de la mañana. Uno de los caballos que yo había dejado atados se había soltado y pacía en un punto intermedio entre el solar del Negro y el camino de tránsito. Un payés se acercó a él y vio al otro, aún atado a un árbol.

La Guardia Civil había pasado por mi casa esa misma mañana, después de hacer cuanto tuvieran que hacer en la casa del buhonero. No hubo preguntas que me sorprendieran, no hubo nervios; ni siquiera hubo pesadumbre. Me interrogaron acerca de los hábitos de mi vecino, de sus compañías, de sus viajes, de sus hijos. Me dieron los nombres y los apellidos del tuerto y del joven, por si me sonaban de algo. También el nombre y el apellido del señor de Inca, el que figuraba en el pagaré que el tuerto debía de llevar en el

bolsillo. Creí que me pedirían que los acompañara al lugar del crimen, pero no lo hicieron. Tampoco les habría servido de mucho porque habría negado reconocer a ninguno de los otros dos hombres. Les conté cuanto debía contarles acerca de la deuda del buhonero, puesto que por un medio u otro se acabarían enterando de que intercedí por él y su familia ante la señora para solicitarle un préstamo. Obviamente no les di la información de la segunda parte de la deuda; yo no tenía por qué saber que el buhonero sólo saldaría la mitad de aquella suma.

No había sido difícil. Supuse que con la tarjeta del tuerto que yo había dejado en la casa del buhonero y con el pagaré que ellos habían encontrado, su foco de interés se centraría en Inca. Molestarían a Joana, era inevitable, aunque quien quizá sufriera mayor perjuicio iba a ser su hermano. No sólo por pertenecer al círculo en el que se movían el buhonero y el señor de Inca, sino por la extraña vinculación que había entre Andreu y mi vecino, miembros de clases que corrían por caminos separados. Esa vinculación tenía más hilos que el de la cocaína; tenía sentido pensar que Andreu era más que un valedor del buhonero en aquellos círculos; de no ser así, no le habrían permitido endeudarse hasta el punto en que lo hizo.

Lo importante, en cualquier caso, estaba delante de mí. En el umbral de la puerta de mi casa. Arnau y Aina eran dos auténticos fantasmas. El primero mantenía la compostura, con la mirada vacía, inmerso en una falsa serenidad. Ella tenía el rostro desolado. Sus ojos estaban arrasados por las lágrimas y sus labios se estremecían. Instintivamente le tendí mis manos; ella las tomó, se acercó a mí y apoyó la frente en mi hombro. No podía dejar de llorar. Entre sollozos, me reprochó:

—Prometiste que cuidarías de él...

Su hermano reaccionó y fue a retirarla de mi lado, pero le detuve.

—Tienes razón —le reconocí.

Ella me apartó de la puerta y entró en la casa, buscando a mi padre.

—No se lo tomes en cuenta —la disculpó Arnau—. Venimos de ver los cuerpos.

—Tiene razón, no puedo decir otra cosa.

—Ha visto a esos hombres. Son los mismos que vinieron al principio; todo lo que hicimos no ha servido para nada. Nos han dicho que mi padre no liquidó todo lo que debía, no entregó todo el dinero que le dejó la señora. Creen que tenía algún amaño con esos dos y que algo se torció entre ellos. Han encontrado dinero, pero no todo. No... No puedo entenderlo, Marc. Nunca entendimos a mi padre.

—Pasa, por favor.

—No, no podemos quedarnos. Aina está muy mal, hace un rato estaba fuera de sí. Quiero sacarla de este lugar.

—Será lo mejor.

La oímos llorar en algún punto de la casa. Nos miramos sin saber qué decir.

—Se culpa por haberlo dejado solo. —La voz de Arnau se quebró; sus ojos se empañaron—. Dice que si se hubiera quedado aquí, que si nos hubiéramos quedado aquí, esto no habría ocurrido. Pero yo creo que sí. Mi padre hacía cosas que ni ella ni yo podemos comprender. ¿Crees que si nos hubiéramos quedado habría sido diferente?

—No.

—Yo tampoco. —Se dio un respiro—. Marc...

Rehuyó mi mirada, azorado.

—No vamos... —Reunió fuerzas, me miró otra vez y vi sus lágrimas—. No vamos a enterrarlo aquí. Aina quiere tenerlo cerca. No invitaremos a nadie al funeral.

Asentí con la cabeza. No tuve ánimo, ni me pareció legítimo confortarle. Me sentí tan impotente como mezquino.

—Quería pedirte una cosa —agregó—. Todavía no he hablado de esto con mi hermana y no sé cuándo podré hacerlo, pero yo asumiré la deuda de mi padre con la señora. No sé bien cómo acabará todo... —Suspiró, tomándole la medida a lo que se le venía encima—.

También queda pendiente lo de Inca. Tenemos la casa y las tierras... —Se frotó la cara; yo reprimí el impulso de acercarme a él—. No hay que ser muy listo para saber que eso no da para todo. Quería pedirte que hablaras con la señora. Cuando hayan pasado unos días y tenga la cabeza más despejada, iré a verla.

—Cuenta con ello.

Tocó mi brazo en agradecimiento. Estuve a punto de derrumbarme.

Hizo amago de entrar y me eché a un lado. Vacilé y le seguí hasta la habitación de mi padre. Él y Aina estaban sentados en la cama. Mi padre la rodeaba con sus brazos, mirando al infinito, y ella tenía la cara hundida en su pecho. Arnau los separó y a duras penas la sacó de allí. Fui detrás de ellos hasta la puerta. Él apretó mi hombro y salieron. Empezaron a alejarse. De repente, Aina se dio la vuelta y corrió hacia mí. Me abrazó con fuerza y me susurró al oído:

—Perdóname...

Habría podido quedarme así toda la vida, rodeándola con mis brazos, maldiciendo mi vileza. Al separarse, me acarició el cuello.

—Tú no has tenido la culpa —me dijo.

Se volvió y alcanzó a Arnau.

Cuando cerré la puerta, tuve que apoyarme en ella. Sin respiración, con el pulso desatado, me descubrí pensando en su padre, repitiéndome a mí mismo que si me dieran la oportunidad de volver atrás, lo mataría de nuevo.

Esperé dos días, tiempo que tardó la Guardia Civil en dejar de frecuentar Caimari.

La criada nos condujo a una sala que no habíamos pisado antes, dividida en dos cámaras por un arco, y se retiró. En una de ellas, en la que nos encontrábamos mi padre y yo, había tres banquillos. No había más muebles. Las paredes estaban cubiertas de retratos; reconocí en uno de ellos al señor y en otro a Joana.

Ella estaba de pie en la segunda cámara. Tenía los brazos cruzados y nos observaba sin expresión, tal vez sonriendo, tenuemente. Iba vestida de negro.

Pedí a mi padre que se sentara en uno de aquellos banquillos y pasé a la otra cámara. Era más grande que la primera. En las tres paredes había librerías, era la sala que los señores denominaban *Archivo*. A excepción de aquellas librerías, los únicos muebles allí, en el centro de la estancia, eran una gran mesa de roble rodeada por seis sillas.

Joana estaba al otro lado de aquella mesa. Amplió la sonrisa y me invitó a sentarme. Ella se sentó frente a mí. No dijo nada más. Asumí que me correspondía a mí iniciar la conversación.

—Supongo que han venido a importunarte...

—Recibo gente a diario. La mayor parte de esas visitas no son importantes, ni siquiera provechosas. La primera visita importante que he tenido en las últimas semanas es la vuestra. ¿Cómo estás?

—Si te digo la verdad, no lo sé. Disgustado, quizá.

—¿Conmigo?

—Conmigo mismo. Cada vez que vengo a verte es para pedirte algo o para ocasionarte molestias.

—No te preocupes por eso. Estoy rodeada de personas que se encargan de todos mis asuntos. Necesito que haya alguien cerca a quien no pueda decirle lo que tiene que hacer.

—Pues me preocupa.

—¿Lo ves? —Se echó a reír.

Joana tendía a ponérmelo fácil. Había un claro desequilibrio entre nosotros, y ese desequilibrio podía traducirse en una forma de injusticia. Eso era lo que me disgustaba.

Antes de hablar de ninguna otra cosa, quise despejar aquello que se mantenía suspendido entre los dos.

—Joana... En cuanto al buhonero...

Ella me interrumpió levantando la mano. Insistí:

—¿Quieres hacerme alguna pregunta?

—No quiero las respuestas.

Su sonrisa se diluyó. Sus ojos volvieron a ser fríos. Descubrí que por alguna razón, incomprensible, quería contárselo. Quería darle explicaciones. Contuve el impulso de hacerlo y abordé aquello por lo que había ido a verla.

—He venido por tres motivos —le anuncié—. El primero de ellos es Arnau, el hijo del buhonero. Él asume la deuda de su padre. Vendrá a verte cuando haya puesto un poco de orden en su cabeza.

—He salido ganando, entonces.

—Seguro. Arnau es un buen hombre. Su padre sólo pagó la mitad de lo que le debía al señor de Inca, no sé si estás al corriente.

Lo estaba, movió ligeramente los párpados. No me interesaba saber cómo se había enterado. Descolgué la bolsa que llevaba atada al cinturón y la puse sobre la mesa. La empujé hacia Joana y la dejé a su alcance. Ella no se movió.

—Aquí está la otra mitad —le aclaré—. No sé cómo puedes arreglar el asunto con Arnau sin decirle que la has recibido, pero algo se te ocurrirá. Ésta es una de esas respuestas que no querías, lo siento. Es el segundo motivo por el que he venido.

Desvió sus ojos hacia la ventana. Aquel gesto no era de reprobación. Acaso lo fuera de desilusión o de una vaga melancolía. Permaneció así un momento. Me devolvió la mirada, gris como la ceniza, y me preguntó:

—¿Cuál es el tercer motivo?

Saqué del bolsillo un trozo de papel, doblado y arrugado. Me avergoncé en cuanto lo vi. Torpemente repetí la maniobra que había hecho con el dinero. Lo dejé sobre la mesa y lo empujé hacia ella, a un lado de la bolsa. Joana lo miró aún sin moverse.

—¿Qué es? —me preguntó.

—Sólo tienes que leerlo.

Mientras ella lo desdoblaba, me puse en pie y fui hacia la ventana. Al cabo de un minuto oí su respiración a mi espalda, a escasos centímetros de mí. Me volví. Sus mejillas habían cobrado color, su boca temblaba, tratando de sonreír, y sus pupilas resplandecían como gemas.

—En mi familia no tenemos orlas —me disculpé—, pero tenemos aves; nos sobrevuelan. Tampoco tenemos cintas azules. Y no importa si algún día pierdes ese papel, los dos sabremos que la deuda existe.

—Voy a cobrármela —me amenazó.

—Estás en tu derecho.

—Ahora.

Se acercó todavía más y me besó. Su boca ardía, se deshizo en la mía como agua. Sus labios eran aquellos a los que estaban destinados los míos. En Joana había agua, y hubo sal, en cuantas lágrimas vertiera hacía años por mi padre; en ella había mar.

Él, al menos en aquel instante, no nos estaba mirando.

Fiel a su palabra, Arnau acudió a Son Alzina trece días después de nuestro encuentro. Tras su reunión con Joana, quien sorprendentemente, sin argumentos, les condonó la mitad de la deuda, pasó a vernos por el encinar, donde mi padre y yo habíamos iniciado una nueva quema.

Sólo habían sido trece días, pero aquél era otro hombre; no quedaba rastro del fantasma que yo había visto la última vez. Su aspecto físico era inmejorable, saludable, vigoroso. Se había dejado barba; los síntomas de madurez que brotaron en él cuando aún vivía en la vaguada no habían acabado de cuajar, pero hacían buena combinación con aquella barba. El suyo era el aspecto de un hombre, en definitiva, en vías de salvación.

Aina había sido la artífice de aquel cambio. Fue la primera en recuperarse. Fue ella, cómo no haberlo imaginado, quien insufló fuerza en él.

Supe que los dos estaban cómodamente asentados en Llubí. Su hermana se había ganado el cariño de la familia del comerciante a quien ayudaba y su reconocimiento en lo referente al empleo. A Arnau lo habían contratado en un almacén de herramientas.

Llegué a dudar de que la muerte del buhonero hubiera sido real; también yo la había olvidado. Pensé que quizá habían transcurrido más de trece días, que la *sitja*, aquel paraíso intermedio entre la vigilia y el sueño, me estaba trastornando.

Cuando entró el invierno, no había día que no perdiera un rato oteando el camino. Solía hacerlo de mañana, al levantarme. Pero el lugar al que atendía, en especial, era la cima de la montaña. Mientras esa cima no se cubriera de nieve, daba igual el tiempo que invirtiera en otear el camino, seguiría vacío.

Aquel año el frío tardó en llegar. Las primeras nieves aparecieron a finales de diciembre.

El día que al mirar el camino, la vi llegar, me dio un vuelco el corazón. El carro en el que venía no estaba tirado por bueyes, sino por un caballo; tampoco era el carro en el que se marcharon; era más pequeño y ligero, una calesa de dos ruedas. Aina saltó a tierra cuando aún quedaban cien metros y corrió hacia mí. También yo salí corriendo a su encuentro. La abracé, volví a sentir su calor, su olor a jabón, su tacto.

Aprecié cambios en ella, como en su hermano meses atrás. Sus hechuras eran ya de mujer, no las de la muchacha que se fue. Su rostro era más sobrio y más hermoso. Su sonrisa sí seguía siendo la misma, como un chorro de luz.

Había hecho un esfuerzo, había improvisado el viaje al ver nieve en la montaña hacía unos días; no había sido fácil arañar más tiempo libre en su trabajo que aquella mañana.

No hubo alusión al buhonero, ni a la casa, ni a la deuda.

—¿Me has perdonado? —musitó.

—Yo a ti no tengo nada que perdonarte.

Echó un vistazo a su alrededor.

—¿Dónde está? —me preguntó, refiriéndose a mi padre.

—En su habitación, tumbado.

—¿Está despierto?

—Mira a ver.

Lo estaba. Al asomarme al dormitorio le vi a él sentado en la cama, observándola; ella le cogía las manos.

Aina y yo regresamos a la sala y nos sentamos a la mesa. No quería tomar nada. Miró sonriente la cestilla que ella me había regalado, en el aparador.

—Os ha sentado muy bien salir de este lugar —le comenté—, a los dos.

—Arnau se encarga de todo lo de aquí, con eso no puedo. Ha empezado a pensar en sí mismo, en su futuro, no lo había hecho antes. Allí tiene posibilidades. Lo quieren mucho, además.

—Estaba seguro. ¿Y tú?

—Lo mío es muy sencillo, atiendo el comercio de un hombre mayor. Tiene la clientela hecha, es muy simple.

—¿Dónde vives?

—En el mismo comercio, en la planta de arriba. La habían habilitado para él, por si algún día no se encontraba bien o tenía que pasar allí la noche. Las piernas le fallan, por eso necesita ayuda.

—¿Se portan bien contigo?

—Muy bien. He hecho dos amigas.

—Eso es lo que te hacía falta. Y amigos ¿no?

Se rio. Después se puso seria.

—Te echo mucho de menos, Marc.

—¿Ya no soy Mo? Yo también te echo de menos, llevo días pendiente del camino, desde el primero que hubo nieve.

—A veces pienso que he hecho lo que tenía que hacer y otras me arrepiento.

—Nos pasa a todos. Cada decisión es así.

—Ya.

—Yo no sé si Llubí es tu sitio, Aina. Lo que sé es que esto es un agujero y que has salido de él, que es lo que tenías que hacer. Arnau sí parece que ha encontrado algo, quizá tú tengas que buscar más. Puede ser que tu sitio esté en la ciudad.

—En Palma me volvería loca, tan grande.

—De todas formas aún es muy pronto. No lleváis ni un año fuera.

—Las veces que me arrepiento, me parece una eternidad.

—Porque en diecinueve años no habías salido de aquí. Hemos estado solos, tú y yo. A nuestro alrededor nunca ha habido nada, en este agujero no hay nada. Si tú no hubieras estado, me habría vuelto loco; si no hubiera estado yo, probablemente a ti te habría pasado lo mismo. Fíjate en tu hermano. Él no te tenía ni a ti ni a mí y andaba siempre desorientado; estaba aplastado por esto. Perdido. ¿Cuándo, estando aquí, se le habría ocurrido ir a pedir trabajo a un almacén? Al de Caimari, no hacía falta irse más lejos. No tengo ninguna duda de que se lo habrían dado, tiene un don en las manos. Ha tenido que salir de aquí para empezar a respirar. Y ver que existe otra gente y otra forma de vivir. A ti estoy convencido de que te pasará lo mismo. Él lo ha tenido más fácil, aquí no tenía a nadie a su lado. A ti te costará un poco más. No has dado aún con tu sitio, eso es todo.

—¿Y si mi sitio es éste?

—Si tu sitio es éste, acabarás volviendo. Sólo necesitas tiempo. Tómalo. Mientras te lo piensas, estás mejor allí que aquí.

—¿Qué tiene aquello que lo haga mejor?

—Aire, trabajo, amigas, oportunidades.

—Aquí te tengo a ti.

—Yo seguiré estando aquí cuando te hayas tomado tu tiempo.

—¿Me esperarás siempre?

—Siempre estaré para ti, aquí o fuera de aquí.

—¿Piensas marcharte?

—No. —Reí.

—¿Por qué? ¿Por qué no haces lo mismo que nosotros? ¿Qué diferencia hay?

—Algo me retiene aquí, Aina, no sabría decirte qué. Ilusiones, deudas. Hacia mi padre, hacia el lugar. Puede ser también cuestión de tiempo. Puede ser que un día me vaya, no lo sé.

A partir de ese momento, se relajó. Poco a poco, comenzó a darme detalles de su nueva vida en Llubí. De la familia del

comerciante, del negocio, de sus clientes, de la forma tan absurda que tenían allí de etiquetar los productos, de lo anticuados que estaban algunos artículos. Me contó cómo había conocido a sus amigas, lo que hacía con ellas, la tragedia que le había sobrevenido a una de ellas al morir recientemente dos familiares de la misma enfermedad... No dejó de hablar en toda la mañana. Ella tenía cosas que contar. Había salido de aquel pozo. Había empezado a vivir, aunque todavía no lo supiera. Un día conocería a alguien, otro día la invitarían a pasar unos días fuera, otro día estaría en otro lugar; un día sabría que aquel nuevo lugar era el suyo.

Ocurrió en enero.

Eran las dos de la madrugada y habían golpeado la puerta. Hacía frío, llovía. Antes de abrir, oí los cascos de un caballo.

Joana estaba ante mí, calada. La tomé de un brazo y la retiré de la lluvia, la hice entrar. Cerré la puerta y escuché su respiración. Caía agua de toda ella, del cabello, de sus prendas, de sus dedos. Parecía asustada.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Ella no reaccionaba. Tenía la expresión de quien ha sido sorprendido haciendo algo indebido. La hice pasar a mi habitación y le pedí que se quitara la ropa. Salí, fui a por unas toallas, cerré el dormitorio de mi padre y le dejé a Joana las toallas sobre la cama. Me puse enfrente de ella y comprobé que aún tenía la misma mirada. Entonces empezó a reconocermme, parpadeó, miró de soslayo las toallas y por fin se miró a sí misma, empapada de pies a cabeza.

—Tienes que cambiarte, ahí encontraras camisas y pantalones. ¿Puedes hacerlo sola?

Asintió.

Salí, entorné la puerta y fui a servirme algo de beber. Algo había ocurrido.

O no.

Contemplé la puerta entornada, la luz que salía por la ranura. Supe de repente que no había ocurrido nada. Aguardé hasta que no hubo ruido en mi habitación, dejé la taza sobre la mesa y fui hacia allí. Empujé la puerta ligeramente. Joana estaba sentada, cubierta por mi manta y con los ojos clavados en el suelo. Sin levantarlos, con voz tranquila, algo comprometida, se excusó:

—Vas a tener que disculpar esto. No puedo darte una explicación.

No se movió.

—No sé qué hago aquí.

Entré y cerré la puerta.

Estaba en el mar e iba solo, al timón.

No importaba llegar, sólo el camino. No importaba elegir el mejor, sólo uno.

E importaba seguirlo ciega, febrilmente, contra males, hombres y bestias.

Las primeras aves me sobrevolaron y pasaron de largo, dibujando cruces largas en el río. Las siguientes atronaron mis oídos y llenaron la nave de sombras. Las últimas se posaron en cubierta, a mi lado, graznando, rugiendo.

Agradecimientos

Ciertas particularidades de esta novela no habrían quedado reflejadas de forma adecuada sin la ayuda, principalmente, de dos obras.

La primera de ellas ha sido *Els senyors de Palma*, de Antònia Sabater, publicada por Edicions Documenta Balear en su colección Arbre de Mar; un texto que recoge y estudia con profundidad las costumbres y el habla de los señores de Palma de Mallorca.

La segunda ha sido *Contraban, corrupció i estraperlo a Mallorca, 1939-1975*, del historiador Pere Ferrer Guasp, donde se reúne con todo detalle información relativa al contrabando durante la época en la que se desarrolla la historia de la presente novela.

Inestimable ha sido también la colaboración de Félix Raja, en lo que respecta a la tecnología de ese período, y de Bartolomé Crespí, quien vivió personalmente aquellos años y ha demostrado una paciencia infinita al tener que soportar mis preguntas durante meses.

Gracias a todos ellos.



CARLOS SOTO FEMENÍA nace en Palma de Mallorca el 10 de diciembre de 1966. A corta edad se traslada a Madrid, donde permanece hasta cursar estudios universitarios. De regreso a Mallorca, ejerce su actividad laboral en diversos flancos del sector de la Informática. Ha publicado algunos relatos premiados en los certámenes Silverio Lanza de Getafe (Madrid).

Es autor de las novelas *La unción* (premio Alfonso VIII, editorial EDAF, 2004) y *Enemigo innúmero* (Playa de Ákaba, 2013).